BAJO EL NERVIÓN

XABIER MENDIOLA



Atreyu

BAJO EL NERVIÓN

"Un noir vasco sobre el precio de la verdad (Serie Iker Altuna - Volumen 1)"

Xabier Mendiola

Atreyu Servicios Digitales

Atreyu

Derechos de autor © 2025 Francisco Javier González Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
bajo el nervión
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

BAJO EL NERVIÓN

Xavier Mendiola

CAPÍTULO 1

La Llamada

La noche caía sobre Bilbao como una sentencia. No con la urgencia dramática de un telón, sino con la lenta e inexorable resignación de una marea de tinta. Afuera, la lluvia no cesaba. No era una tormenta que limpiara el aire, ni un aguacero que azotara los cristales. Era una llovizna persistente, casi imperceptible, un sirimiri que se adhería a la ciudad como una segunda piel, un velo de agua fina que difuminaba los contornos de los edificios al otro lado de la ría y convertía las farolas en borrones de luz anaranjada. Era el estado natural de las cosas, la respiración húmeda de una ciudad que había aprendido a vivir con el cielo pegado a los tejados.

Dentro, en el bajo de la calle Ribera que Iker Altuna llamaba oficina, el tiempo parecía haberse detenido. El aire era una mezcla densa de café rancio, el humo fantasma de cigarrillos que ya no fumaba y la humedad que trepaba por las paredes desde los cimientos del edificio, un olor a piedra mojada y a olvido. La única luz provenía de una lámpara de escritorio con una bombilla amarillenta que arrojaba un círculo de claridad sobre una mesa de madera oscura. La superficie de la mesa era un mapa de su propia historia: cercos de tazas de café como anillos de un árbol talado, pequeñas quemaduras de ceniza como cráteres en un paisaje lunar, y el surco profundo de una navaja de un caso que prefería no recordar.

Iker no estaba esperando nada. Estaba existiendo. Sentado en su silla de cuero agrietado, con los pies apoyados sobre la mesa, observaba cómo las gotas de lluvia se unían y resbalaban por el cristal de la ventana, trazando caminos efímeros que morían al llegar al marco. De fondo, una vieja radio de válvulas susurraba jazz. Chet Baker cantaba *My Funny Valentine*, pero en una versión en francés que Iker nunca había buscado y que, sin embargo, parecía la única posible. No entendía la letra, pero comprendía perfectamente el lenguaje de la trompeta: una melancolía elegante, la banda sonora de una derrota asumida sin rendición.

Iker Altuna era un hombre anclado en ese tipo de quietud. A sus cuarenta y siete años, había desaprendido la prisa. Su cuerpo, antes atlético y tenso como el de un depredador, se había asentado en una economía de movimientos. Su rostro, anguloso y marcado por una red de finas arrugas alrededor de los ojos, rara vez traicionaba una emoción. Era el rostro de un hombre que había visto demasiado y había decidido que la mejor respuesta era, casi siempre, el silencio.

Entonces, el teléfono sonó.

El timbre agudo y metálico del viejo aparato negro fue una disonancia, una cuchillada en la quietud de la habitación. Iker no se movió de inmediato. Dejó que sonara una segunda vez, una tercera. Nadie bueno llamaba a las once y veintitrés de una noche de martes. A esa hora, solo llamaban los fantasmas o aquellos que estaban a punto de crearlos. Con un suspiro que fue casi un gruñido, bajó los pies de la mesa, se inclinó hacia delante y descolgó el auricular. El plástico frío y pesado se sentía extraño en su mano.

No dijo su nombre. Hacía años que no lo hacía. Si sabían a quién llamaban, no era necesario. Si no lo sabían, no merecía la pena.

Silencio. Solo el crepitar de la línea y la lluvia de fondo.

—¿Iker Altuna?

La voz era de mujer. Joven, educada, con un control férreo sobre cada sílaba. Pero Iker, entrenado para escuchar lo que no se dice,

detectó la microfisura. Bajo la superficie de calma había un temblor, una vibración de alta frecuencia, el zumbido de un cable a punto de romperse. No era de aquí. Su castellano era perfecto, pero carecía del acento cadencioso de Bilbao, de esa musicalidad que se pega a las palabras como la humedad a las paredes.

—Sí —respondió él. Una sola palabra. Una puerta entornada, no abierta.

—Mi hermano está muerto. Se llamaba Aitor Etxebarria. Era médico en el hospital de Basurto.

Iker no dijo nada. Dejó que el silencio se expandiera, obligándola a continuar.

—La versión oficial es que se tiró del puente de Deusto. Dicen que fue un suicidio. —La voz flaqueó por un instante, una nota desafinada en una melodía cuidadosamente compuesta—. Pero yo vi sus manos. No eran las manos de un hombre que salta al vacío. Lo empujaron. Lo asesinaron.

Asesinato. La palabra quedó flotando en el aire viciado de la oficina. Era una palabra grande, sucia. Iker la había oído muchas veces. Casi siempre era una hipérbole del dolor, un intento de dar un sentido grandioso a una pérdida vulgar.

—¿Por qué me llama a mí? —preguntó, su voz rasposa por el desuso.

—Porque me han dicho que usted no se cree las versiones oficiales. Y porque sé quién era su hermano.

El golpe fue bajo, preciso y totalmente inesperado. Iker sintió un frío que no venía de la ventana mal aislada. Gorka. Hacía años que nadie pronunciaba su nombre en una conversación como esa.

—No sé de qué me habla —mintió, un reflejo automático.

—Sí que lo sabe, señor Altuna. Y por eso sé que me escuchará. Mañana. A las diez. En el bar Kaskazuri del Casco Viejo.

Y colgó.

Iker se quedó con el auricular en la mano, escuchando el tono monótono de la línea muerta. Lentamente, lo depositó en su horquilla. El clic del plástico fue el único sonido en la habitación, ahora que la radio parecía haberse callado también.

El nombre "Etxebarria" no era uno más. Era una esquirla de metal clavada en un rincón oscuro de su memoria. Aitor Etxebarria. El médico de guardia en Basurto la noche que trajeron a Gorka. Su nombre aparecía en el informe preliminar, una nota a pie de página: "Atiende al herido leve, Gorka Altuna, a su llegada". Pero nunca declaró en la investigación interna. Su testimonio desapareció, su nombre fue borrado de las versiones posteriores del informe. Se esfumó, como si nunca hubiera existido. Iker lo había intentado encontrar en su momento, pero chocó contra un muro de silencio administrativo. Y ahora, ese mismo hombre estaba muerto.

Sus ojos se desviaron hacia un punto de la mesa, a la derecha del teléfono. Un marco de fotos de plata vieja, de cara al suelo. Llevaba años así. Con un movimiento lento, casi ritual, alargó la mano y lo levantó. No había ninguna foto. Solo el cartón descolorido del reverso. El hueco, el vacío, era más elocuente que cualquier imagen.

El polvo acumulado en el cristal indicaba que llevaba mucho tiempo sin ser tocado. Pero el simple acto de levantarlo fue suficiente. La oficina se desvaneció, el sonido de la lluvia se convirtió en un rugido y el olor a café rancio fue reemplazado por otro, más acre, más metálico.

Flashback.

El asfalto de Zorroza brilla bajo la lluvia, una cinta negra y húmeda salpicada por el baile enloquecido de las luces azules y rojas de las sirenas. El aire es un cóctel imposible: el olor a salitre y a lodo del Nervión, el humo de un neumático quemado y algo más, algo dulce y cobrizo que Iker aprendería a reconocer como el olor de la vida derramándose demasiado rápido. No es una narración, es una avalancha de sensaciones inconexas. El chirrido de los neumáticos

de su propio coche al frenar en seco. El grito de un agente que no reconoce. El azul intermitente de la Ertzaintza reflejado en un charco inmenso que parece un portal a otro mundo. No recuerda la cara de su hermano en ese momento. La memoria, en un acto de piedad o de cobardía, la ha borrado. Solo recuerda detalles, fragmentos absurdos. El desgarro en la manga de la chaqueta de Gorka. Un zapato solitario a cinco metros del cuerpo. Y su mano. Recuerda su mano. Cuando finalmente le dejaron acercarse, la cogió. Estaba tibia todavía, pero una extraña laxitud se estaba apoderando de ella, una pesadez que no era de este mundo. Sintió cómo la vida se escapaba, no en un suspiro, sino en una lenta y progresiva pérdida de calor. La sensación de esa mano, ya fría, resbalando de la suya mientras los sanitarios lo apartaban, es el recuerdo más nítido y doloroso de su existencia.

El flashback se rompió. Iker parpadeó, volviendo a la luz amarillenta de su oficina. Su propia mano estaba crispada, los nudillos blancos. El marco de fotos seguía entre sus dedos. Con un gesto brusco, lo volvió a poner boca abajo sobre la mesa.

Se levantó. Caminó hasta la ventana y miró hacia fuera. La ría era una cicatriz de agua negra que dividía la ciudad. Las luces de los edificios de la otra orilla temblaban, distorsionadas por la cortina de lluvia. Pensó en Aitor Etxebarria cayendo desde el puente de Deusto. En el silencio, en el impacto, en el agua fría cerrándose sobre él.

No quería el caso. Su instinto, afilado por años de decepciones, le gritaba que se alejara. Esto olía a lo mismo que lo de Gorka. Olía a sistema, a poder, a verdades demasiado grandes y peligrosas para ser desenterradas. Olía a derrota.

Pero la mujer al otro lado del teléfono había sabido exactamente qué cuerda tocar. No había apelado a su profesionalidad, ni a su sentido de la justicia. Había apelado a su herida. A Gorka. Y había conectado esa vieja herida con esta nueva muerte.

El caso de Aitor Etxebarria ya no era un trabajo. Era un eco. Una segunda oportunidad que no había pedido, que no quería, y que, sin

embargo, sabía con una certeza absoluta que no podía rechazar.

Apagó la radio. El silencio que llenó la habitación era más denso, más pesado que la música de Chet Baker. Se acercó al perchero y cogió su anorak negro, el mismo que llevaba casi todas las noches, el mismo que llevaba la noche que Gorka murió. Mientras se lo abrochaba, su mirada se cruzó con su propio reflejo en el cristal oscuro de la ventana. Vio a un hombre cansado, un hombre que preferiría estar en cualquier otro lugar. Pero también vio la chispa que creía extinguida, una brasa de vieja furia que la llamada de Nerea Etxebarria había vuelto a avivar.

No iría al Kaskazuri a la mañana siguiente para escuchar a una clienta. Iría para enfrentarse a un fantasma. Al de Aitor Etxebarria, sí. Pero, sobre todo, al suyo.

CAPÍTULO 2

El Cuaderno y el Fantasma

A la mañana siguiente, Bilbao se despertó bajo el mismo cielo plomizo, como si la noche no hubiera sido más que un parpadeo en una vigilia gris e interminable. Iker Altuna caminaba por las Siete Calles, el corazón antiguo de la ciudad, y sentía el peso de la historia en cada adoquín húmedo bajo sus botas. El aire matutino era una sinfonía de olores familiares: el aroma a pan recién horneado que se escapaba de una panadería en la calle Carnicería Nueva, el olor salino y metálico del pescado fresco de los puestos del Mercado de la Ribera, y por debajo de todo, el perfume perenne del moho y la piedra mojada, el aliento mismo del Casco Viejo.
No quería estar allí. Cada paso hacia el Kaskazuri era un acto de voluntad en contra de su instinto de supervivencia. Anoche, la conexión con Gorka había sido una descarga eléctrica, una razón ineludible para actuar. Pero con la luz fría del día, la duda se había instalado como una niebla densa. Se sentía manipulado. La mujer del teléfono, Nerea Etxebarria, había usado a su hermano como una llave para forzar una cerradura que él había decidido mantener oxidada. Se imaginaba a una niña bien, probablemente de Getxo o Neguri, jugando a los detectives con el dinero de papá, incapaz de aceptar la vulgaridad de un suicidio en su familia perfecta. Se preparó para una conversación corta: escuchar su historia, cobrar un adelanto por las primeras pesquisas y luego, con suerte, encontrar

una razón sólida para abandonar el caso antes de que lo arrastrara demasiado hondo.

El Kaskazuri estaba en una callejuela estrecha, encajonado entre una ferretería cuyo escaparate parecía un museo de herramientas olvidadas y una tienda de ultramarinos que olía a bacalao en salazón. No era un bar de moda. Era una institución, un refugio contra el tiempo y las tendencias. Al empujar la puerta de madera pesada, un golpe de aire cálido y denso lo recibió. El lugar olía a generaciones de conversaciones, a café quemado, a brandy derramado sobre la barra de roble oscuro, al humo de puros que ya nadie fumaba y al fritanga del mediodía que empezaba a prepararse en la cocina. Las paredes, cubiertas de un papel que alguna vez fue granate, estaban salpicadas de viejas fotografías en blanco y negro: remeros de traineras con bigotes decimonónicos, futbolistas del Athletic de los años cuarenta, y vistas de un Bilbao industrial y humeante que ya solo existía en la memoria.

La vio al instante. Estaba sentada en la mesa del fondo, junto a una ventana que daba a un patio interior sombrío y húmedo. Era la única mujer sola en un local poblado por jubilados leyendo el periódico y trabajadores madrugadores apurando su café. La observó desde la barra mientras pedía un cortado. Era tal como su voz sugería: joven, vestida con una elegancia sobria que no encajaba del todo en el ambiente gastado del bar. Llevaba un abrigo de lana verde oscuro, de corte clásico, y su pelo negro estaba recogido en una coleta sencilla. No miraba el móvil. No leía. Simplemente esperaba, con las manos entrelazadas sobre la mesa y la espalda recta, una isla de quietud en el murmullo del local. Había una dignidad en su postura, una contención que a Iker le pareció casi antinatural. No parecía una mujer rota por el dolor, sino una soldado preparándose para una batalla.

Con su café en la mano, se acercó a la mesa. Ella levantó la vista cuando él se detuvo frente a ella. Sus ojos eran oscuros, grandes y de una intensidad que lo descolocó. No había rastro de lágrimas, solo una determinación fría como el acero.

—Señor Altuna —dijo, su voz tan controlada como en el teléfono.

—Siéntese, por favor.

Iker no se sentó de inmediato. Se quedó de pie, mirándola desde arriba, estableciendo una distancia, un desequilibrio de poder.

—Cincuenta euros la hora. Más gastos. Doscientos de adelanto para empezar. Si no le interesa, nos ahorramos el café.

Fue una provocación, una forma de medir su temple. Ella no parpadeó. Abrió el bolso que tenía a su lado, sacó un sobre blanco y lo deslizó sobre la mesa.

—Aquí hay trescientos. Considérelos un anticipo por las primeras seis horas de su escepticismo. Ahora, siéntese. El tiempo corre y es mío.

Iker se sintió extrañamente impresionado. Se sentó, dejando una distancia prudencial entre ellos. Tomó un sorbo de su café. Estaba amargo, quemado. Perfecto.

—Soy todo oídos —dijo, su tono cargado de un cinismo que no se molestó en disimular.

Nerea Etxebarria no empezó con lamentos ni con teorías conspirativas. Empezó con hechos. Habló con la precisión de un forense, exponiendo las inconsistencias de la versión oficial.

—Aitor no estaba deprimido. Acababa de reservar un viaje a Escocia para verano. Tenía una consulta llena de pacientes que lo adoraban. La semana pasada adoptó un perro de la protectora. ¿Son esas las acciones de un hombre que planea suicidarse? —hizo una pausa, dejando que las preguntas retóricas flotaran en el aire—. La policía dice que no encontraron nota de suicidio. Pero uno de los agentes le dijo a mi tía que "probablemente la tiró al agua". ¿Probablemente? ¿Desde cuándo la policía trabaja con probabilidades?

Iker escuchaba sin interrumpir, su rostro inexpresivo. Conocía el patrón. La negación de la familia era el primer capítulo de casi todos los suicidios.

—Todo eso es circunstancial —dijo Iker, cuando ella terminó—. El dolor busca patrones, explicaciones. A veces, no las hay. La gente se rompe por dentro sin que nadie se dé cuenta.

—Mi hermano no estaba roto —replicó ella, su voz afilada—. Estaba furioso. Estaba asustado. Pero no roto.

—¿Asustado de qué?

Fue entonces cuando ella sacó el cuaderno. Era un simple cuaderno de notas, de tapas azules, de los que se compran en cualquier papelería. Pero en el momento en que lo puso sobre la mesa, entre la taza de Iker y su propio vaso de agua, el objeto adquirió un peso, una gravedad que pareció absorber la luz de la estancia.

—De esto —dijo Nerea. No se lo entregó. Lo mantuvo bajo su mano, como si fuera un arma—. Es su cuaderno de trabajo. Lo encontré en su piso, escondido bajo un montón de revistas médicas. No es un diario. Son notas. Sobre su trabajo en Basurto.

Iker la miró, luego al cuaderno. Su interés, a pesar de sí mismo, empezó a desperezarse.

—¿Y qué dicen esas notas?

Nerea abrió el cuaderno por una página marcada. Su dedo, fino y sin esmalte, recorrió una línea.

—Cito —dijo, su voz ahora un susurro tenso—. "Paciente M.L. Alta médica confirmada el 10 de marzo. En el borrador del informe Nexura, aparece como fallecida el 8 de marzo. Causa: neumonía por mala praxis. Firma falsificada". —Levantó la vista y sus ojos se clavaron en los de Iker—. Mi hermano no firmó ese parte. Y la paciente, Maite Lasa, está viva. La localicé ayer. Está en un centro de rehabilitación en Amorebieta.

El cinismo de Iker sufrió una primera fisura. Falsificar la muerte de un paciente vivo ya no era una inconsistencia. Era un delito. Era una trama.

—¿Nexura? —preguntó, su voz perdiendo parte de su displicencia.

—Una consultora externa. Llevan meses auditando el hospital. Oficialmente, para "optimizar recursos". Extraoficialmente, según Aitor, para inflar las estadísticas de mortalidad y negligencia y así justificar una privatización parcial. Una gestión mixta, lo llaman. Un negocio redondo.

Iker se recostó en su silla. El caso estaba tomando una forma que le resultaba desagradable y familiar. No era un crimen pasional. No era una venganza. Era algo más frío, más grande. Era un crimen de cuello blanco con un cadáver de por medio.

—¿Y por qué su hermano? ¿Por qué era él un problema?

—Porque era honesto. Y porque no tenía miedo de escribir lo que veía. Este cuaderno —dijo, acariciando la tapa azul— está lleno de casos como el de Maite Lasa. Doce en total. Todos pacientes vulnerables, sin familia cercana que pudiera protestar. Un patrón. Aitor lo estaba documentando todo. Iba a llevarlo a la prensa.

Sacó su móvil y le mostró a Iker el borrador del correo electrónico dirigido a un periodista del *Deia*. El mismo que le había mencionado por teléfono. Iker leyó el texto. Era una bomba.

—¿Por qué no lo envió?

—Porque al día siguiente, lo despidieron. Lo acusaron de una negligencia inventada. Le dieron a elegir: o firmaba una renuncia voluntaria o destruirían su carrera. Aitor no firmó. Y dos días después, estaba muerto.

El silencio que siguió fue denso, pesado. Iker apuró su café. El sabor amargo le ayudó a pensar. La historia era coherente. Demasiado coherente. Pero todavía había una pieza que no encajaba.

—Sigo sin entender por qué me ha elegido a mí —dijo, volviendo a su pregunta inicial—. Si todo esto es cierto, necesita un abogado, un buen periodista, no un detective privado que trabaja en un bajo con vistas a la ruina.

Nerea lo miró fijamente. La contención en su rostro se resquebrajó por primera vez, no para mostrar dolor, sino una inteligencia fría y calculadora.

—Necesito a alguien que entienda el lenguaje del sistema. Alguien que sepa cómo se entierran los informes, cómo se silencian los testigos, cómo se fabrican las verdades oficiales. Necesito a alguien que haya estado dentro.

—Yo ya no estoy dentro de nada —replicó Iker, con un deje de amargura.

—No. Pero conoce el camino. Y además… —dudó un instante, como si calibrara el peso de sus siguientes palabras—, hay algo más. Algo que Aitor anotó la última semana.

Volvió a abrir el cuaderno, esta vez en una de las últimas páginas. Iker se inclinó para leer la caligrafía nerviosa de Aitor.

"Reunión de urgencia. Dirección. Tema: despido. Presión para firmar. Mencionan la necesidad de aplicar la nueva 'revisión de protocolos de emergencia'. La misma que usaron en el operativo de Zorroza en 2010".

Zorroza. 2010.

La frase fue como un golpe de martillo en un clavo oxidado, clavándolo directamente en el centro de su memoria. La oficina, el bar, la lluvia… todo desapareció. Volvió a estar en aquel pasillo de la comisaría, gritando, fuera de sí, mientras un superior trajeado le leía con voz monótona el informe interno sobre la muerte de Gorka. "La actuación se ajustó a la nueva revisión de protocolos de emergencia", había dicho el hombre, una y otra vez, como un mantra, una fórmula mágica para absolver al sistema de cualquier culpa.

Era la misma jerga. La misma fórmula de encubrimiento.

Levantó la vista del cuaderno y miró a Nerea. El detective cínico se había esfumado. Ahora solo era un hombre con una herida abierta

que acababa de ser rociada con sal.

—¿Sabía lo que significaba esa frase cuando me llamó? —preguntó, su voz ahora un susurro ronco.

—No. Lo descubrí anoche, investigando en hemerotecas después de hablar con usted. Busqué su nombre y el de su hermano. Y entonces lo entendí todo. No es una coincidencia, señor Altuna. Es el mismo patrón. El mismo método. Y probablemente, la misma gente.

Iker se quedó en silencio. La trampa estaba perfectamente tendida. Y él había entrado de cabeza. Pero ya no importaba si era una trampa o el destino. La conexión era demasiado fuerte para ser ignorada. El fantasma de Gorka ya no estaba en el pasado; estaba sentado a esa misma mesa, entre él y Nerea, exigiendo ser escuchado.

Lentamente, alargó la mano sobre la mesa. No para coger el dinero.

—Déjeme el cuaderno.

Nerea lo miró. No había triunfo en sus ojos, solo el alivio sombrío de quien ha encontrado al único aliado posible en una guerra perdida de antemano. Deslizó el cuaderno azul sobre la madera pulida. La tapa estaba fría al tacto.

Iker lo cogió. El peso del pequeño objeto en su mano era desproporcionado. Sentía que no solo sostenía las últimas palabras de Aitor Etxebarria, sino también el eco de las que Gorka nunca pudo decir.

—No le prometo nada —dijo, su voz recuperando parte de su dureza, como un escudo que se vuelve a alzar—. No voy a encontrar justicia. La justicia es para las películas. En el mundo real, solo hay versiones. La suya, la de ellos, y la verdad, que suele estar ahogada en algún punto intermedio.

—No quiero justicia —respondió Nerea, repitiendo sus palabras de la noche anterior, pero ahora, cara a cara, sonaban con una fuerza nueva—. Quiero la verdad. Aunque sea sucia. Aunque duela. Quiero

que el hombre que empujó a mi hermano no pueda dormir por las noches. Y quiero que el sistema que se lo permitió sepa que no lo hemos olvidado.

Iker asintió lentamente. Se levantó, guardando el cuaderno en el bolsillo interior de su anorak. El cuaderno se asentó contra su pecho, un peso frío y rectangular.

—Empezaré por el principio —dijo—. Por el cuerpo. Por el informe de la autopsia. El de verdad, no el resumen para la prensa.

—No se lo darán.

—No necesito que me lo den —dijo Iker, y en sus ojos apareció por un instante el brillo del viejo depredador que creía haber enterrado —. Solo necesito saber dónde lo guardan.

Se dio la vuelta y caminó hacia la salida sin decir nada más. No hubo un apretón de manos, ni una palabra de agradecimiento. El pacto estaba sellado, no con palabras, sino con el peso compartido de dos muertes que se negaban a ser olvidadas. Al salir del Kaskazuri, la luz gris de Bilbao le pareció menos opresiva. La lluvia seguía cayendo, pero ahora Iker sentía que no era para borrar las huellas, sino para mantenerlas frescas.

CAPÍTULO 3

La Voz del Río

Iker Altuna no volvió a su oficina. No había nada para él allí, salvo el eco de una llamada y el fantasma de su hermano reflejado en un marco de fotos vacío. En su lugar, sus pies lo llevaron, como por una querencia animal, hacia el único lugar que podía ofrecerle un simulacro de respuesta: el río.
La noche había reclamado Bilbao por completo, disolviendo los grises del día en una paleta infinita de negros y azules profundos. Caminó por la ribera, dejando atrás el bullicio moribundo del Casco Viejo y adentrándose en el silencio industrial de Zorrozaurre. El aire aquí era diferente, más denso, cargado con el olor a salitre que la marea ascendente empujaba desde el Abra, un aroma a mar y a viaje que se mezclaba con el olor terrenal y estancado del propio Nervión, un perfume a lodo, a óxido y a secretos sumergidos.

Se detuvo bajo la sombra del puente de Deusto. La estructura de hierro y hormigón se arqueaba sobre él como el costillar de una bestia prehistórica, un testigo mudo y colosal que unía dos mitades de una ciudad que a menudo parecía en guerra consigo misma. Desde aquí, el ruido del tráfico que cruzaba por encima era un murmullo sordo y lejano, el latido mecánico de un mundo al que Iker ya no sentía pertenecer. El verdadero sonido era el del agua. No era el murmullo apacible de un arroyo, sino un lapso lento y pesado, el sonido del agua densa moviéndose con la pereza de un animal dormido, arrastrando consigo la memoria líquida de la ciudad.

Se apoyó en la barandilla de piedra, fría y húmeda al tacto. El cuaderno azul de Aitor Etxebarria pesaba en el bolsillo interior de su anorak, un rectángulo de verdad afilada contra su pecho. Lo sacó. La luz anaranjada de una farola lejana apenas le permitía distinguir la caligrafía apretada. No necesitaba leerlo. Ya se sabía de memoria las primeras páginas. *Paciente M.L. Firma falsificada. Nexura.* Palabras limpias, técnicas, que describían una podredumbre profunda.

Miró hacia la superficie oscura del agua. Las luces de los edificios de Abandoibarra se reflejaban en ella, no como imágenes nítidas, sino como trazos temblorosos de color, un cuadro impresionista y efímero que la corriente distorsionaba a cada instante. Pensó en Aitor Etxebarria. En su caída. En el breve instante de terror o sorpresa antes de que el agua helada lo reclamara. ¿Qué había pensado en ese último segundo? ¿En su hermana? ¿En los pacientes cuyos nombres llenaban su cuaderno? ¿O en la absurda e inútil honestidad que lo había llevado hasta ese borde?

Y, como siempre que se acercaba al río, pensó en Gorka. El Nervión era un catalizador para su memoria, un espejo oscuro que le devolvía no su reflejo, sino el de su hermano. La conexión que Nerea había revelado en el Kaskazuri —esa jerga burocrática, "revisión de protocolos de emergencia"— había abierto una compuerta en su mente. Ahora, el caso de Aitor y la muerte de Gorka ya no eran dos historias paralelas; eran afluentes del mismo río de mierda, una corriente de poder y silencio que se había tragado a ambos.

¿Habría podido salvarlo? La pregunta era un veneno que se había inyectado hacía quince años y que todavía circulaba por sus venas. Si hubiera llegado cinco minutos antes a Zorroza. Si hubiera escuchado las advertencias de sus compañeros sobre la chapuza de operativo que se estaba montando. Si no hubiera estado tan ciego de rabia, tan convencido de que podía sacar a su hermano pequeño de cualquier lío, como siempre había hecho. Pero no lo hizo. Y el resultado fue una mano enfriándose en la suya y un informe oficial que hablaba de protocolos y lamentables daños colaterales.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que casi no lo oyó. Un ruido sutil, el de una piedra suelta al ser pisada, a su derecha, en la zona más oscura del paseo. Iker no se giró. Su cuerpo se tensó, un instinto animal que nunca lo había abandonado. Se quedó quieto, mirando el agua, usando el reflejo como un espejo imperfecto.

Una figura emergió de las sombras del pilar del puente. No apareció de golpe. Se materializó, como si la propia oscuridad le diera forma. Se movía con una cautela que no era propia de un borracho ni de un transeúnte. Eran los movimientos de un animal acostumbrado a vivir en los márgenes, un ser cuya supervivencia dependía de ver sin ser visto.

Era él. Unai. Lo reconoció por la silueta encorvada y la cojera casi imperceptible. Llevaba varias capas de ropa gastada que lo hacían parecer más corpulento de lo que era, una armadura de tela contra el frío y la indiferencia del mundo. Se detuvo a unos diez metros de distancia, una presencia silenciosa en la periferia de la luz de la farola.

Iker esperó. Sabía que cualquier movimiento brusco, cualquier palabra equivocada, lo haría desaparecer de nuevo en la noche. Lentamente, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo. Encendió uno, protegiendo la llama del mechero con las manos ahuecadas. El pequeño estallido de luz iluminó su rostro por un instante, mostrando sus facciones duras y cansadas. Dejó el paquete abierto sobre la barandilla y dio una calada larga, el humo mezclándose con el vaho de su aliento en el aire frío.

—Mala noche para pasear —dijo Iker, su voz baja, dirigida al río más que al hombre.

Unai no respondió. Solo dio un paso, luego otro, acercándose con la lentitud de quien prueba la solidez del hielo. Sus ojos, hundidos en un rostro sin afeitar y curtido por la intemperie, estaban fijos en Iker. No eran los ojos vacíos de un hombre derrotado. Eran ojos alertas, inteligentes, que lo medían, lo calibraban, lo juzgaban.

—No paseo —dijo finalmente Unai, su voz ronca, como si no la usara a menudo—. Espero.

—¿El qué?

—A que la ciudad se duerma. Es cuando mejor se escuchan sus secretos.

Se detuvo junto a la barandilla, a un par de metros de Iker. Cogió un cigarrillo del paquete, pero no el mechero. Esperó. Iker entendió el ritual. Le tendió su mechero encendido. Sus manos casi se rozaron. Por un segundo, sus miradas se encontraron directamente. Iker vio en los ojos de Unai una profunda desconfianza, la de un hombre que había aprendido que cualquier gesto de amabilidad suele tener un precio oculto.

—Me han dicho que viste algo. La otra noche. Aquí mismo —dijo Iker, volviendo la vista al agua.

—Se dicen muchas cosas en esta ciudad. La mayoría mentiras —replicó Unai, dando una calada a su cigarrillo. La punta roja brilló en la oscuridad.

—Esta no lo era.

Unai soltó el humo lentamente. —¿Quién te lo ha dicho? ¿La policía? ¿Los periodistas? Todos vienen, hacen sus preguntas, escriben sus historias y luego se van. Y yo sigo aquí. Con el frío y con lo que vi.

—No soy policía. Y no escribo historias. Me pagan por encontrar las que otros quieren enterrar.

—Buena suerte con eso. Este secreto está enterrado muy hondo. En el fondo del río, con el pobre diablo de médico.

El silencio volvió a caer entre ellos, solo roto por el sonido del agua y el crepitar de sus cigarrillos. Iker supo que la confrontación directa no funcionaría. Unai no era un simple testigo; era un superviviente. Y los supervivientes no hablan a menos que sientan que el que escucha comparte parte de su herida.

Iker cambió de táctica. Se apoyó de espaldas a la barandilla, mirando hacia la ciudad.

—Mi hermano pequeño... —comenzó, su voz perdiendo el filo profesional y adquiriendo un tono más íntimo, casi confesional—. Él también acabó demasiado cerca del agua. No aquí. Más abajo, en Zorroza. Era un idiota, siempre metido en líos, siempre pensando que era más listo que los demás. Pero no era mala gente. Aquella noche, se metió con las personas equivocadas. La versión oficial dijo que fue un tiroteo durante una detención. Dijeron que iba armado. —Iker hizo una pausa, y una sonrisa amarga se dibujó en su rostro —. Gorka le tenía pánico a las armas. No habría tocado una ni aunque su vida dependiera de ello. Pero la historia oficial necesitaba un culpable, y mi hermano era perfecto. Un bala perdida. Nadie lo echaría de menos.

Unai lo escuchaba en silencio, su rostro impasible en la penumbra. Pero había dejado de mirar a su alrededor con recelo. Ahora, toda su atención estaba en Iker.

—Enterraron la verdad bajo un montón de informes con sellos oficiales —continuó Iker—. Y yo no pude hacer nada. Era policía entonces. Y no pude hacer una mierda. Solo mirar cómo convertían a mi hermano en una estadística.

Terminó su cigarrillo y lo arrojó al agua. La pequeña brasa describió un arco y se extinguió con un siseo casi inaudible.

—El hombre que empujaron desde ese puente —dijo, volviéndose hacia Unai—. Se llamaba Aitor. Y, como mi hermano, se metió con las personas equivocadas. Y ahora, su hermana quiere que alguien cuente la historia de verdad. No la de los informes. La que viste tú.

Unai apuró su propio cigarrillo, sus dedos amarillentos por la nicotina temblando ligeramente. Miró el puente, luego el agua, como si reviviera la escena.

—No fue una pelea —dijo finalmente, y su voz ya no era la de un extraño, sino la de un confesor—. Si hubiera sido una pelea, habría

habido gritos, forcejeos. Pero fue... tranquilo. Demasiado tranquilo.

La narración de Unai fue precisa, cinematográfica. Describió la llegada de los tres hombres al centro del puente. Aitor, con su abrigo claro, parecía un fantasma bajo la luz de las farolas. Los otros dos, sombras. Uno alto, con un traje caro que parecía quedarle grande, como si no estuviera acostumbrado a llevarlo. El otro, más bajo, con una chaqueta de cuero barata y andares de matón.

—Hablaban en voz baja. No discutían. Era como una reunión de negocios. El del traje hablaba más. El médico negaba con la cabeza. Lo oí decir una frase, el viento la trajo hasta aquí. Dijo: "No voy a firmar eso. No sobre mis pacientes".

Unai se detuvo, como si necesitara tomar aire.

—Entonces, el del traje le hizo una seña al del cuero. No fue una orden, solo un movimiento de cabeza. Y el bajito se acercó a Aitor. No lo golpeó. Simplemente lo agarró del brazo y del hombro y lo... lo volcó sobre la barandilla. Fue un movimiento limpio, eficiente. Como quien vacía un cenicero. Sin rabia. Sin odio. Fue un trámite.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier palabra. Iker podía ver la escena en su mente, la fría y brutal eficiencia del acto.

—No gritó —continuó Unai—. Solo hubo un sonido. El de la ropa rozando el hormigón y luego... el chapoteo. Un sonido sordo, pesado. Y después, nada. El silencio. Los dos hombres se quedaron un segundo mirando el agua. El del traje se encendió un cigarrillo. Y fue entonces cuando lo vi.

—¿El qué? —preguntó Iker.

—El anillo. En la mano derecha. Cuando ahuecó las manos para proteger el mechero, la llama iluminó un anillo de madera oscura. Grande. Con algo tallado. No lo vi bien. Un pájaro, quizás. Un halcón. Luego se fueron. Caminando. Sin prisa. Como si volvieran de cenar.

Iker grabó cada detalle en su memoria. El anillo de madera. El pájaro. Sería su única pista tangible.

—Gracias, Unai. Es importante.

—No he terminado —dijo Unai, y su voz se volvió aún más baja, más conspirativa—. Esto no empezó esa noche. Llevan días por aquí.

Y entonces, Unai le contó la historia de los "jardineros". Así los llamaba él. Hombres con traje, siempre en parejas, que habían estado peinando las riberas del Nervión durante la última semana.

—No son policías. No preguntan. Observan. Y limpian. A Javi, el que dormía bajo el puente Euskalduna, le dieron doscientos euros y un billete de autobús para Zaragoza. Le dijeron que era una "ayuda social". Javi no es tonto. Cogió el dinero y se largó. A María, la de los perros, le ofrecieron un sitio en un albergue de Vitoria. Le dijeron que allí tendría mejores condiciones. Ella también se fue. No están deteniendo a la gente. La están... reubicando. Están podando las malas hierbas antes de que crezcan. Están borrando a los posibles testigos.

La revelación cayó sobre Iker con el peso de una losa. La conspiración no era una reacción a la muerte de Aitor. Era proactiva. Estaba organizada, financiada y era despiadada. La muerte del médico no había sido el principio. Había sido el final de una operación mucho más grande.

—¿Por qué no te has ido tú? —preguntó Iker.

Unai sonrió por primera vez, una mueca sin alegría en la oscuridad. —Porque este es mi sitio. Y porque soy demasiado viejo y demasiado terco para que un niñato con traje me diga dónde tengo que dormir. Y porque... —dudó un instante—... porque el médico a veces me traía café. Caliente. Y nunca me miraba como si yo fuera basura.

Iker asintió lentamente. Sacó la cartera, cogió un fajo de billetes —casi todo el adelanto de Nerea— y se lo tendió a Unai.

Unai lo miró, pero no lo cogió. —¿Qué es esto? ¿Caridad?

—No —dijo Iker—. Es un sueldo. A partir de ahora, trabajas para mí. Eres mis ojos y mis oídos en esta orilla. Quiero saber cada movimiento extraño, cada traje que no encaje, cada "ayuda social" inesperada. No te pido que te arriesgues. Solo que observes.

Le tendió también una pequeña tarjeta con su número de teléfono. —Si ves algo, lo que sea, llámame. A cualquier hora. No a la policía. A mí.

Unai lo pensó durante un largo segundo. Luego, con un movimiento rápido, cogió el dinero y la tarjeta y los hizo desaparecer en las profundidades de su abrigo.

—Trato hecho —dijo—. Pero que sepas que nos estamos metiendo en algo muy feo.

—Ya lo sé —respondió Iker.

Sin más palabras, Unai se dio la vuelta y se fundió de nuevo con las sombras de las que había salido, su cojera apenas perceptible en la oscuridad. Iker se quedó solo de nuevo, con el sonido del río y el peso de una verdad que era mucho más grande y peligrosa de lo que había imaginado. La conspiración era real, estaba activa y era absolutamente despiadada. Y él acababa de contratar a su primer y único soldado: un fantasma que hablaba con los secretos del río.

CAPÍTULO 4

El Antagonista del Sistema

La mañana siguiente encontró a Iker Altuna en su oficina, pero no había paz en esa reclusión. La conversación con Unai había sido como arrojar una piedra a un pozo estancado; las ondas de choque seguían expandiéndose, revelando una profundidad de conspiración que superaba sus peores expectativas. Ya no se trataba de un simple asesinato encubierto. Era una operación proactiva, una purga silenciosa y metódica de los eslabones más débiles de la cadena de testigos. Los "jardineros" de Unai, con sus trajes y sus ofertas de "ayuda social", eran más aterradores que cualquier matón a sueldo. Representaban el poder blando del sistema: la capacidad de borrar a las personas no con una bala, sino con un billete de autobús y un expediente administrativo.
Sobre la mesa, junto a una taza de café intacta que se enfriaba lentamente, reposaba el cuaderno azul de Aitor. Iker lo había leído y releído durante la noche, hasta que las palabras de Aitor se habían superpuesto a las de Unai, creando un tapiz de verdad coherente y aterrador. Tenía el testimonio de un testigo presencial. Tenía la prueba documental de un móvil. Tenía la evidencia de una conspiración en marcha para silenciar a otros. Tenía, en definitiva, los cimientos de un caso de homicidio.

Y, sin embargo, sabía que no tenía nada.

No a los ojos del mundo que importaba. La palabra de un sin techo contra la de una consultora multimillonaria y el Departamento de Salud. Las notas de un muerto contra un informe forense sellado y archivado. Era su palabra, la de un ex-policía desacreditado, contra la maquinaria entera del Estado de Derecho. Sería una masacre.

Pero antes de declararle la guerra total al sistema, antes de sumergirse por completo en las tácticas de guerrilla que tan bien conocía, necesitaba hacer un último intento. Un último sondeo. Necesitaba llamar a la puerta principal, sabiendo que se la cerrarían en las narices, solo para confirmar la solidez de la cerradura. Necesitaba hablar con alguien de dentro. Alguien que, a pesar de todo, aún podría albergar una chispa de la vieja lealtad, del viejo código.

El nombre que acudió a su mente no le trajo consuelo, sino un sabor amargo a ceniza. Inspector Unai Zabala.

Iker y Zabala habían entrado juntos en la academia de Arkaute. Habían sido compañeros de patrulla en sus primeros años en Bilbao, dos jóvenes idealistas convencidos de que podían marcar una diferencia. Iker era el instinto, la fuerza bruta, el que se lanzaba de cabeza a la acción. Zabala era el cerebro, el estratega, el que siempre pensaba tres movimientos por delante. Formaban un buen equipo. Pero sus caminos se habían bifurcado de forma dramática. Mientras Iker se hundía en los aspectos más sucios y violentos del trabajo policial, perdiendo trozos de su alma en cada callejón oscuro, Zabala había ascendido por la vía de los despachos. Se había convertido en un hombre de sistema, un burócrata impecable que creía firmemente en el orden, los procedimientos y la cadena de mando.

La ruptura final, aunque nunca se verbalizó como tal, había llegado con el caso de Gorka. Zabala había estado en la comisión de investigación interna. Había sido uno de los que firmó el informe que exoneraba a sus compañeros y calificaba la muerte de Gorka como un "resultado inevitable" de un operativo que se ajustaba a los "protocolos". Iker nunca le perdonó no su complicidad, sino su

cobardía. Zabala no era corrupto. Era algo peor: un hombre decente que había decidido que la integridad de la institución era más importante que la verdad de un solo hombre. Era el perfecto soldado del sistema.

Y por eso, precisamente por eso, Iker necesitaba hablar con él. Necesitaba mirar a los ojos del sistema y ver si quedaba algo detrás de la máscara.

Cogió el teléfono. Marcó el número de la comisaría central de la Ertzaintza en Amézola, un número que no había marcado en años. Pidió hablar con el Inspector Zabala. La voz de la operadora fue impersonal. Le pidió que esperara. La música de espera era una versión insípida y sintetizada de una canción popular vasca, una lobotomía musical que parecía diseñada para anular cualquier pensamiento crítico.

—Zabala al habla.

La voz de Unai Zabala era exactamente como Iker la recordaba: clara, precisa, sin un atisbo de duda. La voz de un hombre que siempre estaba seguro de estar en el lado correcto de la historia.

—Unai. Soy Iker.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. No fue un silencio de sorpresa, sino de cálculo. Iker podía imaginarse a Zabala en su despacho impecable, alisándose la corbata, su mente procesando al instante todas las implicaciones de esa llamada.

—Iker. Ha pasado mucho tiempo. —Su tono era cauto, profesional—. ¿Estás bien?

—Estoy trabajando. Un caso. Necesito hablar contigo.

—Soy inspector, Iker. Ya no llevo casos de calle. Y tú eres detective privado. Nuestros mundos ya no se cruzan.

—Este sí se cruza. Tiene que ver con un médico de Basurto. Aitor Etxebarria.

Otro silencio, esta vez más corto, más tenso.

—Ese caso está cerrado. Suicidio. Triste, pero claro como el agua. No hay nada que hablar.

—El agua del Nervión nunca está clara, Unai. Y lo sabes. Tengo un testigo. Vio cómo lo empujaban.

Iker oyó un suspiro al otro lado de la línea. Un suspiro de cansancio, de fastidio.

—Un testigo... Iker, por favor, no empieces. Sé cómo funciona tu mundo. Un testigo tuyo probablemente dormía bajo un puente y tenía el triple de alcohol que de sangre en las venas. No me hagas perder el tiempo.

—Este no. Y no es lo único que tengo. Hay más. Mucho más. Esto es grande, Unai. Y huele a podrido.

—Todo te huele a podrido a ti, Iker. Es tu estado natural.

—Media hora. Es todo lo que pido. Tómalo como un favor a un viejo amigo. O como una advertencia de un viejo problema.

La amenaza velada funcionó. Zabala sabía que Iker, acorralado, era impredecible. Y la impredecibilidad era algo que un hombre de sistema como él no podía tolerar.

—De acuerdo. La cafetería del hotel Ercilla. En una hora. Y ven solo.

Colgó. La elección del lugar era significativa. No era un bar de policías, ni un lugar discreto. Era un territorio neutral, un espacio aséptico y acristalado en el centro de la ciudad, un lugar donde las conversaciones importantes se diluían en el murmullo de los turistas y los hombres de negocios. Un lugar perfecto para una reunión que oficialmente nunca tendría lugar.

La cafetería del Ercilla era el polo opuesto al Kaskazuri. En lugar de madera oscura y olor a historia, había acero cromado, cristal y una iluminación blanca y fría que no dejaba lugar a las sombras. El aire olía a ambientador de diseño y a café de máquina. Iker, con su

anorak gastado y sus botas de trabajo, se sentía como un animal de otra especie en un zoológico de lujo. Se sentó en una mesa junto al gran ventanal que daba a la calle, un punto estratégico que le permitía controlar la entrada y la salida.

Zabala llegó puntual. Impecable. Traje gris marengo perfectamente planchado, camisa blanca, corbata de seda discreta. Su pelo, ahora con algunas canas en las sienes, estaba cortado con precisión militar. Parecía más un ejecutivo de banco que un policía. Se movía con una seguridad tranquila, la de un hombre que se siente cómodo en cualquier entorno de poder.

Se sentó frente a Iker, colocando su maletín de cuero sobre la silla contigua. Pidió un agua con gas al camarero. Ni siquiera miró a Iker mientras lo hacía.

—Tienes veinte minutos, Iker —dijo, una vez que el camarero se hubo alejado. Su tono no era hostil, sino el de un hombre ocupado haciendo una concesión.

Iker decidió ir al grano. No tenía sentido andarse con rodeos.

—Aitor Etxebarria fue asesinado. Lo empujaron del puente de Deusto dos hombres. Uno de ellos llevaba un anillo de madera con un halcón tallado.

Zabala arqueó una ceja. —¿Y esta información tan detallada te la ha proporcionado tu testigo del puente? Déjame adivinar. Unai, el Cojo. ¿Sigue vivo? Pensé que la cirrosis se lo habría llevado ya.

El desprecio en su voz era palpable. No era maldad. Era el prejuicio de clase del sistema. La palabra de un sin techo no valía nada.

—Mi testigo es fiable —dijo Iker, manteniendo la calma—. Y no es lo único. Etxebarria estaba investigando una manipulación masiva de historiales clínicos en Basurto para justificar una privatización. Tenía pruebas. Un cuaderno lleno de ellas. Y estaba a punto de ir a la prensa. Lo despidieron para silenciarlo, y como no funcionó, lo mataron.

Zabala escuchaba con una paciencia casi insultante, como un psiquiatra escuchando el delirio de un paciente.

—Una conspiración. Privatización, médicos honestos, asesinos con anillos de madera... Es una buena historia, Iker. Deberías escribir novelas. Pero la realidad es más aburrida. El doctor Etxebarria sufría de estrés y ansiedad. Tenía problemas personales. Tomó una decisión trágica. Fin del caso. El informe de la autopsia es concluyente.

—El informe de la autopsia es una mentira —replicó Iker, su voz bajando de volumen pero ganando en intensidad—. El informe preliminar mencionaba una lesión en la nuca incompatible con una caída. Esa mención ha desaparecido de la versión final. ¿Quién dio la orden de borrarla, Unai?

La mandíbula de Zabala se tensó. Por primera vez, Iker había tocado un nervio.

—No sé de qué me hablas. Y aunque así fuera, los informes preliminares no son concluyentes. Para eso están las versiones finales, para corregir errores e interpretaciones precipitadas. Es el procedimiento estándar.

—¿Como el procedimiento estándar de Zorroza? —espetó Iker.

El nombre de Gorka no fue pronunciado, pero flotó entre ellos como un gas venenoso. La máscara de profesionalidad de Zabala se agrietó. Sus ojos se endurecieron.

—No vas a usar a tu hermano para justificar esta locura, Iker. Lo que pasó con Gorka fue una tragedia. Pero te consumió. Te rompió. Dejaste el cuerpo porque ya no distinguías entre los casos y tus propios demonios. Y sigues sin hacerlo. Estás viendo fantasmas donde no los hay. Estás proyectando tu propia historia en la muerte de este médico.

Era un golpe bajo, un análisis psicológico diseñado para desarmarlo, para reducir su investigación a una patología personal.

—No son fantasmas, Unai. Son hechos. Y hay más. Hay una operación en marcha para eliminar a los testigos. Personas sin hogar que dormían cerca del puente están siendo "reubicadas" fuera de Bilbao con dinero público. ¿Eso también es parte del procedimiento estándar?

Zabala no respondió de inmediato. Bebió un sorbo de su agua con gas. Se tomó su tiempo.

—Escúchame bien, Iker —dijo finalmente, inclinándose sobre la mesa, su voz ahora un susurro confidencial—. Te lo digo como el amigo que una vez fui. Déjalo estar. Este caso está cerrado y sellado desde muy arriba. No es una conspiración, es una decisión estratégica. Hay intereses importantes en juego, intereses que afectan al futuro de la sanidad en toda Euskadi. Y la trágica muerte de un médico inestable no va a interferir en eso.

—¿Decisión estratégica? ¿Así es como lo llamáis ahora? —la voz de Iker estaba cargada de un desprecio helado.

—Lo llamamos gobernar. Algo que tú nunca entendiste. Tú solo ves el árbol, el caso individual, la injusticia. Nosotros tenemos que ver el bosque. Y a veces, para salvar el bosque, hay que sacrificar un árbol. O dos.

Ahí estaba. La confesión. No de un crimen, sino de una filosofía. La justificación de cualquier atrocidad en nombre de un bien mayor, abstracto e intangible.

—Así que lo sabéis —dijo Iker, más como una afirmación que como una pregunta—. Sabéis que fue un asesinato y habéis decidido mirar para otro lado.

—Yo no he dicho eso —corrigió Zabala, recuperando su compostura —. He dicho que el caso está cerrado. Y que cualquier intento de reabrirlo será considerado una obstrucción. Una acción irresponsable por parte de un ciudadano con un historial de inestabilidad emocional que podría tener consecuencias. Legales. Y de otro tipo.

La amenaza era inequívoca.

—¿Me estás amenazando, Unai?

—Te estoy dando un consejo. Por los viejos tiempos. Vuelve a tu oficina, Iker. Coge casos de infidelidades, de bajas laborales fraudulentas. Gana tu dinero. Bebe tu whisky. Pero deja a los muertos en paz. Sobre todo a los que el sistema ha decidido que deben permanecer muertos.

Zabala se levantó. Dejó un billete de cinco euros sobre la mesa para pagar su agua.

—Cuídate, Iker —dijo, y en su voz, Iker creyó detectar una nota de genuina, aunque condescendiente, preocupación.

Y se fue. Caminando con la misma seguridad tranquila con la que había llegado, un hombre convencido de su rectitud, dejando a Iker solo en la fría y brillante cafetería, con el peso de una certeza absoluta.

La puerta oficial no estaba cerrada. Había sido sellada con hormigón. La Ertzaintza no era un observador neutral. Era un participante activo en el encubrimiento. Y él, Iker Altuna, ya no era solo un detective investigando un caso. Era un enemigo del Estado.

Salió del hotel y la luz gris de Bilbao le pareció más cegadora que nunca. Se sintió desnudo, expuesto. Cada persona con la que se cruzaba podría ser un vigilante. Cada coche que pasaba, una amenaza. La paranoia, esa vieja compañera, empezaba a susurrarle al oído. Pero bajo la paranoia, crecía otra cosa: una rabia fría y lúcida.

Habían intentado silenciarlo, intimidarlo, patologizar su búsqueda de la verdad. Y al hacerlo, solo habían conseguido una cosa: convencerlo de que tenía razón. Y de que ya no podía permitirse el lujo de jugar según las reglas. Si la puerta principal estaba cerrada, entraría por la ventana. O, si era necesario, derribaría el muro a cabezazos.

Su decisión estaba tomada. Ya no buscaría la ayuda de los que llevaban uniforme. Buscaría a los que, como él, el sistema había

expulsado. Su siguiente llamada no sería a la policía. Sería a Miren Zabaleta. La archivista jubilada. La guardiana de los secretos que el sistema creía haber enterrado para siempre. La guerra acababa de empezar.

CAPÍTULO 5

Interludio del Nervión I

No tengo nombre. Me lo dieron ellos. Me llamaron Ibaizabal, luego Nervión, luego simplemente la Ría. Son nombres efímeros, etiquetas que el tiempo y las mareas acabarán por borrar. Antes de que sus lenguas torpes intentaran nombrarme, yo ya era. Yo era el agua que se abría paso entre la roca caliza, una serpiente paciente de hielo y lluvia buscando el abrazo salado del mar. Mi memoria no empieza con sus barcos, ni con sus puentes, ni con sus muertos. Mi memoria empieza con el silencio.

Recuerdo el silencio de los bosques primigenios, un silencio verde y denso, roto solo por el crujido de una rama bajo el peso de un animal que no conocía al hombre, o el canto de un pájaro cuyo trino no competía con el estruendo de ninguna fragua. Recuerdo el sabor de la tierra en mi corriente, el gusto mineral de las laderas de Artxanda y Pagasarri, un sabor limpio, puro, antes de que lo contaminaran con sus ambiciones. Mi cauce era un lecho de cantos rodados y limo, no de escoria y acero. Mis orillas eran un tapiz de juncos y alisos, no un muro de hormigón y vergüenza.

El mar era mi destino y mi origen. Dos veces al día, su aliento salado remontaba mi curso, una transfusión de vida que traía consigo el olor de la distancia, de la libertad. El encuentro del agua dulce y el

agua salada en mis entrañas era un ritual sagrado, una danza de densidades y temperaturas que creaba un ecosistema de una riqueza que ellos nunca llegaron a comprender. Había angulas como hilos de plata viva, salmones que luchaban por volver al lugar de su nacimiento, lampreas que se aferraban a las piedras como reliquias de un tiempo más antiguo que las propias montañas. Yo era un camino de vida, una arteria que bombeaba el pulso del Cantábrico hacia el corazón de esta tierra verde.

Entonces llegaron ellos. Al principio, eran pocos. Sus asentamientos eran pequeñas heridas en la piel del bosque. Sus fuegos, diminutas estrellas en la inmensidad de la noche. No los temía. Eran frágiles, efímeros. Pero trajeron consigo algo que el bosque y la montaña no conocían: la voluntad de transformar. No se adaptaban al paisaje; lo doblegaban. Y su primera herramienta fue el fuego. Sus haizeolak, los hornos de viento en las laderas, empezaron a sangrar un humo denso que a veces manchaba mi cielo. Y con el humo, llegó el hierro.

El hierro cambió mi sabor para siempre. Empecé a arrastrar en mi corriente un sedimento rojizo, un polvo áspero que se adhería a mis piedras y teñía mis aguas en los días de crecida. Era el sabor de sus minas, de la tierra desentrañada, de la montaña violada. Aprendí el lenguaje de sus herramientas: el golpe sordo de los martillos pilones movidos por mi propia fuerza, el silbido del metal al enfriarse en mis aguas, el estruendo de las ferrerías que empezaron a poblar mis orillas como parásitos laboriosos.

Y con el hierro, llegaron sus primeros secretos pesados. Aprendí a distinguir el peso de un hombre que cae por accidente del de uno que es arrojado por la espalda. El primero es un peso torpe, desequilibrado. El segundo es un peso denso, un bloque de silencio y traición que se hunde más rápido. Los primeros muertos que acogí no eran anónimos. Eran ferrones, carboneros, señores de la guerra locales. Sus nombres se susurraban en las orillas, sus historias se convertían en leyendas que el viento me contaba por las noches. Yo

no juzgaba. Solo acogía. Me convertí, sin quererlo, en el archivo líquido de sus deudas de sangre.

La ciudad creció sobre mí y a pesar de mí. Me encauzaron, me amurallaron, me obligaron a seguir un camino recto que no era el mío. Construyeron puentes sobre mi espalda, cada uno un yugo de piedra o de hierro que me recordaba mi servidumbre. El puente de San Antón, luego el de la Merced, el del Arenal... cicatrices que aprendí a llevar con una paciencia geológica. Sus barcos, al principio pequeños veleros de madera, luego vapores que tosían un humo negro y grasiento, empezaron a surcarme como insectos laboriosos. Me convirtieron en su camino, en su herramienta, en su cloaca.

El siglo diecinueve fue una fiebre. Los Altos Hornos vomitaron fuego y humo día y noche, pintando el cielo de un naranja perpetuo y enfermizo. Mi agua se volvió tibia, aceitosa. El sabor del hierro se intensificó, mezclado ahora con el de los químicos de las nuevas industrias. Los peces empezaron a morir, sus cuerpos plateados flotando en mi superficie como una protesta silenciosa. Mis orillas, antes verdes, se convirtieron en un paisaje de grúas, astilleros y muelles de carga. El ruido era incesante: el chirrido del metal, el silbato de los trenes, los gritos de miles de hombres llegados de tierras lejanas para vender su fuerza a cambio de un jornal miserable.

Me convertí en la espina dorsal de un gigante industrial. Arrastraba barcos cargados de mineral que salían hacia Inglaterra y traía de vuelta carbón para alimentar la bestia insaciable de las fábricas. Era el corazón de un imperio de humo y acero. Y también su vertedero. En mis profundidades se acumularon los residuos de su prosperidad: escoria, maquinaria rota, secretos industriales, y los cuerpos de los obreros que caían de los andamios, de los huelguistas a los que nadie reclamaba, de los desesperados que buscaban en mi abrazo frío un final para su miseria.

Pero un día, me cansé. En agosto de 1983, el cielo se rompió. No fue la lluvia persistente de siempre. Fue un diluvio bíblico, una furia elemental. Las montañas no pudieron contener más agua y me la

entregaron toda de golpe. Me desbordé. Recordé mi antiguo poder, mi verdadera naturaleza. Rompí los muros que me contenían, arranqué los puentes de sus cimientos, inundé sus calles y sus casas. No fue un acto de maldad. Fue un acto de memoria. Les recordé que, por mucho que me canalizaran y me ensuciaran, yo seguía siendo una fuerza de la naturaleza. Les mostré el lodo y la podredumbre que habían escondido bajo sus aceras. Durante unas horas, volví a ser el dueño de mi valle. La ciudad quedó devastada, humillada. Y después de la inundación, algo cambió. La bestia de hierro empezó a morir.

La reconversión fue una agonía lenta. Las fábricas cerraron, las grúas se detuvieron, los astilleros se oxidaron en silencio. El humo naranja desapareció del cielo. La ciudad, mi ciudad, se reinventó. Se vistió de titanio y cristal. Construyeron palacios de congresos donde antes había muelles de carbón, museos de arte donde se pudrían los barcos. Limpiaron mis aguas, o eso dijeron. El sabor del hierro y el aceite fue reemplazado por otro, más sutil, más químico. Los peces volvieron, tímidos, diferentes. La ciudad se volvió hermosa, turística, moderna. Se lavó la cara.

Pero yo sé que solo se cambió de máscara. Los secretos que ahora me confían son distintos. Ya no son deudas de sangre selladas con una navaja en un callejón oscuro. Son secretos de cuello blanco, firmados en despachos con aire acondicionado y vistas panorámicas. Son mentiras envueltas en informes de consultoría, crímenes blanqueados en paraísos fiscales, vidas destruidas con un clic de ratón. Son secretos más limpios, sin olor a pólvora ni a sudor. Pero son igual de pesados. Igual de letales.

Y entonces, hace unas noches, sentí un nuevo peso en mi corriente. Un peso que no encajaba. No era el peso resignado de un suicida, ni el peso tenso de una víctima de la violencia callejera. Era un peso... incorrecto. Un peso ordenado, administrativo. El cuerpo de un hombre que no debería haber estado allí, arrojado a mis aguas como un expediente que se archiva en el fondo de un cajón. Sentí la mentira que lo envolvía, una capa invisible más fría que mi propia

agua. Su secreto no era de pasión ni de desesperación. Era un secreto de números, de porcentajes, de firmas falsificadas. Un secreto moderno, eficiente y absolutamente desalmado.

Lo acogí, como acojo a todos. Su cuerpo ya descansa en el fondo, uniéndose al sedimento de la historia. Pero su secreto no se ha hundido del todo. Se ha quedado flotando, suspendido en la corriente, negándose a ser olvidado. Y ahora, siento una nueva perturbación. Una que no sentía desde hacía mucho tiempo. No es el estruendo de una fábrica ni el grito de una huelga. Es algo más sutil. Es la presencia de un hombre en mis orillas, un hombre que camina de noche, que no mira los nuevos edificios de titanio, sino que me mira a mí. Un hombre que me interroga con su silencio.

No sé su nombre, pero reconozco su herida. Es una herida antigua, una que yo misma ayudé a crear hace quince años, cuando acogí a su hermano. Este hombre no busca venganza. Busca algo más peligroso: busca un eco. Y su búsqueda está agitando el fondo. Está removiendo el lodo, desenterrando secretos que la ciudad creía haber olvidado para siempre. Ha arrojado una piedra de indagación en mis aguas tranquilas, y las ondas que ha creado están empezando a llegar a las orillas más altas, a los despachos acristalados donde se fabrican las mentiras.

No sé qué encontrará. No es mi labor saberlo. Yo solo soy el testigo, el archivo, el espejo oscuro. Pero siento que la marea está cambiando. El ciclo de ocultar está llegando a su fin. Y pronto, muy pronto, llegará la hora de revelar. Porque todos vienen a mí a deshacerse de sus verdades. Pero se olvidan de una cosa. Se olvidan de que yo no doy respuestas. Yo no olvido. Y siempre, tarde o temprano, devuelvo los ecos.

CAPÍTULO 6

La Lógica del Monstruo

El sol de la mañana no se atrevía a entrar en el ático de Josu Muguruza; solicitaba permiso. Se filtraba a través de los ventanales inteligentes que cubrían la pared este, un cristal que se polarizaba automáticamente para modular la luz, transformando el resplandor directo en una claridad suave y difusa, un ambiente de galería de arte. Desde el piso cuarenta y dos de la Torre Iberdrola, Bilbao no era una ciudad, era una maqueta. Un intrincado modelo a escala de tejados, puentes y una serpiente de agua oscura que se abría paso hacia el mar. Muguruza observaba su reino mientras el espresso de una máquina suiza de veinte mil euros llenaba su taza de porcelana con un líquido negro y fragante.

La mañana había sido productiva. Antes de las nueve, ya había presidido dos videoconferencias. La primera, con un fondo de inversión de Frankfurt, para cerrar los últimos flecos de la adquisición de una empresa de biotecnología. Había sido una danza de números y proyecciones, un ballet de cláusulas y porcentajes en el que él se movía con la gracia de un depredador consumado. Hablaba en un inglés fluido con acento de Oxford, seductor y firme, desarmando las objeciones de los alemanes con una mezcla de datos irrefutables y un encanto personal que era, en sí mismo, su arma más afilada. Cerró el trato asegurando un treinta por ciento más de beneficios de lo que su propio equipo había proyectado. No

sintió euforia, solo la tranquila satisfacción del orden natural de las cosas: él estaba en la cima de la cadena alimentaria.

La segunda llamada había sido con un subsecretario del Ministerio de Fomento en Madrid. Más mundana, más política. Se trataba de la adjudicación de un tramo del Tren de Alta Velocidad. La conversación fue un ejercicio de poder blando, un intercambio de favores velados y promesas de futuras colaboraciones. Muguruza no habló de sobornos; esa era una palabra vulgar, prehistórica. Habló de "sinergias", de "compromiso con el desarrollo del país", de "creación de empleo". El subsecretario, un hombrecillo con voz nerviosa, entendió perfectamente el lenguaje. La adjudicación, que se haría pública en dos semanas, ya estaba decidida.

Josu Muguruza no se consideraba un hombre corrupto. La corrupción era un concepto para perdedores, para aquellos que necesitaban romper las reglas porque no eran lo suficientemente inteligentes para reescribirlas a su favor. Él no rompía las reglas; creaba las condiciones para que las reglas se doblegaran a la lógica del progreso. Y el progreso, en su visión del mundo, tenía una dirección clara: la eficiencia. La eliminación de la grasa, de la sentimentalidad, de la debilidad.

Apoyó la taza sobre la encimera de mármol de Carrara. Su chófer, un ex-militar silencioso y eficiente llamado Andoni, lo esperaba en el vestíbulo.

—A Barakaldo, Andoni. Al hospital de San Eloy. Y después, a la oficina.

Andoni asintió, sin hacer preguntas. Nunca las hacía.

El viaje desde el lujo aséptico de Abandoibarra hasta la cruda realidad de la Margen Izquierda fue un descenso a través de las capas sociales de Bizkaia. El Mercedes blindado se deslizaba por la autopista, dejando atrás el titanio del Guggenheim y los yates del club marítimo para adentrarse en un paisaje de bloques de viviendas de ladrillo cara vista, polígonos industriales y el esqueleto oxidado de un pasado industrial que se negaba a desaparecer del todo.

El hospital de San Eloy era un monumento a la ineficiencia que tanto despreciaba. Un edificio de los años setenta, funcional y feo, cuyos pasillos laberínticos olían a una mezcla de desinfectante, comida de hospital y una sutil pero persistente nota de desesperación. Muguruza caminaba por esos pasillos y sentía una repulsión física. No por la enfermedad, sino por el desorden, por la mala gestión que representaba. Veía a los pacientes esperando en sillas de plástico, a las enfermeras corriendo de un lado a otro con rostros de un agotamiento crónico, a los médicos residentes con ojeras que hablaban de guardias de treinta y seis horas. No veía personas; veía síntomas. Síntomas de un organismo social enfermo, un sistema obeso y anquilosado que consumía recursos de forma voraz para ofrecer unos resultados mediocres.

Encontró a su padre en una habitación compartida al final de un largo pasillo. Aitor Muguruza había sido un gigante, un capataz de los Altos Hornos que podía doblar una barra de hierro con sus propias manos. Ahora era una ruina. Un cuerpo frágil y encogido en una cama de hospital, con la piel traslúcida y la mirada perdida en un punto inexistente del techo desconchado. Una sonda de alimentación le entraba por la nariz y el pitido monótono de un monitor de constantes vitales era la única prueba de que seguía vivo.

Josu se sentó en la silla de plástico junto a la cama. No tocó a su padre. Hacía años que no lo hacía. Simplemente lo observó, como un científico observa un experimento fallido. Su padre era el producto final de la debilidad que él combatía: la debilidad de un cuerpo que se rendía, la debilidad de un sistema público incapaz de ofrecerle una muerte digna.

Una enfermera entró en la habitación. Era una mujer de unos cincuenta años, con el uniforme gastado y una expresión de infinita paciencia.

—Buenos días —dijo, mientras cambiaba la bolsa del suero—. ¿Es usted el hijo?

—Sí.

—Su padre ha pasado una noche tranquila. Los niveles están estables.

—¿Estables? —la voz de Muguruza era seda helada—. Mi padre lleva seis meses "estable". Estable en un estado vegetativo del que no va a salir. ¿No creen que sería más humano, más eficiente, dejar que la naturaleza siga su curso?

La enfermera lo miró, y por un instante, su paciencia se resquebrajó, revelando una veta de acero.

—Nosotros no decidimos quién vive y quién muere, señor. Nosotros cuidamos. Hacemos lo que podemos con lo que tenemos.

—Y lo que tienen es insuficiente —replicó Muguruza, su mirada recorriendo la habitación: la pintura descascarillada, el monitor anticuado, la falta de privacidad—. Este lugar es un fracaso. Un sumidero de dinero público que solo sirve para prolongar el sufrimiento.

La enfermera no respondió. Terminó su trabajo en silencio, ajustó la almohada de su padre con una delicadeza que a Josu le pareció obscena, y se fue, dejándolo solo con el pitido de la máquina y el olor a desinfectante.

Aquella visita no era un acto de amor filial. Era un ritual. Un recordatorio. Cada dos semanas, venía a este templo de la decadencia para reafirmar su convicción, para alimentar su justa ira. Él no era un buitre que se aprovechaba de la debilidad del sistema. Era un cirujano. Un cirujano social que entendía que, para salvar al cuerpo, a veces era necesario amputar los miembros gangrenados. Y la sanidad pública universal, con su sentimentalismo ineficiente y su romanticismo trasnochado, era la peor de las gangrenas.

De vuelta en el coche, el interior de cuero y madera pulida se sentía como una cámara de descompresión, aislándolo de la mediocridad del mundo exterior. El olor a desinfectante, sin embargo, parecía haberse adherido a su traje de Zegna. Se sentía contaminado.

Sacó su teléfono, un dispositivo de titanio y cristal que parecía más un arma que un medio de comunicación. Marcó el número de Imanol Lizardi, el Subdirector de Gestión Sanitaria. Lizardi era un hombre útil. Un burócrata de carrera, ambicioso pero sin la imaginación ni el coraje para ser un verdadero líder. Era el tipo de hombre que entendía el poder y lo respetaba, el tipo de hombre que sabía que su carrera dependía de facilitar las cosas a hombres como Josu Muguruza.

—Imanol. Josu al habla.

—Josu, buenos días. ¿Qué tal todo? —la voz de Lizardi era servil, ansiosa por complacer.

—Todo podría ir mejor, Imanol. Acabo de salir de San Eloy. —Muguruza hizo una pausa, dejando que la implicación flotara en el aire—. El lugar es una vergüenza. Un monumento a la incompetencia. Y me temo que Basurto va por el mismo camino.

—Estamos trabajando en ello, Josu. El informe de Nexura está casi listo. Los datos preliminares son... muy claros. Justifican una intervención.

—"Casi listo" no es suficiente, Imanol. Necesitamos que esté listo ya. Cada día que ese hospital sigue funcionando con su modelo actual es un día que tiramos el dinero de los contribuyentes y ponemos en riesgo a los pacientes. Es una cuestión de salud pública.

—Lo sé, Josu, pero hay... hay algunas resistencias internas. Un médico, en concreto. Un tal Etxebarria. Se niega a validar algunas de las conclusiones. Está haciendo ruido. Cuestionando la metodología.

Muguruza cerró los ojos. La irritación fue una oleada de frío en su pecho. Un médico. Un simple peón en el tablero, un idealista estúpido que no entendía la visión de conjunto. Un síntoma.

—Los síntomas se tratan, Imanol. O se extirpan. ¿Cuál es el problema con este... Etxebarria?

—Es un buen médico, muy querido por los pacientes. Y es metódico. Está documentando todo lo que considera irregularidades. Si va a la prensa con sus sospechas, podría... manchar el proceso.

—"Manchar el proceso" —repitió Muguruza, saboreando las palabras con desdén—. El proceso es lo único que puede salvar ese hospital de sí mismo. Este médico no es un héroe, Imanol. Es un obstáculo. Un obstáculo para el progreso. Y los obstáculos se eliminan.

—¿Qué... qué sugiere que hagamos? —la voz de Lizardi era un susurro nervioso.

Muguruza sonrió para sus adentros. Lizardi no quería una sugerencia. Quería una orden. Quería que la responsabilidad recayera en otro.

—Sugiero que uses las herramientas que el sistema pone a tu disposición, Imanol. Ese hombre es un empleado. Y si un empleado se niega a cumplir con sus obligaciones, se le aparta. De forma limpia, eficiente. Busquen una negligencia en su historial. Si no la hay, invéntenla. Ofrézcanle una salida digna. Si no la acepta, muéstrenle la puerta. Pero háganlo rápido. El informe de Nexura tiene que ser impecable, unánime. No puede haber ni una sola voz disonante.

—Entendido, Josu. Me encargaré personalmente.

—Lo sé, Imanol. Por eso confío en ti. Porque entiendes que a veces, para hacer el bien, hay que ser... pragmático. —Muguruza colgó.

Se recostó en el asiento de cuero. El olor a desinfectante empezaba a disiparse. El problema estaba identificado, la solución, en marcha. Un médico idealista. Una pequeña infección en el sistema. Nada que un buen antibiótico administrativo no pudiera curar.

Miró por la ventanilla. El Mercedes ya estaba cruzando el puente Euskalduna, volviendo al Bilbao de titanio y cristal, a su Bilbao. El Guggenheim brillaba bajo el sol esquivo, un monumento a la audacia, a la visión, a la voluntad de transformar una ciudad oxidada en un icono mundial. Él había sido parte de eso. Había aportado

dinero, influencia, ideas. Él también era un constructor. Pero entendía que para construir algo nuevo, a veces era necesario demoler lo viejo. Y no se podía ser sentimental con los escombros.

El médico Etxebarria era eso. Un escombro. Un residuo sentimental de un modelo fracasado. Un obstáculo en el camino del progreso. Y Josu Muguruza, el cirujano social, el arquitecto del futuro, no iba a permitir que una pequeña piedra en el camino detuviera la construcción de su catedral.

No se sentía un villano. Se sentía un visionario. Y la historia, estaba seguro, lo absolvería. Porque la historia no la escriben los débiles, ni los sentimentales, ni los médicos honestos. La historia la escriben los que ganan. Y él nunca había perdido.

CAPÍTULO 7

El Primer Mensaje

La conversación con Unai Zabala había dejado un regusto a veneno en la boca de Iker. No era la amargura de la derrota, sino el sabor mucho más corrosivo de la confirmación. Había ido a la cafetería del Ercilla buscando una grieta en el muro, una fisura de duda en la armadura del sistema. En su lugar, había encontrado un bloque de granito pulido, una certeza absoluta y condescendiente en su propia rectitud. Zabala no era un cómplice a su pesar; era un sacerdote de la fe institucional, un hombre que creía honestamente en la necesidad de sacrificar la verdad individual en el altar del orden colectivo.

De vuelta en la soledad de su oficina, con el cuaderno azul de Aitor sobre la mesa como una acusación silenciosa, Iker sintió el peso de su aislamiento. Estaba solo. La Ertzaintza no solo no iba a ayudarle, sino que se había convertido en un adversario activo. Zabala le había dejado claro que cualquier movimiento sería interpretado como una patología, los delirios de un ex-agente quemado que proyectaba sus propios fantasmas sobre la realidad. Lo habían diagnosticado y, si persistía, lo tratarían.

Miró por la ventana. La ría, como siempre, le devolvía un reflejo oscuro y distorsionado de la ciudad. Se sintió como un nadador solitario en medio de un océano inmenso, con la orilla desapareciendo en la niebla y la certeza de que criaturas mucho más grandes y poderosas se movían bajo la superficie. Podía dejarse

ahogar, rendirse a la corriente de la versión oficial. O podía empezar a nadar a contracorriente, sabiendo que cada brazada lo agotaría y lo expondría aún más.

No había elección. La cara de Gorka, la mano fría de su hermano, la voz controlada de Nerea Etxebarria, la mirada asustada de Unai bajo el puente... eran anclas que no le permitían dejarse llevar. Si el sistema había decidido que era un fantasma, entonces actuaría como tal: se movería por las sombras, por los márgenes, por los lugares que la burocracia creía haber sellado para siempre.

Y en ese mundo de sombras, solo había una persona en la que podía confiar. Una persona que, como él, había sido parte del sistema y lo había abandonado, no por fracaso, sino por hastío. Una persona que entendía que la verdadera historia no estaba en los informes finales, sino en los borradores, en las notas a pie de página, en los archivos que se ordenaba "extraviar".

Miren Zabaleta.

El viaje a Leioa fue un respiro, una salida temporal de la claustrofobia de Bilbao. Cruzó el Puente Colgante, esa reliquia de hierro que unía las dos márgenes como una sutura en una vieja herida, y se adentró en el mundo más tranquilo y residencial de la Margen Derecha. La urbanización de Miren estaba cerca del mar, un conjunto de casas bajas con pequeños jardines bien cuidados. El aire aquí olía a salitre y a hierba recién cortada, no a asfalto mojado y a metal.

La casa de Miren era un reflejo de su personalidad: ordenada, luminosa, llena de vida. Las estanterías de madera clara no solo contenían libros, sino también plantas de interior que trepaban hacia la luz y pequeñas colecciones de conchas y piedras recogidas en la playa. El lugar olía a café recién hecho y a cera de abejas. Era un santuario de memoria y calma, el polo opuesto al caos moral que Iker habitaba.

Miren le abrió la puerta con una sonrisa que no llegaba a ocultar la preocupación en sus ojos. A sus sesenta y cinco años, conservaba

una energía y una lucidez que desmentían su condición de jubilada. Llevaba una chaqueta de lana gruesa y su pelo gris estaba recogido en un moño informal.

—Sabía que vendrías —dijo, sin preámbulos, mientras lo guiaba hacia la cocina—. Desde que oí lo del médico de Basurto, supe que era cuestión de tiempo que tu olfato te llevara hasta mi puerta. Siéntate. El café está listo.

Iker se sentó a la mesa de la cocina, una pieza de madera robusta bañada por la luz que entraba por un gran ventanal que daba al jardín. Se sintió torpe, grande, una criatura de la noche en un espacio diurno.

Miren le puso una taza delante. No le hizo preguntas. Esperó. Su relación se había forjado en los silencios, en las verdades no dichas. Ella había sido la jefa del archivo de la Ertzaintza durante veinte años. Había visto pasar a generaciones de policías, había leído miles de informes, y había aprendido a leer a las personas con la misma pericia con la que descifraba un expediente clasificado. Y a Iker lo conocía mejor que nadie. Había sido la confidente silenciosa de su dolor tras la muerte de Gorka, la única persona en la comisaría que nunca le ofreció condolencias vacías, sino que simplemente le preparaba un café y le dejaba estar en silencio en su despacho, rodeado de la quietud ordenada de los archivos. No le debía un favor; compartían una cicatriz.

—He hablado con Zabala —dijo Iker finalmente, rompiendo el silencio.

Miren asintió, sin sorpresa. —Unai Zabala. El hombre perfecto en el lugar perfecto. Eficiente, leal, ambicioso. El tipo de policía que el nuevo modelo adora. Un gestor, no un detective. ¿Y bien?

—Me ha cerrado la puerta. Y me ha advertido. El caso está sellado. Es una "decisión estratégica".

—"Decisión estratégica" —repitió Miren, y una nota de desdén endureció su voz—. Es la nueva jerga para "encubrimiento". Antes

éramos más directos. Lo llamábamos "órdenes de arriba". Supongo que es el progreso.

—Necesito el informe completo de la autopsia, Miren. No el resumen. El preliminar. El que tiene todas las notas del forense. Sé que tiene que haber una copia en el archivo central.

Miren se sentó frente a él, su expresión seria. —Iker, sabes lo que me estás pidiendo. Ya no estoy dentro. Acceder a esos archivos es un delito. Mis antiguas credenciales probablemente ya estén desactivadas. Y aunque no lo estuvieran, cada acceso deja un rastro digital. Sabrían que he sido yo en cuestión de minutos.

—Lo sé. Y no te lo pediría si no fuera absolutamente necesario. Este caso... está conectado con lo de Gorka. Usaron la misma terminología para justificar el despido del médico. "Revisión de protocolos de emergencia".

La mención de Gorka cambió la atmósfera en la cocina. La conversación dejó de ser sobre un caso y se convirtió en algo personal.

—Ten cuidado, Iker —dijo Miren, su voz ahora más suave, casi maternal—. Los monstruos a los que nos enfrentábamos antes eran más simples. Terroristas, traficantes, asesinos. Dejaban rastros de sangre, de pólvora. Eran visibles. Los de ahora son diferentes. Son corporaciones, fondos de inversión, comités de dirección. No dejan rastros de sangre, dejan rastros de papel, de transferencias bancarias, de correos electrónicos borrados. Son invisibles. Y son mucho más peligrosos, porque tienen al sistema de su parte.

—Por eso te necesito. Porque tú sabes leer ese rastro de papel mejor que nadie.

Miren lo miró durante un largo rato. Vio al hombre cansado y roto que tenía delante, pero también vio al joven policía idealista que había conocido veinte años atrás, al hombre que se negaba a aceptar que el mundo fuera tan cínico como parecía.

—De acuerdo —dijo finalmente, con un suspiro que era una mezcla de resignación y afecto—. Pero lo haremos a mi manera. Y si esto sale mal, negaré conocerte.

La llevó a su pequeño estudio, una habitación forrada de estanterías. Sobre un escritorio moderno, un ordenador de última generación parecía fuera de lugar entre los libros antiguos. Miren se sentó frente a la pantalla. Iker se quedó de pie detrás de ella, observando.

La tensión en la habitación se hizo palpable. Lo que Miren estaba a punto de hacer era el equivalente digital a forzar una caja fuerte. No era una escena de hacking de película, con códigos verdes cayendo en cascada por la pantalla. Era un proceso lento, metódico y angustioso. Miren tecleaba comandos, navegaba por interfaces de usuario obsoletas que solo un veterano del sistema podía entender. Sus dedos, ágiles y precisos, se movían sobre el teclado.

—Mis credenciales siguen activas —susurró, más para sí misma que para Iker—. Qué descuidados. O qué arrogantes. Probablemente piensan que una jubilada no es una amenaza.

Accedió a la red interna de la Ertzaintza. El corazón de Iker empezó a latir más deprisa. Estaban dentro. Miren navegó por un laberinto de carpetas y subcarpetas con nombres en clave. "Homicidios", "Suicidios", "Muertes Accidentales".

—Lo clasificaron como suicidio desde el principio —murmuró Miren, mientras abría la carpeta correspondiente—. No hubo investigación de homicidios. Lo cerraron en menos de veinticuatro horas. Eso no es rápido. Eso es sospechoso.

Finalmente, encontró el archivo de Aitor Etxebarria. Dentro, había varios documentos. El informe final, pulcro y conciso. Y luego, en una subcarpeta llamada "Borradores_Descartados", un archivo con un nombre diferente: "AUTOPSIA_PRELIMINAR_AE_NOTAS_FORENSE.pdf".

—Aquí está —dijo Miren.

El clic del ratón al iniciar la descarga sonó como un disparo en el silencio de la habitación. La barra de progreso azul avanzaba con una lentitud exasperante. Cada segundo era un riesgo. Iker no podía evitar mirar por la ventana, esperando ver aparecer un coche patrulla en cualquier momento.

—Ya casi... —dijo Miren.

La barra llegó al final. Descarga completada. Miren no perdió un segundo. Encriptó el archivo, lo transfirió a una memoria USB segura, y luego inició un protocolo de borrado de sus huellas digitales. Era un programa que ella misma había diseñado antes de jubilarse, un "fantasma" digital que eliminaba los registros de acceso.

—No es perfecto —dijo, mientras la pantalla se llenaba de líneas de código que se borraban a sí mismas—. Si saben exactamente qué buscar, podrían encontrar un eco. Pero les costará días. Para entonces, espero que ya sepas qué hacer con esto.

Le entregó la memoria USB. Era pequeña, negra y fría al tacto. Parecía demasiado insignificante para contener la verdad que podría cambiarlo todo.

—Gracias, Miren. Te debo...

—No me debes nada, Iker —lo interrumpió, su voz firme de nuevo—. Solo cuídate. Y haz que haya merecido la pena.

De vuelta en su oficina, con la noche cayendo de nuevo sobre la ciudad, Iker sintió una mezcla de excitación y pavor. Introdujo la memoria USB en su portátil. Introdujo la contraseña que Miren le había dado. El archivo se abrió.

Era un documento escaneado, de varias páginas. El lenguaje era frío, burocrático, una descripción desapasionada de la destrucción de un cuerpo humano. Iker lo leyó rápidamente, saltándose los detalles técnicos, buscando la anomalía, la grieta.

Y la encontró. En la tercera página, en una sección titulada "Observaciones Adicionales del Forense", escrita a mano y luego escaneada, una frase corta y precisa:

"Se observa lesión contusa en la región occipital inferior (nuca), con hematoma subcutáneo de aproximadamente 3 cm de diámetro. Lesión compatible con aplicación de presión manual fuerte o impacto con objeto plano y romo. No es una lesión característica de un impacto primario en una caída desde altura. Se recomienda análisis histológico complementario para determinar el momento exacto de la lesión (pre-mortem o post-mortem)."

Ahí estaba. La prueba. La confirmación científica de lo que Unai había visto. No era una opinión. Era un hecho observado por un profesional. Y la recomendación de un análisis complementario que, Iker estaba seguro, nunca se había llevado a cabo. La frase había sido borrada, enterrada, desaparecida de la versión final. No era un error. Era un acto deliberado de encubrimiento.

No sintió euforia. No hubo un grito de "¡Eureka!". Solo el frío y pesado peso de la confirmación. La verdad era exactamente tan sucia como había imaginado. Se recostó en su silla, el documento brillando en la pantalla de su portátil, y cerró los ojos por un instante. Lo tenía. Tenía el arma que necesitaba.

El capítulo dio un giro brusco. La narrativa saltó, sin transición, al parque de Doña Casilda. La perspectiva cambió, volviéndose impersonal, observacional. Vemos a Unai preparándose para pasar la noche en su banco de siempre, bajo un magnolio centenario. La atmósfera del parque, que durante el día era un lugar de esparcimiento, se había vuelto inquietante. Las sombras de los árboles eran largas y deformes bajo la luz de las farolas. Los sonidos familiares —el graznido de los patos en el estanque, el susurro de las hojas— parecían ahora cargados de una tensión ominosa.

Unai se envolvía en una manta vieja, un ritual nocturno. Estaba inquieto. La conversación con Iker lo había dejado con una sensación de peligro inminente. Se sentía observado. Miraba hacia la

oscuridad más allá del círculo de luz de las farolas, pero no veía nada.

Entonces, dos figuras emergieron de la oscuridad del paseo. Caminaban con un propósito, sin prisa pero sin pausa. No eran los habituales del parque. Llevaban ropa oscura, práctica. No eran los "jardineros" de traje de los que le había hablado a Iker. Eran algo diferente. Más directo.

Unai se incorporó, su instinto de supervivencia gritándole que corriera. Pero sus piernas, entumecidas por el frío y la cojera, no respondieron a tiempo.

Los dos hombres se detuvieron frente a su banco. No hubo diálogo. No hubo amenazas verbales. Uno de ellos, el más corpulento, simplemente se inclinó y le dio un puñetazo en el estómago. El aire se escapó de los pulmones de Unai en un jadeo ahogado. Cayó de rodillas. El segundo hombre le dio una patada en las costillas. Luego otra. La violencia fue rápida, eficiente, desapasionada. No era una paliza por rabia. Era un trabajo. Un mensaje.

Mientras Unai yacía en el suelo, acurrucado, intentando protegerse la cabeza, uno de los hombres se inclinó sobre él. No le dijo nada. Simplemente dejó caer algo sobre su pecho. Un pequeño objeto oscuro. Luego, se fueron, desapareciendo en la noche tan silenciosamente como habían llegado.

Unai se quedó allí, respirando con dificultad, el dolor irradiando por todo su cuerpo. Tras unos minutos, con un esfuerzo inmenso, alargó la mano y cogió el objeto que le habían dejado. Era un anillo. Un anillo de madera barata, con un pájaro mal tallado. Una imitación burda del que había descrito. Un mensaje.

El capítulo regresó, de forma abrupta, a la oficina de Iker. Él seguía sentado frente a la pantalla, el informe de la autopsia abierto. El silencio de la habitación era total.

Entonces, su teléfono sonó. Un número oculto.

Descolgó.

No hubo un "hola". Solo una voz, procesada electrónicamente, fría y sin inflexiones. Una voz que no era humana.

La voz dijo una sola frase:

—Los fantasmas no hablan. Y los que hablan con ellos, tampoco.

Y colgó.

Iker se quedó con el auricular en la mano. El frío que sintió no era el de la noche de Bilbao. Era un frío que venía de dentro, de la certeza absoluta de que acababa de patear un avispero y que las avispas, invisibles y letales, ya venían a por él. La guerra ya no era fría. Se acababa de calentar. Y la primera víctima acababa de caer.

CAPÍTULO 8

El Dilema de Nerea

El centro de salud de San Ignacio era una trinchera. Un edificio de ladrillo de los años ochenta, funcional y sin alma, que servía como primera línea de defensa contra la enfermedad, la pobreza y la soledad que acechaban en las calles del barrio. Para Nerea Etxebarria, no era un lugar de trabajo; era un ecosistema, un microcosmos de la vida real donde cada día se libraban pequeñas batallas silenciosas por la dignidad. Su despacho era un espacio reducido y abarrotado, un caos ordenado de expedientes, post-its de colores y dibujos infantiles pegados en un corcho. El aire olía a papel, a café de máquina y al leve perfume del desinfectante de manos. Aquí, rodeada por las historias de vida contenidas en aquellas carpetas, Nerea se sentía anclada, útil. Aquí, el dolor tenía un nombre, un rostro y, a veces, una solución.

Aquella mañana, estaba inmersa en el expediente de los hermanos Garmendia. Dos niños, de siete y nueve años, que vivían con una madre ausente y un abuelo con un problema de alcoholismo que negaba con la misma vehemencia con la que vaciaba las botellas. Llevaba meses luchando por ellos, tejiendo una red de seguridad a su alrededor: hablando con los profesores del colegio, consiguiendo una plaza en el comedor escolar, presionando para que un psicólogo infantil los evaluara. Su objetivo era evitar a toda costa que los niños acabaran en un centro de acogida, una solución que el sistema consideraba "eficiente" pero que ella sabía que era una sentencia de

desarraigo. Su lucha era por mantenerlos juntos, en su entorno, pero con el apoyo necesario para que tuvieran una oportunidad. El caso era su obsesión, su ancla moral en un mar de burocracia.

Estaba redactando un informe para el juzgado de menores, argumentando con datos y testimonios por qué la custodia debía ser supervisada pero no retirada, cuando su teléfono móvil vibró sobre la mesa. Era un número desconocido. Por un instante, dudó. Pero el recuerdo de la llamada de Iker, de la noche anterior, la hizo descolgar.

—¿Nerea? Soy Iker.

La voz de Iker al otro lado de la línea era como una ráfaga de viento frío de la ría, arrastrando consigo la oscuridad de la noche anterior.

—Iker. ¿Qué ha pasado? ¿Has averiguado algo? —preguntó, su voz un susurro, mirando instintivamente hacia la puerta de su despacho.

—He conseguido el informe preliminar de la autopsia —dijo Iker, sin preámbulos—. Tenías razón. Había una nota del forense. Una lesión en la nuca. Compatible con un golpe o un empujón. No con una caída. Lo borraron de la versión final.

Nerea cerró los ojos. No fue una sensación de triunfo, sino una oleada de validación fría y dolorosa. La verdad que ella sentía en sus entrañas ahora tenía una base, una prueba tangible. Su hermano no se había tirado. Lo habían matado. La certeza era como un ancla de hielo en su estómago.

—Lo sabía —murmuró—. Lo sabía. ¿Y ahora? ¿Podemos hacer algo con esto?

—Todavía no —la voz de Iker se endureció—. Es una copia no oficial. Si la usamos, nos acusarán de haberla robado. Pero es un arma. La guardaremos para el momento adecuado. Pero te llamaba por otra cosa, Nerea. Tienes que tener mucho cuidado.

—¿Qué ha pasado?

—Anoche atacaron a mi testigo. A Unai, el hombre que vio lo del puente. Le dieron una paliza. No le robaron. Fue un mensaje. Y me dejaron una llamada. Saben que estamos investigando. Saben que hablamos. Y no van a dudar en usar la violencia.

El ancla de hielo en el estómago de Nerea se convirtió en una garra de miedo. Una cosa era luchar contra informes falsificados y burocracias silenciosas. Otra muy distinta era enfrentarse a una violencia física, anónima y brutal. Pensó en su pequeño apartamento, en sus rutinas diarias. Se sintió vulnerable, expuesta.

—¿Crees que... que podrían venir a por mí?

—No lo sé —dijo Iker, y su honestidad era más aterradora que cualquier falsa tranquilidad—. Pero no son estúpidos. Saben que tú eres el motor de todo esto. La violencia directa contra ti sería demasiado obvia. Usarán otros métodos. Te atacarán donde más te duela. En tu trabajo, en tu vida. Te desacreditarán. Te aislarán. Ten cuidado con quién hablas, qué firmas, a quién ayudas. A partir de ahora, todo lo que hagas puede ser usado en tu contra.

La conversación terminó, pero sus palabras quedaron resonando en el pequeño despacho. *Te atacarán donde más te duela*. Nerea miró el expediente de los hermanos Garmendia sobre su mesa. El miedo que sentía no era por ella misma. Era por ellos.

Como si sus pensamientos hubieran invocado al diablo, el teléfono fijo de su mesa sonó. Era la voz de su jefa, Amaia Landa, la coordinadora del centro.

—Nerea, ¿puedes venir a mi despacho un momento? Ha venido una inspectora de la Diputación. Una revisión sorpresa. Quiere hablar contigo sobre el caso Garmendia.

El corazón de Nerea dio un vuelco. Una revisión sorpresa. Justo ahora. La advertencia de Iker resonó en su cabeza como una sirena de alarma. No podía ser una coincidencia.

El despacho de Amaia Landa era más grande y ordenado que el suyo, con vistas a la plaza principal del barrio. Amaia era una buena

profesional, una mujer que había luchado para llegar a su puesto, pero que ahora estaba más preocupada por los presupuestos y las estadísticas que por las personas. Junto a ella, sentada en una silla con una rigidez casi militar, había una mujer de unos cuarenta años. Vestía un traje de chaqueta gris, impecable y anónimo. Su pelo estaba recogido en un moño severo y no llevaba una pizca de maquillaje. Tenía la mirada fría y evaluadora de quien está acostumbrado a encontrar fallos.

—Nerea, te presento a Begoña Elorza, de la Inspección de Servicios Sociales —dijo Amaia, con una sonrisa que no ocultaba su nerviosismo—. La señora Elorza está haciendo una revisión de nuestros protocolos en casos de alto riesgo. Y ha seleccionado el expediente de los Garmendia.

—Encantada —dijo Nerea, tendiendo una mano que la inspectora apenas rozó con la punta de sus dedos fríos.

—Siéntese, por favor, señorita Etxebarria —dijo Elorza, su voz tan plana y gris como su traje—. He estado revisando su informe. Es... exhaustivo. Muy detallado. Casi... apasionado.

La palabra "apasionado" sonó como una acusación.

—Es un caso complicado. Los niños son muy vulnerables. Creo que es mi deber documentar cada detalle para asegurar su bienestar —respondió Nerea, manteniendo su voz firme.

—Por supuesto. El bienestar del menor es nuestra única prioridad —dijo Elorza, abriendo una carpeta que tenía sobre las rodillas. Contenía una copia del informe de Nerea, lleno de anotaciones en tinta roja—. Sin embargo, su enfoque me genera algunas dudas. Insiste mucho en mantener a los niños con el abuelo, a pesar de sus evidentes problemas de alcoholismo y negligencia. Propone un complejo sistema de apoyos, terapias, supervisiones... Es un plan ambicioso. Quizás demasiado.

—Creo que es la mejor opción para no desarraigar a los niños. Separarlos de su único familiar y de su entorno sería un trauma

añadido.

—Un trauma, sí. O una liberación —replicó la inspectora, y sus ojos se clavaron en los de Nerea—. A veces, señorita Etxebarria, nuestra implicación emocional en un caso puede nublar nuestro juicio profesional. Podemos empezar a tomar decisiones basadas en lo que *deseamos* para los menores, en lugar de lo que los protocolos y la evidencia sugieren como más seguro. Y la opción más segura, en un caso de negligencia continuada, suele ser la retirada de la custodia.

Cada palabra era un golpe medido, profesional, devastador. La inspectora no estaba discutiendo el caso. Estaba desmantelando la credibilidad de Nerea.

—Mi juicio no está nublado —dijo Nerea, sintiendo cómo la rabia empezaba a subir por su garganta—. Mi juicio se basa en meses de trabajo con esa familia, en conocer a esos niños, en entender su realidad.

—Entiendo. Pero su coordinadora me informa de que usted ha pasado por una situación personal muy estresante recientemente. La trágica pérdida de su hermano. —La mención de Aitor fue como un puñetazo en el estómago. Lo dijo con una falsa empatía que era más cruel que cualquier ataque directo—. El duelo es un proceso complejo. Puede afectar a nuestra capacidad para gestionar el estrés, para tomar decisiones objetivas. Sobre todo en un trabajo tan exigente como este.

Amaia Landa, su jefa, miraba sus papeles, evitando la mirada de Nerea. Era cómplice. Estaba permitiendo que aquello sucediera.

—Mi vida personal no afecta a mi profesionalidad —dijo Nerea, su voz temblando por primera vez.

—Nadie lo duda —continuó Elorza, implacable—. Pero desde la Diputación tenemos la obligación de garantizar que nuestros trabajadores sociales no estén sometidos a una presión externa que pueda comprometer su labor. Rumores, implicaciones en asuntos ajenos a su trabajo... todo eso puede generar un estrés añadido

que, inevitablemente, repercute en los casos. Sobre todo en los más frágiles, como el de los Garmendia.

Te atacarán donde más te duela. Las palabras de Iker eran un eco ensordecedor en su cabeza. No estaban hablando de los Garmendia. Estaban hablando de Aitor. Estaban usando a dos niños aterrorizados como rehenes para silenciarla. La perversidad del método la dejó sin aliento. No era una amenaza de matones en un callejón. Era una ejecución burocrática, limpia, documentada y absolutamente inmoral.

—Quizás —concluyó la inspectora, cerrando la carpeta con un chasquido definitivo—, sería prudente que se tomara un tiempo. Una baja por estrés. Para recuperarse. Y mientras tanto, podríamos asignar el caso Garmendia a otro trabajador social, alguien con una perspectiva más... fresca. Sería por su bien. Y, por supuesto, por el bien de los niños.

La reunión terminó. No era una orden. Era una "sugerencia". Pero la amenaza era tan clara como el agua. Si no se retiraba, si no desaparecía del mapa, destruirían su carrera y, lo que era infinitamente peor, usarían su "inestabilidad" para justificar la retirada de la custodia de los hermanos Garmendia, enviándolos a un centro. Su amor por su trabajo, su dedicación, se había convertido en el arma que usarían contra ella.

Nerea volvió a su despacho. Se sentó en su silla y se quedó mirando el expediente de los Garmendia. Vio las caras de los dos niños en su mente, sus ojos asustados. Vio la cara de Aitor, sonriendo en la última foto que se habían hecho juntos. La elección era imposible. No era una elección entre el bien y el mal. Era una elección entre dos lealtades, entre dos amores, entre dos responsabilidades. ¿Traicionar a su hermano muerto o arriesgar el futuro de dos niños vivos?

Se sintió atrapada, asfixiada por la telaraña invisible que el sistema había tejido a su alrededor. La rabia inicial dio paso a una profunda y desoladora impotencia. Podía luchar. Podía denunciar la coacción.

Pero, ¿quién la creería? Sería su palabra contra la de una inspectora de la Diputación. Sería la historia de una trabajadora social "apasionada" y "emocionalmente inestable" por el duelo. Perdería. Y los que pagarían el precio no serían los hombres de traje que mataron a su hermano. Serían dos niños de siete y nueve años.

Durante horas, se quedó allí sentada, inmóvil, mientras la luz del día se desvanecía y las sombras se alargaban en su pequeño despacho. El peso de la decisión la aplastaba. Cada opción era una derrota. Cada camino, una traición.

Finalmente, cuando la oficina ya estaba vacía y el único sonido era el zumbido de los fluorescentes del pasillo, tomó el teléfono. Marcó el número de Iker. Sus manos temblaban.

—Iker, soy yo.

—Nerea. ¿Estás bien?

—No —dijo, y su voz se rompió, liberando por fin el torrente de angustia que había mantenido a raya durante todo el día—. No estoy bien. Han venido a por mí. No como me dijiste. Peor. Mucho peor.

Le contó la reunión. Las palabras salían atropelladas, una mezcla de rabia y desesperación. Le explicó la amenaza velada, el chantaje.

—Usaron a mis niños, Iker. Usaron a dos críos aterrorizados para callarme. Si sigo adelante, los destrozarán y dirán que ha sido por mi culpa.

Iker escuchó en silencio al otro lado de la línea. No la interrumpió. No le ofreció soluciones fáciles. Simplemente, la dejó hablar, la dejó vaciarse.

—Lo siento, Iker —dijo finalmente Nerea, su voz ahora un susurro exhausto—. Lo siento mucho. Pero tengo que dejarlo. No puedo. No a este precio. No puedo sacrificar a esos niños por mi hermano. Él no lo querría.

—Lo sé —dijo Iker, y en su voz no había juicio, solo un cansancio infinito, el de un hombre que conocía demasiado bien el sabor de

ese tipo de derrota—. No tienes que disculparte. Han ganado esta batalla, Nerea. Eso es todo. Han encontrado tu punto débil y han apretado hasta hacerte sangrar. Es lo que hacen.

—Pero, ¿y Aitor? ¿Y la verdad?

—La verdad tendrá que esperar. O encontrar otro camino —dijo Iker —. Tú has hecho más que suficiente. Ahora protégete. Y protege a esos niños. Es lo único que importa.

Colgaron. Nerea dejó caer el teléfono sobre su soporte. Apoyó la cabeza entre las manos y, por primera vez desde la muerte de su hermano, lloró. Lloró por Aitor, por los hermanos Garmendia, por su propia impotencia. Lloró por un mundo donde la decencia era un arma que tus enemigos usaban en tu contra. Sus lágrimas no eran de tristeza. Eran de rabia.

Sabía que había tomado la única decisión posible. Pero mientras lloraba en la oscuridad de su despacho, hizo una promesa silenciosa. Una promesa a su hermano. Esto no era un final. Era una retirada táctica. Dejaría que pensaran que la habían vencido. Se tomaría la baja. Se haría invisible. Pero no olvidaría. Y esperaría. Esperaría el momento en que pudiera volver a luchar. Sin poner a nadie más en peligro. La próxima vez, se aseguraría de no tener nada que pudieran arrebatarle. La próxima vez, no tendría puntos débiles.

CAPÍTULO 9

La Tentación de Amaia

El periodismo, para Amaia Zugasti, no era una profesión; era una forma de insomnio. Su piso en Santutxu, una buhardilla en la última planta de un edificio sin ascensor, era a la vez su refugio y su sala de guerra. No había una distinción clara entre el espacio para vivir y el espacio para trabajar. La mesa de la cocina estaba sepultada bajo transcripciones de entrevistas y sentencias judiciales. El sofá, flanqueado por torres de libros de ensayo y novelas negras que amenazaban con derrumbarse, servía de archivo improvisado. Y la pared principal del pequeño salón, la única que recibía una luz decente durante las mañanas grises de Bilbao, estaba dominada por una enorme pizarra blanca, un caótico y vibrante mapa de su obsesión actual.

En el centro de la pizarra, una foto de Aitor Etxebarria, impresa en blanco y negro, sonreía con una vitalidad que resultaba casi obscena. De su rostro partían hilos de lana de diferentes colores, conectándolo con nombres, fechas y preguntas escritas con rotulador rojo. "Nexura Salud". "Imanol Lizardi". "Puente de Deusto, 15/03, 23:45?". Y, rodeado por un círculo, el nombre que la mantenía despierta por la noche: "Iker Altuna", con una interrogación al lado. La pizarra era un organismo vivo, un cerebro externo donde Amaia volcaba las conexiones que su propia mente, agotada y sobrecargada, ya no podía contener.

A sus veintiocho años, Amaia era una veterana de la precariedad. Pertenecía a esa generación de periodistas brillantemente formados y crónicamente mal pagados, nómadas digitales que saltaban de una colaboración freelance a otra, vendiendo su talento por tarifas que eran un insulto a su inteligencia. Había escrito sobre desahucios en Otxarkoaga, sobre la contaminación de la ría, sobre la corrupción en pequeños ayuntamientos. Artículos bien investigados, bien escritos, que le habían valido algunas palmaditas en la espalda y el respeto de un círculo reducido de colegas, pero que rara vez le permitían pagar el alquiler sin tener que hacer malabares.

El caso de Aitor Etxebarria había llegado a ella como llegan la mayoría de sus historias: por una grieta en el relato oficial. Un breve en un periódico local, una nota sobre el suicidio de un "prestigioso médico". Pero algo en la redacción, en la forma en que se daban por sentados los "problemas personales" sin citar una sola fuente, le había olido a chamusquina. Empezó a tirar del hilo, por pura deformación profesional. Y lo que encontró la fascinó y la aterró a partes iguales.

Su método era una guerra de guerrillas contra la opacidad. Vemos su rutina diaria: se levanta al amanecer, con el primer café en la mano, y empieza la ronda de llamadas. Llama al departamento de prensa del hospital de Basurto, pidiendo una copia del comunicado interno sobre el despido de Etxebarria. La respuesta es una negativa educada pero firme: "Es un asunto interno de personal, no podemos facilitar esa información". Llama al gabinete de prensa de la Ertzaintza, solicitando acceso al atestado completo. La respuesta es aún más fría: "El caso está cerrado y archivado. No hay nada más que añadir". Envía solicitudes formales amparándose en la Ley de Transparencia, sabiendo que tardarán meses en responder, si es que lo hacen, con un documento lleno de tachaduras.

Su trabajo era el de una arqueóloga de la verdad, desenterrando fragmentos de información de un pasado reciente que el sistema ya se había apresurado a sepultar bajo capas de burocracia. Había hablado con tres enfermeras de Basurto, todas de forma anónima y

con un miedo palpable en sus voces. Todas coincidían: Aitor no estaba deprimido. Estaba "enfadado", "preocupado", "investigando algo gordo". Una de ellas le había susurrado por teléfono: "Pregunta por Nexura. Pero yo no te he dicho nada".

Y así, pieza a pieza, había construido el esqueleto de la historia en su pizarra. El despido fulminante. La auditoría de Nexura. La extraña coincidencia de que el informe final se presentara justo después de su muerte. Y la sombra de Iker Altuna, el ex-ertzaina caído en desgracia, cuya presencia en los márgenes de la historia era una anomalía que no sabía cómo interpretar. ¿Era un oportunista, un loco, o la única otra persona que había visto la misma grieta que ella?

Estaba intentando dar sentido a una nueva pila de documentos —los balances de cuentas de Nexura Salud, públicos pero deliberadamente opacos— cuando su teléfono sonó. Era un número que no conocía, pero que reconoció como una centralita de un gran medio de comunicación.

—¿Amaia Zugasti?

—Sí, soy yo.

—Un momento, por favor. Le paso con Jon Alkain.

Amaia se quedó helada. ¿Jon Alkain? Era uno de los pesos pesados de *Deia*, el periódico más influyente de Bizkaia. Un periodista de la vieja escuela, de los que habían cubierto los años de plomo, un hombre con una agenda de contactos que era la envidia de toda la profesión. Y también, un hombre que se había ablandado con los años, cuyas columnas, antes incisivas, ahora parecían más preocupadas por no ofender a sus fuentes en el Gobierno Vasco. ¿Qué podía querer de ella?

—¿Zugasti? —la voz de Alkain era grave, con el tono ahumado de alguien que ha fumado demasiado y ha visto aún más—. Jon Alkain al aparato. He leído un par de cosas tuyas en *Gara* y en algún digital. No escribes mal. Tienes nervio.

El elogio, viniendo de él, la descolocó. —Gracias.

—Voy a ir al grano. No tengo tiempo para tonterías. Sé que estás husmeando en lo del médico de Basurto.

El corazón de Amaia empezó a latir más deprisa. —¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también estuve husmeando. Y me dieron un toque. Un toque amistoso, de los que no se pueden ignorar. Me dijeron que era un tema "sensible" y que lo dejara estar. Y como yo ya tengo una edad y una hipoteca, lo dejé estar. Pero me quedé con la espina clavada. Y he oído tu nombre. Dicen que eres terca como una mula. Me gusta eso. Me recuerda a mí cuando era joven y estúpido.

—No sé a qué te refieres... —empezó a decir Amaia, a la defensiva.

—Ahórrate el teatro, chica. Los dos sabemos de qué hablamos. Escucha, quiero que nos veamos. Hoy. A la una. En el Iruña. Invito yo. Y créeme, te interesa.

Colgó antes de que ella pudiera responder.

Amaia se quedó mirando el teléfono, su mente a toda velocidad. El Iruña. El café más clásico de Bilbao, frente a los Jardines de Albia. El lugar donde los abogados, los políticos y los periodistas de la vieja guardia cerraban tratos y compartían confidencias. Era su territorio, no el de ella. Aquello no era una invitación. Era una citación.

Llegó puntual, vestida con sus vaqueros de siempre, una camiseta negra y una chaqueta de cuero. Se sentía fuera de lugar en la atmósfera señorial del café, con sus azulejos mudéjares y sus camareros con pajarita. Alkain ya estaba allí, en un reservado. Era un hombre imponente, de unos sesenta años, con el pelo plateado y un traje caro que no lograba disimular una incipiente barriga. Tenía la cara curtida y los ojos pequeños y astutos de un viejo zorro.

—Siéntate, Zugasti —dijo, señalando la silla frente a él—. ¿Qué tomas? Aquí el vermut es excelente.

—Un agua, gracias.

Alkain sonrió, una sonrisa cínica. —Agua. La bebida de los que no confían. Bien. Me gustas.

La conversación que siguió fue una partida de ajedrez. Alkain empezó tanteando, preguntándole por sus fuentes, por lo que sabía. Amaia fue parca en detalles, protegiendo su investigación. Alkain, al ver que no iba a sacarle nada, cambió de táctica. Pasó al ataque.

—Mira, chica, voy a serte franco. Lo que estás haciendo es admirable. Y estúpido. Estás dando palos de ciego en un cuarto oscuro lleno de muebles con esquinas afiladas. Te vas a abrir la cabeza. Este caso no es para una francotiradora como tú. Esto es artillería pesada. Necesitas recursos, contactos, un paraguas legal. Necesitas un periódico detrás.

—Los periódicos no quieren esta historia —replicó Amaia—. Tú mismo lo has dicho. Te dieron el toque.

—A mí me lo dieron porque fui de frente, como un novato. Pero hay otras formas de hacer las cosas. Formas más inteligentes. Y para eso te he llamado. —Se inclinó sobre la mesa, su voz bajando a un tono conspirativo—. Me gusta tu tenacidad. Y mi periódico necesita sangre nueva, gente con hambre. Te ofrezco un contrato. Seis meses, renovable. Una sección propia de periodismo de investigación. Y te doy el caso Etxebarria. Con todos los recursos de *Deia* a tu disposición. Acceso a nuestros archivos, a nuestros contactos en la judicatura, en la policía... a todo.

La oferta cayó sobre la mesa como una bomba. Amaia se quedó sin aliento. Era todo lo que había soñado. Un sueldo estable. Reconocimiento. La oportunidad de hacer su trabajo sin tener que preocuparse por si llegaba a fin de mes. La posibilidad de dedicar todo su tiempo a la historia que la obsesionaba, pero con el poder de un gran medio respaldándola. Era un salvavidas, un billete de lotería premiado, la puerta de entrada al paraíso profesional.

—¿Por qué? —logró preguntar, su voz un hilo—. ¿Por qué a mí?

—Porque tienes la energía que a mí me falta. Y porque yo tengo la experiencia que a ti te sobra. Juntos, podemos contar esta historia. Pero hay que contarla bien. Sin hacer demasiado ruido. Sin quemar puentes que necesitaremos cruzar mañana. Hay que ser... quirúrgicos.

Y ahí estaba. La condición. El diablo siempre está en los detalles.

—¿Qué significa "quirúrgicos"? —preguntó Amaia, su instinto de alerta ahora a pleno rendimiento.

—Significa que la investigación la dirigiré yo —dijo Alkain, su tono ahora paternalista, el de un mentor guiando a una alumna prometedora—. Tú serás la cara visible, la que firma los artículos, la que se lleva la gloria. Pero la línea editorial, las decisiones sobre qué se publica y qué no, a quién se nombra y a quién se protege... esas las tomamos nosotros. Iremos hasta donde se pueda ir. Pero no más allá. Contaremos la historia de la negligencia, del posible encubrimiento. Pero no declararemos una guerra santa contra todo el sistema. Porque esa guerra, chica, no se puede ganar.

Era una oferta para comprar su voz. Para canalizar su energía rebelde dentro de los cauces aceptables del periodismo establecido. La querían a ella, a su talento, a su empuje. Pero querían domarla. Querían su firma en artículos que otros controlarían.

—He oído que Iker Altuna también está en esto —dijo Alkain, como quien no quiere la cosa—. Un dinosaurio. Un conspiranoico que ve fantasmas de su pasado en cada esquina. Nosotros no trabajamos así. Lo nuestro es periodismo serio, contrastado. No las cruzadas personales de un policía quemado.

Amaia sintió una oleada de náuseas. La tentación era inmensa, casi física. Podía sentir el tacto de un contrato de trabajo, el alivio de una nómina a fin de mes. Podía visualizar su nombre en la cabecera del periódico, el respeto de sus colegas. Podía ver un futuro sin la angustia constante de la precariedad. Todo lo que tenía que hacer era decir que sí. Ceder un poco de control. Ser "pragmática".

—Piénsatelo —dijo Alkain, viendo la lucha en su rostro—. No tienes que decidirlo ahora. Pero no tardes mucho. Las oportunidades como esta no suelen presentarse dos veces.

Pagó la cuenta, se levantó y le tendió la mano. Amaia se la estrechó. La mano de Alkain era grande, carnosa, la mano de un hombre acostumbrado a cerrar tratos.

Salió del Iruña y el aire húmedo de Bilbao le pareció extrañamente denso, difícil de respirar. Caminó sin rumbo por el centro de la ciudad, perdida en un torbellino de pensamientos. La oferta de Alkain era una encrucijada existencial. Un camino llevaba a la seguridad, al reconocimiento, a una versión "adulta" y "responsable" del periodismo. El otro... el otro llevaba a la soledad de su buhardilla, a la lucha diaria, a la incertidumbre. Pero era su camino. Era el único donde su voz era enteramente suya.

Mientras caminaba por la Gran Vía, rodeada de tiendas de lujo y bancos imponentes, se sintió más sola que nunca. Vio a la gente pasar, bien vestida, con prisa, parte de un sistema que funcionaba. Y ella era una pieza suelta, un engranaje que no encajaba. La oferta de Alkain era una invitación a volver a la maquinaria. A ser una pieza útil, bien engrasada. A cambio, solo tenía que renunciar a una pequeña cosa: su alma.

Llegó al puente del Arenal y se apoyó en la barandilla, mirando el Nervión. El agua, oscura y turbia, fluía lentamente hacia el mar. Pensó en Aitor Etxebarria, en su solitaria lucha por la verdad. Pensó en Iker Altuna, el "dinosaurio", el otro paria que, como ella, había decidido no encajar. ¿Qué harían ellos en su lugar? La respuesta era obvia. Y dolorosa.

Pero ella no era ellos. Ella tenía facturas que pagar. Tenía el sueño de una vida normal, sin la angustia constante del día siguiente. ¿Era tan terrible ceder un poco? ¿Contar el noventa por ciento de la historia no era mejor que no contar nada?

La noche empezó a caer. Las luces de la ciudad se encendieron, reflejándose en el agua como joyas falsas. Amaia seguía allí,

paralizada, en el puente entre dos mundos. La tentación era un canto de sirena, prometiéndole un puerto seguro. Y la soledad de su lucha, un océano frío y oscuro que amenazaba con tragársela. El capítulo terminó sin que ella tomara una decisión, suspendida en el limbo de una elección que definiría no solo su carrera, sino la clase de persona que sería el resto de su vida.

CAPÍTULO 10

Interludio del Nervión II

He aprendido a leer los silencios de la ciudad que duerme en mis orillas. Son tan variados como sus ruidos. Existe el silencio agotado del final de la Aste Nagusia, un silencio pegajoso que huele a kalimotxo derramado y a pólvora de fuegos artificiales. Existe el silencio expectante de una noche de final de Copa, preñado de sueños y nervios. Y existe el silencio de las noches de invierno, un silencio puro y frío, tan denso que casi se puede tocar, cuando la lluvia cesa y la ciudad parece contener la respiración bajo un manto de estrellas que rara vez se dejan ver.

Pero hay otros silencios. Silencios más pesados. Silencios con memoria.

Durante años, durante décadas que para mí no son más que un parpadeo, aprendí a conocer un tipo de silencio muy particular. Era un silencio que llegaba de repente, sin avisar. Podía caer en mitad de una tarde bulliciosa, tras el estruendo seco de una explosión o el eco de varios disparos rebotando en las fachadas de piedra. Era un silencio antinatural, un vacío sonoro que lo devoraba todo: el tráfico, las conversaciones, el llanto de los niños. Un silencio hecho de miedo. La ciudad entera se convertía en un animal asustado, agazapado, esperando el siguiente golpe. Yo sentía ese silencio

como una bajada de presión, una quietud tensa en mis aguas, como si hasta la corriente temiera hacer ruido.

Fueron los años de plomo. Así los llamaron ellos. Para mí, fueron los años del hierro con sabor a sangre. El sabor del hierro de las minas y los astilleros, que yo conocía desde hacía siglos, se mezcló con otro, más nuevo, más amargo: el hierro de las pistolas y las bombas. Aprendí a distinguir el peso y la forma de los objetos que me arrojaban para que los ocultara. El peso denso y compacto de una Firestar 9mm, envuelta en un trapo aceitoso. La forma torpe y cilíndrica de un casquillo de bala de la Guardia Civil. El amasijo de cables y metal retorcido de un coche bomba desactivado a tiempo. Me convertí en su arsenal y en su cementerio de pruebas. En mis fondos, junto a los restos de barcos romanos y anclas del siglo XVIII, yace una capa geológica de su violencia fratricida.

Y los cuerpos. Acogí cuerpos de ambos bandos, porque yo no entiendo de ideologías. Solo entiendo de peso muerto y de secretos. Recibí el cuerpo del policía al que sacaron de su coche en un semáforo, su uniforme azul oscuro manchado de un rojo aún más oscuro. Recibí el cuerpo del militante al que torturaron en un caserío y arrojaron desde un puente con una piedra atada a los pies. Recibí al concejal que paseaba a su perro, al empresario secuestrado cuyo rescate nunca llegó, al traficante al que confundieron con un confidente. Sus secretos se disolvían en mí, tiñendo mi corriente con una tristeza invisible. Yo sentía su miedo final, su sorpresa, su rabia o su resignación. Y luego, los arrastraba lentamente hacia el mar, entregándolos al olvido o a la red de un barco pesquero que los devolvería al mundo de los vivos como un titular de periódico.

El silencio de aquellos años estaba hecho de palabras no dichas. El silencio en las sobremesas familiares cuando la conversación rozaba un tema peligroso. El silencio en los bares cuando entraba un extraño. El silencio de los vecinos que veían algo y decidían no haber visto nada. Era un silencio de complicidad y de supervivencia, un pacto tácito para poder seguir viviendo en medio de la locura. Yo sentía ese silencio en la forma en que la gente caminaba por mis

orillas: con la cabeza gacha, la mirada perdida, sin detenerse demasiado tiempo en los lugares oscuros. La ciudad había aprendido a no mirar, a no saber.

Creí que ese silencio era el más pesado que jamás conocería. Me equivoqué.

Cuando las armas callaron, la ciudad exhaló un suspiro colectivo de alivio que duró casi una década. El silencio del miedo fue reemplazado por el bullicio de la reconstrucción, del turismo, de una normalidad ansiosamente anhelada. La gente volvió a pasear por mis orillas, esta vez mirando hacia arriba, hacia los nuevos edificios de titanio y cristal, como si quisieran olvidar el lodo que yo todavía guardaba en mis profundidades. La ciudad se esforzó por olvidar. Y yo, en mi ciclo eterno, seguí fluyendo, arrastrando los viejos fantasmas hacia el mar.

Pero un nuevo silencio ha empezado a instalarse. Es diferente. No llegó con una explosión, sino con el susurro de un contrato firmado en un despacho con vistas a mi estuario. No huele a pólvora, sino a papel caro y a café de importación. No está hecho de miedo, sino de algo mucho más sutil y corrosivo: la indiferencia.

Es el silencio corporativo. Un silencio limpio, eficiente, aséptico. El secreto que acogí hace unas semanas, el del médico Aitor Etxebarria, pertenece a este nuevo orden. Su peso en mis aguas era distinto. No tenía la tensión agónica de las víctimas de antes. Tenía el frío peso de una variable despejada en una ecuación de beneficios. No lo mató el odio ni la ideología. Lo mató una hoja de cálculo. Lo eliminaron porque su honestidad era un decimal molesto en un balance de cuentas, una pequeña piedra que podía desviar el curso de un río de dinero.

Y el silencio que rodea su muerte es una obra maestra de la ingeniería social. No es el silencio impuesto por el terror. Es un silencio construido con comunicados de prensa, con informes técnicos deliberadamente incomprensibles, con "casos cerrados" y "versiones oficiales" que no se imponen con una pistola, sino con el

poder abrumador de la burocracia. Es un silencio que no te amenaza con la muerte, sino con algo peor para el hombre moderno: la irrelevancia. Te desacreditan, te patologizan, te convierten en ruido de fondo, hasta que tu grito de verdad se convierte en el susurro de un loco.

He visto cómo este nuevo silencio intenta extenderse. Lo siento en las vibraciones de la ciudad. Siento a los "jardineros" de los que hablaba el hombre del puente, podando las voces disonantes no con balas, sino con billetes y expedientes. Siento la presión en los despachos de los periódicos, en las comisarías, en los centros de salud. Es una violencia sin sangre, una guerra librada en los márgenes de los documentos y en las cláusulas de los contratos. Y es casi perfecta en su invisibilidad.

Pero este nuevo silencio tiene un problema. No conoce el terreno que pisa. Cree que la memoria de esta ciudad es tan corta como el ciclo de noticias. Cree que las viejas heridas han cicatrizado por completo. Pero yo sé que no es así. Yo, que guardo los ecos de todas las batallas, sé que el pasado nunca muere del todo. Solo duerme. Y este nuevo crimen, con su arrogancia limpia y corporativa, está despertando a los viejos fantasmas.

Siento la agitación. Siento al hombre que camina por mis orillas de noche. El que perdió a su hermano. No es un detective buscando pistas. Es una memoria con piernas, un fantasma del viejo silencio que ha venido a desafiar al nuevo. Su dolor es una llave que está abriendo cerraduras que llevaban años oxidadas. Su presencia en mis orillas es una pregunta que la ciudad se había olvidado de hacerse: ¿cuánto vale una vida humana?

Y siento a la mujer de la buhardilla. La que no duerme. La que teje hilos de lana de colores sobre una pizarra blanca, intentando dar forma a una verdad que se escapa entre los dedos. Su lucha no es en las calles, es en la red invisible que conecta a la ciudad. Su investigación es una corriente subterránea, un pulso digital que transmite información por canales que los hombres de traje no

pueden controlar tan fácilmente. Ella es un nuevo tipo de resistencia, una que no usa armas, sino datos.

Ellos dos, el fantasma y la tejedora, están perturbando el nuevo silencio. Creen que están luchando contra un enemigo moderno, un monstruo de avaricia y poder corporativo. Y lo están. Pero no se dan cuenta de que su lucha está haciendo algo más. Está removiendo el lodo del fondo. Y al hacerlo, están liberando ecos de los viejos silencios. La violencia, sea del color que sea, siempre deja una resonancia. Y el eco de la muerte de Aitor Etxebarria está empezando a mezclarse con los ecos de los muertos de los años de plomo.

El sistema que mató al médico es hijo del sistema que permitió las viejas violencias. Nació de la misma indiferencia por el individuo, de la misma arrogancia del poder, de la misma creencia de que algunas vidas son prescindibles en pos de un objetivo superior, ya sea una patria, un orden o un balance de beneficios. Son dos caras de la misma moneda oxidada que yace en mi lecho.

No sé qué sucederá. Yo no soy un oráculo. Solo soy un río. Pero siento que la calma superficial de mis aguas es un engaño. Debajo, las corrientes profundas están cambiando. El nuevo silencio, tan pulcro y bien diseñado, ha cometido un error fatal: ha subestimado la memoria del lodo. Y el lodo, cuando se agita, siempre acaba por enturbiar hasta el agua más clara.

CAPÍTULO 11

El Allanamiento Digital

El silencio en la pensión de Bilbao La Vieja era un silencio de baja estofa, un silencio hecho de paredes finas que no lograban aislar del todo el goteo de un grifo en el pasillo, el murmullo de una televisión en la habitación contigua y el lejano lamento de una sirena abriéndose paso por la noche de la ciudad. Para Iker Altuna, acurrucado en una silla desvencijada junto a la única ventana, aquel no era un refugio. Era una celda autoimpuesta, un purgatorio de gotelé y sábanas con olor a lejía.
Llevaba dos días escondido. Dos ciclos completos de luz y oscuridad observados a través del cristal sucio de la ventana, que daba a un patio interior tan estrecho y sombrío que el día era apenas una versión ligeramente menos oscura de la noche. Había salido solo una vez, al amanecer, para comprar café, pan y el periódico, moviéndose con la cautela de un animal en territorio hostil, la capucha de su anorak calada, la mirada barriendo constantemente las esquinas y los portales.

El tablero de ajedrez de su investigación había sido barrido de un manotazo. Nerea, su reina, se había retirado del juego, una víctima del chantaje emocional más cruel que Iker había presenciado en años. Unai, su peón más valioso en la primera línea, estaba herido, silenciado por una violencia anónima y precisa. Zabala, la torre que había esperado mover a su favor, se había revelado como una pieza del adversario, un guardián de los muros del castillo. Y Amaia

Zugasti, la periodista, era un caballo solitario y valiente, pero un caballo que luchaba su propia batalla en otro flanco del tablero.

Estaba solo. Y por primera vez desde que Nerea lo llamara, sintió el frío abrazo de una posibilidad que hasta entonces había mantenido a raya: la de la derrota total. Podía rendirse. Podía coger el dinero que le quedaba, subirse a un autobús y desaparecer. Encontrar un pueblo en el sur donde nadie conociera su nombre ni el de su hermano, y dejar que el Nervión se tragara para siempre el secreto de Aitor Etxebarria. La idea era tentadora, una promesa de paz, de silencio, de olvido.

Pero entonces, cerraba los ojos y veía la cara de Unai, amoratada y confundida. Veía la angustia en la voz rota de Nerea. Y veía, siempre, la mano fría de Gorka resbalando de la suya. No. La rendición no era una opción. Era una traición. Una traición a los vivos y, sobre todo, a los muertos.

Si el sistema le había declarado la guerra, si le habían cerrado todas las puertas y ventanas, entonces no le quedaba más remedio que hacer un agujero en el muro. Ya no podía permitirse el lujo de ser un detective que buscaba pistas. Tenía que convertirse en un ladrón que robaba verdades.

La decisión, una vez tomada, trajo consigo una extraña calma, una lucidez fría y peligrosa. Abrió su portátil, un modelo antiguo y sin adornos. No se conectó a la red wifi de la pensión. Usó un dispositivo de acceso móvil anónimo y de prepago, una de las muchas herramientas de su antigua vida que nunca había abandonado del todo. Navegó a través de varias capas de redes privadas virtuales hasta un rincón oscuro de la web, un viejo foro de ciberseguridad que ya no existía oficialmente pero cuyos fantasmas seguían habitando en servidores olvidados. Buscó un nombre de usuario: "Fantasma".

Encontró un post de hacía tres años. Un comentario críptico sobre una vulnerabilidad en un sistema bancario. Y al final, una línea de

código que no era código. Era un mensaje. Una dirección. Un cibercafé en el corazón del barrio de San Francisco.

El barrio de San Francisco no era un lugar para turistas. Era el vientre de Bilbao, un laberinto de calles estrechas y empinadas donde el mundo entero parecía haberse dado cita. El aire olía a especias de locutorios, a cuero de talleres de marroquinería, a la comida de bares latinos y africanos, y a una nota subyacente de pobreza y desesperación. Era un lugar de tránsito, de anonimato, un lugar perfecto para desaparecer o para encontrar a alguien que no quería ser encontrado.

El cibercafé se llamaba "Global Conexión". El nombre era una ironía. El lugar era un sótano mal ventilado, iluminado por el resplandor azulado de una veintena de monitores. El aire era una mezcla sofocante de sudor, ambientador barato y el calor de las CPU trabajando a pleno rendimiento. Los clientes eran un mosaico de la globalización desde abajo: inmigrantes hablando por Skype con familias a miles de kilómetros, jóvenes jugando a videojuegos en red, hombres solitarios navegando por las profundidades más turbias de internet. Nadie levantaba la vista. Nadie hacía preguntas. Cada uno estaba encerrado en su propia burbuja digital.

Iker localizó a su hombre en el puesto más alejado, en un rincón oscuro. No lo reconoció por su cara, que apenas recordaba, sino por sus manos. Eran manos largas, pálidas, casi aracnideas, que se movían sobre el teclado con una velocidad y una precisión hipnóticas. "Fantasma", cuyo nombre real Iker nunca había sabido, era un genio. Un hacker de la vieja escuela, un artista del código que en su juventud había puesto en jaque a más de una corporación. Iker lo había conocido durante un caso de fraude informático, cuando todavía era policía. En lugar de detenerlo, lo había convertido en un informante. Fantasma le había proporcionado información crucial en un par de ocasiones, a cambio de que Iker mirara para otro lado en sus actividades menos legales. Hacía años que no hablaban.

Iker se sentó en el puesto contiguo. No dijo nada. Simplemente se quedó allí, esperando. Pasaron cinco minutos. Fantasma no apartó la vista de su pantalla, donde líneas de código verde se deslizaban sobre un fondo negro.

—No deberías estar aquí, Altuna —dijo finalmente, sin girarse. Su voz era un susurro, apenas audible por encima del zumbido de los ventiladores.

—Tú tampoco deberías estar aquí, Gorka. Pensé que a estas alturas estarías en una playa de Tailandia, retirado.

—El paraíso está sobrevalorado. Y no me llames por ese nombre. Ese nombre está muerto.

—Necesito tu ayuda.

—La respuesta es no. —Fantasma seguía tecleando—. Mis días de ayudar a la policía terminaron cuando tú dejaste de serlo. Ahora solo soy un ciudadano anónimo que paga sus impuestos.

—No te pido que ayudes a la policía. Te pido que me ayudes a mí. Y no es gratis.

Iker deslizó un sobre abultado por debajo de la mampara que separaba los puestos. Fantasma detuvo su tecleo. Por primera vez, giró la cabeza. Era más delgado de lo que Iker recordaba, con la piel pálida de alguien que no ve mucho el sol y unos ojos inteligentes y nerviosos detrás de unas gafas gruesas.

—¿Qué hay aquí? —preguntó, mirando el sobre con desconfianza.

—Cinco mil euros. Un adelanto. Hay cinco mil más si lo consigues.

Fantasma soltó una risa seca, sin humor. —¿Qué crees que quiero robar? ¿Los planos de la Estrella de la Muerte? Es mucho dinero, Altuna. Demasiado. Lo que sea que quieras, es peligroso.

—Quiero entrar en un servidor. De una consultora. Nexura Salud.

El nombre hizo que la sonrisa de Fantasma se desvaneciera. Se quitó las gafas y se frotó los ojos, un gesto de un cansancio profundo.

—Ni hablar. Olvídalo. Nexura no es una consultora cualquiera. Su matriz es Muguruza Ingeniería. Eso no es una empresa, es un estado paralelo. Su ciberseguridad no la lleva un informático de Bilbao. La llevan ex-agentes del Mossad y del CNI. Tienen firewalls que pueden freír tu portátil a distancia y sistemas de rastreo que sabrán hasta el grupo sanguíneo de tu abuela si intentas estornudar cerca de sus servidores. Es un suicidio.

—No quiero entrar en el servidor principal. Quiero entrar en uno secundario. Uno que usan para proyectos internos, para la contabilidad B. Tiene que haber una puerta trasera. Siempre la hay. La arrogancia es el peor enemigo de la seguridad.

—Altuna, escúchame. He oído cosas sobre ese caso. El médico que "se suicidó". Sé que estás metido en eso. Esto no es un juego. Esta gente no te manda una citación judicial. Te mandan a dos tipos para que te borren del mapa. No voy a arriesgar mi cuello por tu cruzada personal.

Iker se inclinó hacia él, su voz un susurro intenso. —No es una cruzada. Es por un hombre al que mataron por ser decente. Y por otro, mi hermano, al que mataron por estar en el lugar equivocado. Esta gente, Fantasma, la que está detrás de Nexura, son los mismos que redactaron el informe que enterró la verdad sobre Gorka. Para mí, esto no es un trabajo. Es personal.

La mención de su hermano, la cruda vulnerabilidad en la voz de Iker, pareció tocar algo en el hacker. Fantasma lo miró, y en sus ojos nerviosos Iker vio un destello de la vieja alianza, del código de honor que a veces surgía entre los parias.

—Diez mil es poco para un suicidio —dijo Fantasma, pero su tono ya no era de rechazo total.

—Es todo lo que tengo.

Fantasma suspiró. Se volvió hacia su teclado. Sus dedos volaron sobre las teclas, abriendo nuevas ventanas, nuevos programas.

—Dame el sobre —dijo, sin mirar a Iker—. Y dame una hora. Si en una hora no he encontrado una grieta, coges tu dinero y desapareces de mi vida. Si la encuentro... entonces que Dios se apiade de nosotros.

La siguiente hora fue una de las más largas en la vida de Iker. Se convirtió en un vigilante, su espalda pegada a la pared, sus ojos barriendo la entrada del cibercafé, analizando a cada persona que entraba y salía. Cada sirena lejana le ponía el corazón en un puño. Se sentía expuesto, un blanco fácil. Mientras, Fantasma trabajaba en un estado de concentración absoluta, ajeno a todo lo que no fuera el universo digital que se desplegaba en su pantalla. Iker no entendía los códigos, los comandos, pero entendía el lenguaje corporal del hacker. Veía la frustración en sus hombros tensos, la concentración en su mandíbula apretada, y finalmente, un cambio sutil, una relajación, un brillo de excitación en sus ojos.

—Bingo —susurró Fantasma.

Iker se acercó.

—La arrogancia, como decías. Tienen un servidor de backup en un proveedor local de Getxo. Probablemente para temas menos sensibles. La seguridad es buena, pero no es la del Pentágono. Y he encontrado un puerto abierto, uno que usan para el mantenimiento remoto. El técnico que lo configuró era un vago. La contraseña es una variación del nombre de la empresa y el año. Patético. Estoy dentro.

La sensación de triunfo fue breve, reemplazada por una tensión aún mayor. Ahora estaban cometiendo el delito. Estaban dentro del territorio enemigo.

—¿Qué ves? —preguntó Iker.

—Un caos. Carpetas, archivos, copias de seguridad... Pero hay algo. Una carpeta protegida con una segunda encriptación. Se llama "Proyecto Z-09".

El nombre no le decía nada a Iker, pero sonaba a algo importante. —Entra ahí.

—Eso es más difícil. Esta encriptación es seria. Pero... creo que puedo saltármela. Dame unos minutos.

Los minutos se hicieron eternos. Iker podía sentir el sudor frío en su nuca. Cada cliente del cibercafé era un posible enemigo. El zumbido de los ordenadores parecía un grito de alarma.

—Lo tengo —dijo Fantasma, su voz tensa—. No puedo leer los archivos, están encriptados a nivel de documento. Pero puedo descargarlos. Es un paquete grande. Unos doscientos megas.

—Hazlo. Rápido.

La barra de progreso de la descarga apareció en la pantalla. Avanzaba con una lentitud agónica. 10%. 20%. Iker sentía cada pulso en sus sienes. Era demasiado lento. Estaban demasiado expuestos.

Y entonces, sucedió. Una pequeña ventana de alerta parpadeó en la esquina de la pantalla de Fantasma. Un icono rojo con un signo de exclamación.

—Mierda —masculló Fantasma, su rostro perdiendo todo su color—. Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué pasa?

—Es una alarma silenciosa. Un *honeypot*. La carpeta estaba protegida, pero también era un cebo. Han detectado una intrusión no autorizada. No saben quiénes somos, pero saben que estamos aquí. Y tienen nuestra dirección IP.

El pánico se apoderó de la atmósfera.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Iker, su voz ahora fría y cortante, su entrenamiento policial tomando el control.

—Con la policía de aquí, que es lenta, quizás quince minutos. Con la seguridad privada de Muguruza, que probablemente ya está de

camino... cinco.

La barra de descarga estaba en el 75%.

—Cancela la descarga —ordenó Iker.

—¡No! Ya casi está. Si cancelo ahora, no tendremos nada.

—¡He dicho que la canceles! —la voz de Iker fue un látigo—. No nos sirve de nada tener las pruebas si estamos muertos o en una celda.

Fantasma, con los dedos temblando, abortó la descarga. Cogió la memoria USB donde se había guardado la porción descargada y se la tendió a Iker.

—No sé qué hay ahí. Probablemente archivos corruptos e inútiles.

—Es más de lo que teníamos hace una hora —dijo Iker, guardando la memoria USB—. Ahora, lárgate.

La siguiente secuencia fue un torbellino de acción controlada. Mientras Fantasma borraba frenéticamente sus rastros y recogía sus cosas, Iker se acercó al ordenador que habían usado. Sin dudarlo, lo desenchufó, lo tiró al suelo y lo pisoteó con fuerza, partiendo la carcasa y destrozando el disco duro. El ruido hizo que varias cabezas se giraran, pero nadie dijo nada. En San Francisco, la gente había aprendido a no meterse en los asuntos de los demás.

—¡Vámonos! —le espetó a Fantasma.

Salieron del cibercafé y se sumergieron en el laberinto de calles. No corrieron. Caminaron a paso rápido, mezclándose con la multitud, girando en esquinas al azar, separándose en un cruce sin una palabra de despedida.

Mientras se alejaba, Iker oyó el sonido inconfundible de las sirenas acercándose. No sabía si eran para él o por alguna de las mil y una pequeñas tragedias que ocurrían cada noche en aquel barrio. Pero no se arriesgó. Se metió en un portal oscuro y esperó, el corazón martilleándole en el pecho, hasta que el sonido se desvaneció.

Más tarde, en la seguridad anónima de su habitación de pensión, examinó su botín. Una memoria USB que contenía un archivo encriptado y probablemente incompleto. No era la prueba definitiva que había esperado. Pero era algo. Era una herida que le había infligido al sistema.

Y mientras miraba por la ventana la ciudad dormida, comprendió la verdadera dimensión de lo que había hecho. No había sido un simple hackeo. Había sido una declaración de guerra. Había cruzado la línea, abandonando las últimas ruinas de la legalidad. A partir de ese momento, ya no era un detective. Era un fugitivo. Y estaba solo, con un fragmento de un secreto robado en el bolsillo, y toda la furia del sistema a punto de caer sobre él.

CAPÍTULO 12

La Traición de Zabala

Iker Altuna estaba varado en una isla de tiempo estancado. La habitación de la pensión en Bilbao La Vieja, que al principio había sido un escondite táctico, se había transformado en una jaula. Las paredes, con su gotelé amarillento y sus manchas de humedad que dibujaban mapas de continentes desconocidos, parecían encogerse cada día un poco más. El mundo exterior le llegaba como un eco distorsionado: el murmullo incesante de la vida en la calle San Francisco, el llanto de un niño en el piso de arriba, el ritmo sordo de una base de reguetón que vibraba a través del suelo. Había perdido la noción de las horas, guiándose solo por los cambios de luz que se filtraban a través del cristal sucio de la ventana, una luz que nunca era directa, siempre gris y tamizada por la estrechez del patio interior.

Su único compañero era el portátil, y era una compañía frustrante. El archivo que había conseguido robar de los servidores de Nexura era un rompecabezas al que le faltaban el noventa por ciento de las piezas. Con la ayuda remota y paranoica de Fantasma, que se comunicaba con él a través de mensajes encriptados que se autodestruían a los cinco minutos, había logrado desencriptar una parte del paquete de datos. Pero lo que había encontrado era un desierto de jerga corporativa: hojas de cálculo con proyecciones financieras, borradores de informes de eficiencia, cadenas de correos electrónicos sobre logística y recursos humanos. No había una

pistola humeante. No había un documento que dijera: "Asesinar a Aitor Etxebarria".

Sin embargo, entre la maleza burocrática, había encontrado anomalías. Transferencias de grandes sumas de dinero desde una filial de Muguruza Ingeniería a Nexura, camufladas bajo conceptos vagos como "servicios de consultoría estratégica". Y el nombre del "Proyecto Z-09", que aparecía una y otra vez, siempre asociado a una urgencia y a un nivel de secretismo desproporcionado. Era como tener el mapa del tesoro, pero escrito en un idioma que no podía descifrar del todo. Tenía la melodía del crimen, pero le faltaba la letra.

La inacción lo estaba consumiendo. Cada crujido del viejo somier, cada paso en el pasillo, era una posible amenaza. Se había convertido en un prisionero de su propia cautela. Se pasaba las horas mirando por la ventana, no para ver, sino para escuchar, intentando discernir en la cacofonía de la ciudad el sonido específico de los pasos que podrían estar buscándolo. La paranoia era una fiebre de bajo grado que nunca remitía. ¿Habrían identificado a Fantasma? ¿Habrían rastreado sus movimientos hasta este barrio, hasta esta misma calle? Se sentía como un animal en una trampa, consciente del peligro pero sin saber de dónde vendría el golpe final.

Fue en medio de esa espiral de ansiedad y frustración cuando sonó el teléfono. No el suyo, que yacía muerto en el fondo de un cajón, sino el teléfono de prepago, el *quemador* que había comprado en un locutorio. El sonido del timbre, una melodía polifónica y estridente, fue tan inesperado que casi lo hizo saltar de la silla. Solo dos personas tenían ese número: Fantasma y Miren. Pero la llamada no provenía de un número oculto, como las de Fantasma, ni de un prefijo conocido, como el de Miren. Era el número de la centralita de la comisaría de Amézola.

El corazón de Iker dio un vuelco. Podía ser una trampa. Podían haber rastreado el teléfono. Pero la curiosidad, esa enfermedad incurable del detective, fue más fuerte que el miedo. Descolgó.

—¿Sí?

—Iker. Soy Unai.

La voz de Unai Zabala. No había esperado volver a oírla nunca, y menos en ese teléfono. Su tono no era el del policía condescendiente de la cafetería del Ercilla. Era diferente. Más grave, más personal. Había una nota de... ¿preocupación?

—¿Cómo has conseguido este número? —preguntó Iker, su voz un gruñido.

—Por favor, Iker, no me subestimes. Soy inspector jefe. Encontrar un número de prepago no es ciencia aeroespacial. Te llamo porque estoy preocupado.

—Ahórrate la preocupación. La última vez que hablamos me dejaste bastante claras tus prioridades.

—Estaba en mi despacho. Estaba siendo oficial. Ahora no. Ahora te llamo como el tipo con el que compartí coche patrulla durante tres años. He estado investigando por mi cuenta después de nuestra conversación. Discretamente. Y... tenías razón. Hay cosas que no encajan.

Iker sintió una punzada de esperanza, una emoción tan extraña y peligrosa que la reprimió al instante. Era demasiado bueno para ser verdad.

—¿A qué te refieres?

—El informe de la autopsia. La lesión en la nuca. La orden de archivar el análisis complementario no vino del forense. Vino de más arriba. Mucho más arriba. Y lo de los sin techo... también es cierto. Hay una partida presupuestaria de "ayudas de emergencia" que se ha usado para esas "reubicaciones". Todo legal en la superficie, pero huele a podrido.

Iker escuchaba, su mente trabajando a toda velocidad. ¿Era posible que Zabala hubiera visto la luz? ¿Que su conciencia, enterrada bajo capas de pragmatismo y lealtad institucional, hubiera despertado?

—¿Y por qué me dices esto a mí? —preguntó, escéptico.

—Porque sé que has cometido una estupidez, Iker. Sé lo del hackeo a Nexura. Aún no tienen tu nombre, pero están cerca. Te estás hundiendo en un fango del que no podrás salir. Y no quiero ver cómo te ahogas. —La voz de Zabala sonaba genuinamente sincera —. No puedo ayudarte oficialmente. Si abro una investigación, me la quitarán de las manos en cinco minutos. Pero puedo ayudarte a ti. Tengo algo. Algo que te hará entender la magnitud de esto y por qué tu enfoque es un suicidio. Algo que te convencerá de que tienes que parar.

Una parte de Iker, la parte entrenada en años de interrogatorios y mentiras, gritaba "¡TRAMPA!". Pero otra parte, la parte solitaria y desesperada, la que todavía recordaba al joven Zabala que una vez citó a Camus en un informe de detención, quería creer. Estaba en un callejón sin salida. La oferta de Zabala, por muy sospechosa que fuera, era la única puerta que se había abierto en días.

—¿Dónde? —preguntó, odiándose a sí mismo por hacerlo.

—En un lugar donde nadie nos moleste. Los viejos cargaderos de Olabeaga. Al final del paseo. Mañana, al amanecer. El cambio de turno es el mejor momento, hay menos vigilancia. Ven solo, Iker. Y por tu bien, confía en mí una última vez.

Colgó. Iker se quedó mirando el teléfono barato como si fuera una serpiente. La elección del lugar era perfecta en su ambigüedad. Olabeaga, el llamado "barrio noruego", era un fantasma de sí mismo. Un puñado de casas de colores atrapadas entre la ría y la ladera del monte, con los esqueletos de los antiguos cargaderos de mineral dominando el paisaje. Era un lugar de decadencia industrial, un limbo lleno de sombras y recuerdos, un escenario perfecto tanto para una confidencia como para una ejecución.

Pasó la noche en vela, debatiéndose. Su instinto le decía que era una locura. Era el manual básico de cualquier emboscada. Pero, ¿qué otra opción tenía? Quedarse en esa habitación significaba esperar a que la puerta fuera derribada por la Ertzaintza o por los

sicarios de Muguruza. Huir de la ciudad significaba abandonar el caso, traicionar a Aitor, a Nerea, a Gorka. La oferta de Zabala, por peligrosa que fuera, era un movimiento en el tablero. Era acción. Y la acción, por muy arriesgada que fuera, era preferible a la parálisis.

Decidió ir. Pero iría a su manera.

Salió de la pensión dos horas antes del amanecer, una sombra más en la noche de Bilbao. No fue directamente a Olabeaga. Hizo un largo y tortuoso recorrido por la ciudad, aplicando todas las técnicas de contra-vigilancia que había aprendido. Subió y bajó de autobuses nocturnos, entró y salió por diferentes puertas del metro, caminó en dirección contraria por calles de un solo sentido. Estaba casi seguro de que no lo seguían.

Llegó a Olabeaga cuando el cielo empezaba a clarear, tiñéndose de un gris pálido y enfermizo. La niebla, como era habitual a esa hora, se arrastraba desde la ría, envolviendo los viejos cargaderos de hierro en un sudario húmedo. El silencio era casi total, roto solo por el lejano graznido de una gaviota y el suave chapoteo del agua contra los pilares de hormigón. El aire olía a óxido, a agua estancada y a carbón fantasma.

No fue al punto de encuentro. Se movió por las sombras, escalando una de las estructuras metálicas oxidadas, hasta encontrar un punto de observación elevado. Desde allí, con unos viejos prismáticos militares, escrutó la zona durante casi una hora. Buscaba el brillo de una lente de francotirador, una furgoneta sospechosa aparcada en la calle de arriba, la silueta de hombres escondidos entre los escombros. No vio nada. Absolutamente nada. Y esa ausencia total de amenazas era, paradójicamente, lo que más lo inquietaba. Una emboscada bien planeada era una emboscada invisible.

Justo al amanecer, vio un coche detenerse al principio del paseo. Unai Zabala bajó. Iba solo. Vestía ropa de sport, no su traje de inspector. Parecía un hombre cualquiera saliendo a correr. Caminó por el paseo desierto hasta llegar al final, bajo la sombra de la grúa más grande. Se detuvo y esperó, mirando hacia la ría.

Iker lo observó durante diez minutos más. No había movimiento. No había señales de nadie más. Quizás, solo quizás, se había equivocado. Quizás Zabala decía la verdad. Con el corazón en un puño, bajó de su escondite y se acercó, moviéndose en silencio por detrás de una fila de pilares de hormigón.

—Llegas tarde —dijo Zabala, sin volverse. Siempre había tenido un sexto sentido para esas cosas.

—Quería asegurarme de que no traías amigos —respondió Iker, saliendo a la luz gris.

Zabala se giró. Su rostro parecía cansado, genuinamente preocupado. —No hay amigos en esto, Iker. Solo intereses. Y ahora mismo, nuestros intereses, lo creas o no, coinciden. No quiero un escándalo que salpique a todo el cuerpo. Y tú no quieres acabar en una zanja.

—¿Qué tienes para mí, Unai?

Zabala metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña memoria USB. —Aquí dentro está el informe completo sobre Muguruza Ingeniería. No el oficial. El que hizo la Unidad de Delitos Económicos hace dos años, por un soplo anónimo. Lo investigaron durante meses. Blanqueo de capitales, sobornos, paraísos fiscales... Había de todo. Pruebas para enterrarlo de por vida.

Iker lo miró, incrédulo. —¿Y qué pasó?

—Que llegó una orden de arriba. Del despacho del Consejero de Interior. "Asunto de interés estratégico para Euskadi". Se cerró la investigación. Se archivó el informe. Y el fiscal que lo llevaba fue "ascendido" a un puesto irrelevante en Palencia. —Zabala le tendió la memoria USB—. Quiero que veas esto. Quiero que entiendas contra quién te estás enfrentando. No es un empresario corrupto. Es el sistema. Es intocable, Iker. Su poder llega hasta la cima. Si sigues adelante, no te enfrentarás a matones. Te enfrentarás al propio Estado. Y perderás. Te lo garantizo.

Iker alargó la mano para coger la memoria USB. Era la prueba que necesitaba, la confirmación de que todo estaba conectado. Por un instante, bajó la guardia. Por un instante, creyó en la redención de su viejo amigo.

Y fue en ese instante cuando el mundo se vino abajo.

No fue un ruido. Fue un movimiento. Un cambio sutil en las sombras a su izquierda, detrás de un montón de vigas de hierro apiladas. Iker lo vio por el rabillo del ojo. Dos siluetas. Vestidas de oscuro. Moviéndose con la eficiencia silenciosa de los profesionales.

Su entrenamiento se apoderó de él. No pensó. Actuó.

En lugar de retroceder, se lanzó hacia delante. Agarró a Zabala por la solapa de la chaqueta y lo empujó con toda su fuerza hacia las dos figuras que emergían de las sombras. Zabala, sorprendido, tropezó y cayó, creando un obstáculo humano, un segundo de caos precioso.

—¡Es por tu propio bien, Iker! —gritó Zabala desde el suelo, su rostro una mezcla de ira y una extraña y retorcida compasión—. ¡Estás fuera de control!

Iker no respondió. Corrió. No hacia la salida, hacia la calle. Corrió hacia el corazón del laberinto industrial, hacia la decadencia que era su único aliado. Oyó gritos a sus espaldas, órdenes confusas. No se atrevió a mirar atrás.

Saltó sobre unas vías de tren abandonadas, sus botas resbalando en el metal húmedo. Se deslizó por un terraplén de grava, sintiendo el dolor agudo de las piedras en sus manos. Se metió bajo una cinta transportadora oxidada, el espacio tan bajo que tuvo que arrastrarse, el olor a metal podrido llenando sus pulmones.

La persecución fue corta, brutal y desesperada. No eran policías uniformados. Eran agentes de paisano, rápidos y ágiles. Podía oír sus pasos detrás de él, cada vez más cerca. Sabía que no podía ganarles en una carrera. No en campo abierto.

Llegó al borde del muelle. Delante de él, la ría. Agua negra, fría, aceitosa. Detrás, los pasos de sus cazadores. No había elección.

Sin dudarlo un instante, saltó.

El impacto con el agua fue como golpear una pared de hormigón líquido. El frío le robó el aliento, una garra helada que se le clavó en los pulmones. Por un momento, la oscuridad fue total, absoluta. Se dejó hundir, usando la corriente para alejarse del muelle. El agua sabía a lodo, a productos químicos, a la historia sucia de la ciudad.

Oyó un chapoteo cerca, luego otro. Estaban disparando. Pero bajo el agua, el sonido era sordo, irreal. Aguantó la respiración hasta que sus pulmones ardieron, hasta que vio puntos de luz bailando tras sus párpados. Entonces, nadó hacia la superficie, lejos del muelle, oculto por la estructura de un viejo pilar.

Sacó la cabeza del agua lo justo para respirar, el aire frío y húmedo llenando sus pulmones con un dolor exquisito. Vio las linternas de sus perseguidores barriendo la superficie del agua, sus haces de luz cortando inútilmente la oscuridad. Estaban gritando, frustrados. Tras unos minutos, se dieron por vencidos. Oyó el sonido de un coche arrancando y alejándose.

Se quedó allí, aferrado al pilar cubierto de musgo y óxido, tiritando incontrolablemente, no solo por el frío, sino por la adrenalina y la magnitud de la traición. El agua del Nervión, la tumba de Aitor, el testigo de los secretos de la ciudad, acababa de salvarle la vida. Lo había bautizado.

Lentamente, nadó hasta la orilla opuesta, y se arrastró fuera del agua en un punto donde la vegetación salvaje crecía hasta el borde. Se quedó tumbado en el barro, exhausto, empapado, cubierto de una mezcla de lodo y la inmundicia aceitosa del río. Miró hacia atrás, a las luces de la ciudad que empezaban a brillar al otro lado de la ría.

La traición de Zabala había cortado su último vínculo con el mundo que una vez había conocido. Ya no era un ex-policía. Ya no era un

detective privado. Ya no era ni siquiera un sospechoso. Era, oficial y completamente, un fugitivo. Un hombre sin nombre, sin estatus, sin ley. Un fantasma surgido del agua sucia del Nervión. Y en esa ruina total, en esa pérdida absoluta, encontró una extraña y peligrosa libertad. Ya no tenía nada que perder. Y eso lo convertía en el hombre más peligroso de Bilbao.

CAPÍTULO 13

El Médico Escondido

El agua del Nervión se negaba a abandonarlo. Iker Altuna sentía su presencia como un miembro fantasma, un frío húmedo que se le había adherido a los huesos y que el calor artificial del radiador de la pensión no lograba exorcizar. Su ropa, extendida sobre el respaldo de la única silla y el cabecero de la cama, desprendía un olor agrio a lodo y a la tristeza industrial de la ría. Llevaba horas tiritando, no solo por el frío, sino por el residuo químico de la adrenalina que todavía vibraba en sus venas.
La traición de Zabala había sido un corte limpio, una amputación. Había cercenado su último y más tenue vínculo con el mundo de la ley y el orden. Ahora era una isla, un náufrago en su propia ciudad. La habitación de la pensión ya no era un escondite; era la balsa a la que se aferraba, un precario refugio en medio de un océano de hostilidad. Cada sonido del exterior —el motor de un coche, una voz elevada en la calle, el chirrido de los muelles del colchón de al lado— era una posible amenaza, un eco de los pasos de sus cazadores en los cargaderos de Olabeaga.

Sobre la mesa, junto a los restos de un bocadillo que no había podido terminar, su portátil era un faro de frustración. La memoria USB que le había arrebatado a la noche y a la traición de Zabala contenía el archivo parcial del "Proyecto Z-09". Pero era un tesoro encerrado en una caja fuerte cuya combinación desconocía. Con la ayuda remota de Fantasma, que se había puesto en contacto con él

a través de una serie de mensajes encriptados que se borraban tras su lectura, había logrado abrir la capa exterior de encriptación. Pero el contenido era un laberinto.

"Son fragmentos, Altuna", había escrito Fantasma en su último mensaje antes de desaparecer de la red. "Archivos corruptos, metadatos incompletos. Es como intentar reconstruir un libro a partir de las cenizas. Necesitas a alguien que no solo sepa de código, sino que entienda el lenguaje de ellos, el lenguaje de la burocracia del poder. Yo no puedo hacer más. Estoy fuera. Desaparece tú también".

Iker cerró el portátil. Fantasma tenía razón. Necesitaba un traductor. Un especialista en la arqueología de los secretos corporativos. Y solo conocía a una persona que podría guiarle hasta alguien así. Pero contactarla era un riesgo inmenso. Su teléfono de prepago estaba comprometido; Zabala conocía el número. Usar la red wifi de la pensión era un suicidio digital. Tenía que volver a lo básico, a los métodos de un tiempo que creía superado.

Esperó hasta que la noche fue completa, hasta que Bilbao se sumergió en esa quietud relativa que precede a la madrugada. Se puso la ropa seca, que todavía conservaba la rigidez de la humedad mal curada, se caló la capucha de su anorak y se deslizó fuera de la pensión como una sombra. Las calles de Bilbao La Vieja eran un escenario diferente a estas horas. Los turistas y los compradores habían sido reemplazados por los verdaderos habitantes de la noche: prostitutas esperando en los portales, pequeños traficantes haciendo sus intercambios en las esquinas, y las figuras solitarias de los insomnes y los desesperados. Iker se movió entre ellos, invisible, uno más en el ejército de los que no tienen un lugar al que ir.

Encontró lo que buscaba en una callejuela cerca de la Plaza Nueva: una cabina telefónica, una reliquia de otro siglo, con el cristal lleno de grafitis y el auricular colgando de su cable blindado como un ahorcado. Introdujo unas monedas y marcó el número de Miren Zabaleta de memoria.

Sonó cuatro, cinco, seis veces. Pensó que no lo cogería. Era casi la una de la madrugada.

—¿Sí? —la voz de Miren sonaba adormilada, pero alerta.

—Miren, soy yo. No hables. Solo escucha.

Hubo un silencio al otro lado. Podía sentir la mente de Miren despertando, procesando la llamada, el secretismo.

—Estoy en problemas. Zabala me tendió una trampa. Ahora me buscan. Necesito ayuda. La información que robé está encriptada. Necesito a alguien que pueda leerla. Alguien bueno. Alguien de confianza. Alguien que odie al sistema tanto como nosotros.

El silencio de Miren fue largo. Iker oyó su respiración, el tictac de un reloj en su casa.

—Hay una persona —dijo finalmente, su voz un susurro—. Se llama Kepa. Kepa Urrutia. Era el mejor analista de la UDE, la Unidad de Delitos Económicos. Un genio. Veía patrones donde otros solo veían números. Pero vio demasiado. Hace cinco años, llevaba un caso muy gordo, uno que salpicaba a las más altas esferas. Le ordenaron cerrarlo. Se negó. Lo amenazaron. Y un día, simplemente, desapareció. Pidió la jubilación anticipada por "motivos de salud". Nadie ha vuelto a saber de él.

—¿Dónde lo encuentro?

—No puedes encontrarlo. Él tiene que encontrarte a ti. —Miren hizo una pausa, como si recordara un viejo código—. Mañana, a las once en punto, ve a la Biblioteca de Bidebarrieta. Sube a la sala de lectura principal. Busca la sección de historia vasca. Coge el tercer tomo de la *Historia General del Señorío de Vizcaya* de Estanislao de Labayru. Déjalo sobre la mesa número siete, abierto por la página ciento doce. Y vete. Si decide ayudarte, sabrá cómo contactarte.

—Miren, gracias.

—No me des las gracias, Iker. Solo prométeme que no acabarás en el fondo de la ría.

Colgó. La conexión se cortó, dejando a Iker en el silencio de la cabina, con el eco de un viejo ritual de espionaje resonando en sus oídos.

La Biblioteca de Bidebarrieta era un templo del saber, un edificio majestuoso de finales del siglo XIX con un aire de solemnidad que contrastaba con el bullicio del Casco Viejo. A las once de la mañana, la gran sala de lectura, con sus techos altos, sus lámparas de bronce y sus largas mesas de madera noble, estaba poblada por el silencio reverente de los estudiantes y los investigadores. Iker, sintiéndose un bárbaro en aquel santuario, siguió las instrucciones de Miren al pie de la letra. Encontró el pesado volumen de Labayru, un libro encuadernado en cuero que olía a tiempo y a conocimiento. Lo dejó en la mesa siete, abierto por la página indicada, una descripción de las antiguas ferrerías de Bizkaia. Luego, sin mirar a nadie, se fue.

Pasó el resto del día en un estado de tensión suspendida. Volvió a su escondite, esperando una señal que no sabía cómo llegaría. Cada sombra, cada ruido, era Kepa. O eran ellos. La espera era una forma de tortura.

La señal llegó al atardecer. Un trozo de papel doblado había sido deslizado por debajo de la puerta de su habitación. No había oído a nadie. Quienquiera que lo hubiera dejado se movía con la habilidad de un fantasma. Desdobló el papel. No había texto. Solo un dibujo. Un boceto a lápiz, increíblemente detallado, de una de las esculturas del Cementerio de Derio: un ángel de mármol con las alas rotas. Debajo del dibujo, una hora: 23:00.

El Cementerio de Derio, en la ladera de una colina que dominaba el valle del Asua, era una ciudad de los muertos. De noche, el lugar era un laberinto de panteones neogóticos, cruces de piedra y cipreses que se recortaban como agujas negras contra un cielo sin estrellas. Iker llegó veinte minutos antes, moviéndose con sigilo entre las tumbas. El silencio aquí era diferente al de la ciudad. Era un silencio profundo, orgánico, que olía a tierra húmeda, a flores marchitas y a la eternidad.

Encontró la escultura del ángel con las alas rotas. Y sentado en la base del mausoleo, como si fuera el guardián de la tumba, había un hombre. Era pequeño, delgado, con una barba canosa y unos ojos increíblemente vivos que brillaban en la oscuridad. Vestía ropa de trabajo, un mono de electricista.

—Llegas puntual, Altuna —dijo el hombre, su voz sorprendentemente fuerte y clara—. Miren me dijo que eras un desastre, pero al menos eres puntual.

—¿Kepa?

—Ese nombre ya no existe. Ahora soy solo el tipo que repara las luces de este sitio. Un trabajo tranquilo. Mis clientes no se quejan.

Iker se acercó. Kepa no se levantó. Siguió sentado, mirando a Iker con una mezcla de curiosidad y fastidio.

—Miren dice que eres el mejor.

—Miren es una sentimental. Yo *era* el mejor. Ahora soy el mejor cambiando bombillas en panteones de indianos. Un talento desaprovechado, ¿no crees? —Su tono era de un cinismo afilado como el cristal roto—. ¿Qué quieres, Altuna? Miren me ha contado la historia. Un médico muerto, una conspiración, bla, bla, bla. La misma canción de siempre. Dejé ese mundo por una razón. Porque descubrí que no puedes limpiarlo. Solo puedes acabar manchado.

—No te pido que lo limpies. Te pido que me ayudes a leer la mierda. —Iker le tendió la memoria USB—. Robé esto de un servidor de Nexura. Está incompleto y encriptado. Pero creo que la clave está aquí dentro.

Kepa miró la memoria USB como si fuera un escorpión. No la cogió.

—¿Sabes lo que pasará si toco eso? Me pondré en su radar. Y esta gente no manda flores. Llevo cinco años viviendo como un fantasma. Me gusta ser un fantasma. Es tranquilo.

—Ellos ya están en guerra. Y en una guerra, no hay civiles. Solo combatientes y víctimas. Si no me ayudas, no serás un fantasma.

Serás el próximo en la lista de limpieza. Porque tú también sabes cosas. El caso que te obligaron a cerrar... ¿a que tenía que ver con Muguruza?

La pregunta dio en el blanco. La expresión cínica de Kepa vaciló. En sus ojos apareció un destello de la vieja herida, del viejo rencor.

—No sabes nada.

—Sé que no te fuiste. Te echaron. Y sé que te mueres por devolverles el golpe. Esto no es por mí, Kepa. Es por ti. Es tu oportunidad de terminar lo que empezaste.

Kepa lo miró, una larga y silenciosa evaluación. Luego, con un movimiento rápido, le arrebató la memoria USB de la mano.

—Mi taller. En la calle Iturribide. Hay una tienda de reparación de electrodomésticos llamada "El Rayo". La puerta de atrás. A las dos en punto. Y que no te siga ni tu propia sombra.

Se levantó y desapareció entre las tumbas, dejando a Iker solo con el ángel de las alas rotas.

El taller de Kepa era un santuario del caos tecnológico. Estaba en la trastienda de la pequeña tienda, un espacio atestado de televisores desmontados, radios antiguas, osciloscopios y un entramado de cables que cubría casi todas las superficies. El aire olía a soldadura y a ozono. En el centro de la habitación, había una estación de trabajo con tres monitores de alta resolución, un oasis de orden en medio del desorden.

La siguiente fase fue una inmersión en las profundidades digitales. Kepa trabajó con una concentración febril, sus dedos danzando sobre el teclado, sus ojos moviéndose rápidamente entre las tres pantallas. Iker se convirtió en su guardián, vigilando la puerta trasera que daba a un callejón oscuro, cada ruido de la calle un posible ataque.

Kepa hablaba consigo mismo mientras trabajaba, un monólogo de jerga técnica que Iker apenas entendía.

—...basura, todo basura. Archivos temporales, logs corruptos... Están esparciendo migas de pan digitales para despistar. Quieren que sigas un rastro falso... pero, espera... ¿qué es esto?

Se detuvo. Amplió una sección de código en una de las pantallas.

—El archivo está incompleto, sí. Pero la estructura de metadatos está casi intacta. Es como tener el índice de un libro quemado. No puedes leer los capítulos, pero sabes cuáles eran.

Durante horas, Kepa reconstruyó ese índice. Proyectos, fechas, nombres en clave. Y entonces, lo encontró.

—Aquí está —dijo, su voz tensa por la excitación del descubrimiento —. En los metadatos de un archivo de comunicación interna que fue borrado justo antes del hackeo. El sistema lo eliminó, pero dejó un fantasma, una referencia a su existencia.

En la pantalla, apareció una línea de texto recuperada:

LOG_COM_INTERNA: 2025-02-18. EMISOR: I.LIZARDI. RECEPTOR: J.MUGURUZA. ASUNTO: QUEJA FORMAL_PROYECTO Z-09. ADJUNTO: RU_COMPLAINT.PDF. ACCIÓN: ARCHIVAR Y ELIMINAR.

—I. Lizardi. J. Muguruza —leyó Iker en voz alta—. Y... RU_COMPLAINT.PDF. ¿Qué es RU?

—Son iniciales —dijo Kepa, tecleando furiosamente en otra ventana, cruzando datos con una lista de personal de Osakidetza que tenía en su base de datos—. R... U... Aquí está. Ramiro Ugarte. Médico adjunto en Basurto. Trasladado a un centro de salud de Sestao en febrero de este año por "reestructuración interna". Presentó una queja formal sobre el Proyecto Z-09. Y Lizardi se la comunicó a Muguruza. Y la orden fue "archivar y eliminar".

Habían encontrado al médico escondido. El otro hombre que dijo no.

La caza que siguió fue un ejercicio de la vieja escuela detectivesca. Iker sabía que el piso de Ugarte en Sestao estaría vigilado o vacío. Necesitaba encontrar a dónde había huido. Con la ayuda de Kepa, que accedió discretamente a varias bases de datos, empezaron a

reconstruir la vida de Ramiro Ugarte. No tenía familia cercana. Era soltero. Sus redes sociales eran un páramo. Pero había una pista.

—Era un montañero —dijo Kepa, mostrando en pantalla el historial de pagos de la tarjeta de crédito de Ugarte—. Miembro del Club Alpino de Bilbao. Pagos recurrentes en tiendas de material de montaña. Y... aquí. Hace dos meses, compró online un mapa detallado del Parque Natural de Urkiola. Y una semana después, retiró una gran cantidad de efectivo de un cajero en Durango, cerca del parque.

La pista era débil, pero era la única que tenían.

—Hay más —añadió Kepa—. He accedido a los registros de farmacia. Hace tres días, se dispensó una receta a su nombre. Lorazepam. Un ansiolítico. No en Sestao. En una pequeña farmacia de Abadiño, un pueblo a los pies de Urkiola.

Era suficiente. Iker pasó el día siguiente en la zona, haciéndose pasar por un aficionado a la fotografía de aves. Condujo por las carreteras secundarias del valle de Atxondo, preguntando en bares y tiendas de pueblo por un "viejo amigo de Bilbao" que se había mudado a la zona buscando tranquilidad. Finalmente, un pastor anciano le dio la pista definitiva. "Ah, sí. El médico triste. Vive en el viejo caserío de los Aguirre, al final del camino del bosque. No habla con nadie. Parece que le tiene miedo hasta a su propia sombra".

El caserío de los Aguirre era una construcción de piedra y madera, aislada, rodeada de un silencio roto solo por el viento que bajaba de las peñas del Anboto. Las cortinas de todas las ventanas estaban echadas. No había señales de vida. Iker se acercó a la puerta con el corazón en un puño.

Llamó. Nadie respondió. Volvió a llamar, más fuerte.

—¡Váyanse! —gritó una voz desde dentro, una voz ahogada por el pánico—. ¡No tengo nada que decir! ¡Llamaré a la Ertzaintza!

—¡Doctor Ugarte! —gritó Iker, pegando la boca a la madera de la puerta—. ¡Mi nombre es Iker Altuna! ¡No vengo a hacerle daño!

¡Vengo a advertirle!

—¡No me creo nada! ¡Lárguense!

Iker sabía que no podía forzar la entrada. Tenía que usar la única arma que le quedaba: la verdad compartida de su vulnerabilidad.

—¡Escúcheme, Ramiro! Hace tres días, el Inspector Zabala de la Ertzaintza me tendió una trampa en Olabeaga. Intentaron detenerme o algo peor. Saben que investigo la muerte de Aitor. Saben que robé archivos de Nexura. ¡No están buscando la verdad, Ramiro! ¡Están limpiando los cabos sueltos! ¡Y usted y yo somos los últimos cabos!

Silencio desde dentro.

Iker sacó una copia impresa del log de comunicación que Kepa había recuperado. Lo dobló y lo deslizó por debajo de la puerta.

—¡Mire eso, doctor! Su nombre. Mi nombre no está, pero el suyo sí. Saben que usted presentó una queja. Saben que usted sabe. ¿Cree que el silencio lo va a proteger? A Aitor no lo protegió. A mí no me está protegiendo. Y a usted tampoco lo hará.

Esperó. El silencio se alargó durante un minuto que pareció una hora. Iker podía oír su propia respiración agitada en el aire frío de la montaña. Pensó que había fracasado. Que Ramiro estaba demasiado aterrorizado para reaccionar.

Y entonces, oyó un sonido. Un sonido débil, pero inconfundible. El chirrido metálico de un cerrojo al ser descorrido.

La puerta se abrió una rendija. En la oscuridad del interior, Iker vio un ojo, lleno de un miedo primordial.

El capítulo terminó con ese ojo, una ventana a un alma aterrorizada que, por primera vez en meses, se estaba planteando si el peligro de hablar era mayor que el peligro de permanecer en silencio.

CAPÍTULO 14

La Decisión de Amaia

El sabor del agua mineral del Café Iruña le duró a Amaia Zugasti dos días. Era un sabor a nada, un vacío insípido que, sin embargo, se había adherido a su paladar como el regusto de una medicina amarga. Representaba la neutralidad, la seguridad, la opción "adulta" y "razonable" que Jon Alkain le había servido en una bandeja de plata. Y la odiaba. La odiaba con una intensidad que la sorprendió a sí misma.
Tras la reunión, había vuelto a su buhardilla de Santutxu y se había quedado de pie, en mitad del pequeño salón, mirando la pizarra blanca. El rostro sonriente de Aitor Etxebarria, los hilos de lana conectando nombres y fechas, las interrogaciones en rotulador rojo... todo su universo de sospechas y verdades a medias le pareció de repente frágil, casi infantil. Un juego de detectives comparado con el mundo real de poder y consecuencias que Alkain le había descrito.

La oferta de *Deia* no era solo una oferta de trabajo. Era una invitación a cruzar el espejo, a pasar del otro lado, al lugar donde las historias no se descubrían, se "gestionaban". Un contrato, una sección propia, recursos ilimitados... Era el sueño de cualquier periodista precario. Era la validación, el final de la angustia de fin de mes, el billete de salida del laberinto de colaboraciones mal pagadas y facturas impagadas. Podía visualizarlo con una claridad dolorosa: su nombre en la cabecera del periódico, una mesa en una redacción

de verdad, el respeto de sus colegas, la tranquilidad de una nómina. La seguridad. Esa palabra, tan simple y tan lejana, era un canto de sirena casi irresistible.

Y el precio era, en apariencia, tan pequeño. Solo un poco de control. Solo un poco de pragmatismo. Solo aceptar que algunas verdades eran demasiado grandes para ser contadas en su totalidad. Alkain ni siquiera se lo había planteado como una censura, sino como una estrategia. "Hay que ser quirúrgicos", había dicho. Una metáfora perfecta. Un cirujano no entra en el cuerpo con un hacha, sino con un bisturí. Extirpa el tumor visible, pero deja intactos los órganos vitales del sistema para que el paciente —la sociedad, el *statu quo*— pueda seguir viviendo.

Pasó la noche en vela, sentada en el sofá, con la única luz de un flexo iluminando la pizarra. Trazó los dos caminos en su mente.

Camino A: Aceptar la oferta. Se convertiría en una periodista de prestigio. Contaría la historia de Aitor Etxebarria, sí, pero sería la versión autorizada. Una historia sobre la trágica muerte de un médico, quizás sobre negligencias en el hospital, sobre la necesidad de "mejorar los protocolos". Nombraría a Lizardi, el chivo expiatorio perfecto. Pero el nombre de Muguruza nunca aparecería. El concepto de una conspiración para privatizar la sanidad se diluiría en una "compleja reestructuración". Sería una verdad parcial, una verdad domesticada, una verdad que el sistema podría absorber sin colapsar. Y ella tendría una carrera. Podría, con el tiempo, llegar a ser como Alkain: un hombre poderoso, respetado, cínico y con el alma hueca.

Camino B: Rechazar la oferta. Seguiría siendo ella misma. Una francotiradora solitaria. Conservaría el control total de su investigación, su voz intacta. Podría gritar la verdad completa, con todos sus nombres y todas sus implicaciones. Pero, ¿quién la escucharía? ¿Desde qué plataforma? Seguiría luchando en la precariedad, cada dato conseguido una pequeña victoria en una guerra de desgaste que la estaba consumiendo física y económicamente. Y, como Alkain le había insinuado, el sistema no se

quedaría de brazos cruzados. Si rechazaba su oferta de entrar en el club, se asegurarían de que se quedara fuera para siempre.

Al amanecer, agotada y sin haber llegado a ninguna conclusión, tomó una decisión. No sobre la oferta, sino sobre sí misma. Necesitaba un ancla. Necesitaba recordar por qué hacía esto. Se vistió y bajó a la calle. Cogió el metro hasta Abando y caminó hacia el puente de Deusto.

Era temprano y la ciudad apenas despertaba. Se apoyó en la misma barandilla desde la que, supuestamente, Aitor se había arrojado. Miró el agua oscura del Nervión. Intentó imaginarlo. El miedo. La soledad. La última decisión de un hombre acorralado. Pero la imagen no encajaba. La historia oficial se sentía falsa, una pieza de atrezo mal colocada en el escenario de la ciudad. Entonces, pensó en el otro escenario, el que le había descrito Iker a través de un mensaje encriptado tras su encuentro con Unai. La discusión. Los dos hombres. El empujón. Un trámite frío y eficiente. Esa imagen sí encajaba. Encajaba con el Bilbao que ella conocía, el que se escondía bajo la piel de titanio del Guggenheim: una ciudad de tratos en la sombra y deudas que se saldaban en silencio.

Se quedó allí casi una hora, mientras el tráfico aumentaba y la ciudad cobraba vida. Y en el frío húmedo de la mañana, mirando el agua que se lo había tragado todo, encontró su respuesta. No fue una epifanía. Fue una simple constatación. Contar la verdad a medias era lo mismo que mentir. Y ella no había llegado hasta aquí para convertirse en una mentirosa bien pagada.

Esa tarde, llamó a Jon Alkain.

—Jon, soy Amaia.

—Zugasti. Estaba esperando tu llamada. ¿Tenemos un acuerdo?

—No. —La palabra fue un alivio y una sentencia—. Te agradezco la oferta, de verdad. Pero no puedo aceptarla.

Hubo un silencio al otro lado. No de sorpresa, sino de fría decepción.

—Entendido —dijo Alkain, su tono ahora desprovisto de cualquier cordialidad—. Es una lástima. Eres buena, pero eres ingenua. El mundo no funciona así. Que tengas suerte. La vas a necesitar.

Colgó. Amaia supo que acababa de cerrar una puerta, y que al otro lado, Alkain estaba echando el cerrojo.

Las consecuencias no tardaron en llegar. Fueron sutiles, pero implacables. A la mañana siguiente, llamó a la redacción de un periódico digital para el que escribía habitualmente un par de artículos al mes. Le respondió el redactor jefe, un tipo con el que tenía buena relación.

—Amaia, ¿qué tal? Oye, sobre el reportaje de los alquileres turísticos... lo vamos a tener que aparcar.

—¿Aparcar? Pero si me dijiste que era prioritario.

—Ya, bueno... las cosas cambian. Han entrado nuevos temas, la dirección quiere reenfocar la línea editorial... Ya sabes.

Amaia lo sabía. Era una excusa.

—¿Tiene algo que ver con Jon Alkain? —preguntó, directa.

Hubo un silencio incómodo. —Mira, Amaia, a mí me gustas y tu trabajo es cojonudo. Pero tengo una redacción que mantener y una publicidad institucional que no puedo perder. Me han "sugerido" que sería mejor para todos si nos tomáramos un descanso. Lo siento.

La llamada se repitió, con variaciones, en otros dos medios con los que colaboraba. Uno alegó "recortes de presupuesto". El otro, simplemente, dejó de responder a sus correos. En menos de cuarenta y ocho horas, su ya precaria red de ingresos se había desvanecido. La habían convertido en una apestada. El poder blando del sistema, la red de favores y presiones que unía a los grandes medios, la había aislado con una eficiencia quirúrgica.

Se sintió como si le hubieran cortado el oxígeno. El pánico, un animal frío y reptiliano, empezó a deslizarse por su espina dorsal. Miró su cuenta bancaria online. Le quedaba para pagar el alquiler del

mes siguiente y poco más. La euforia moral de su decisión se disolvió en la cruda realidad de la supervivencia. ¿Había cometido un error terrible? ¿Había sacrificado su futuro por un idealismo que no podía permitirse?

Fue en ese momento de duda profunda, sentada frente a su pizarra que ahora parecía un monumento a su propia ingenuidad, cuando recibió una notificación en su portátil. Un correo electrónico en su cuenta encriptada. El remitente era un código alfanumérico. El asunto estaba en blanco.

Abrió el correo. Contenía un único archivo de audio adjunto y una sola línea de texto:

"Yo ya no puedo publicarlo. Si tú no lo haces, esta historia muere aquí".

Reconoció el estilo. Era Iker. Descargó el archivo con manos temblorosas. Se puso los auriculares, aislándose del mundo. Y escuchó.

La voz que llenó sus oídos era la de un hombre roto. Una voz monótona, casi sin inflexiones, como si las emociones hubieran sido lijadas por el miedo. Era la confesión de Ramiro Ugarte. Amaia escuchó la historia completa: la denuncia interna, la manipulación de los historiales, el traslado forzoso, la amenaza velada, el conocimiento de que Aitor estaba en peligro, y la culpa, una culpa inmensa y corrosiva, por no haber hecho más.

La grabación era la pieza que le faltaba. Era la confirmación desde dentro. La voz de un médico del sistema describiendo, con una precisión clínica, la anatomía de la conspiración. No era la palabra de un sin techo, ni la teoría de un ex-policía. Era el testimonio de uno de los suyos. Y era irrefutable.

Mientras escuchaba, el miedo y la duda que la habían paralizado se transformaron en una rabia fría y lúcida. La habían aislado. La habían dejado sin trabajo. Habían intentado asfixiarla. Pero le habían subestimado. No habían contado con que, al quitarle todo, también

le habían quitado el miedo a perderlo. Ya no tenía una carrera que proteger. Ya no tenía colaboraciones que cuidar. Lo único que le quedaba era la historia. Y la historia era una bomba.

Tomó una decisión. No fue una elección entre dos caminos. Fue la constatación de que solo había uno posible. Si los medios establecidos no querían su voz, entonces crearía su propio medio. Si las puertas estaban cerradas, construiría su propia puerta.

El resto del día y toda la noche siguiente fueron un torbellino de actividad febril. Usó sus últimos ahorros para comprar un dominio y contratar un servicio de hosting seguro en un servidor islandés, famoso por su protección de la libertad de prensa. No tenía conocimientos de diseño web, así que eligió la plantilla más simple y limpia que encontró: fondo blanco, texto negro, sin adornos, sin distracciones.

Necesitaba un nombre. Un nombre que encapsulara la esencia de su lucha. Pensó en el Nervión, en la imagen que Iker le había transmitido de un río que guardaba los secretos de la ciudad. Pensó en las mareas, en ese ciclo eterno de ocultar y revelar. Y el nombre surgió, obvio y perfecto: "La Marea Baja". Porque la verdad, como los secretos hundidos, solo emerge cuando la marea del poder y la mentira retrocede.

Escribió la sección "Sobre mí". No fue una biografía profesional. Fue una declaración de principios:

"Me llamo Amaia Zugasti. Soy periodista. Durante años, he escrito para otros. Ahora, escribo aquí. Este no es un medio de comunicación. Es un cuaderno de bitácora. Un espacio para contar las historias que no caben en otros sitios. Las historias que son demasiado incómodas, demasiado complicadas, demasiado peligrosas. No tengo una gran redacción detrás. No tengo publicidad institucional. Solo tengo una convicción: que el periodismo no es un negocio, es un servicio público. Y que la verdad, por muy profunda que la entierren, siempre espera la marea baja".

Y entonces, se enfrentó a la tarea más importante: escribir el primer artículo. La confesión de Ramiro Ugarte. Transcribió la grabación palabra por palabra. Verificó cada dato, cada fecha, cada nombre que Ramiro mencionaba. Contextualizó la historia, explicando qué era Nexura, quién era Lizardi, qué implicaba la privatización de Basurto. No escribió con rabia. Escribió con la precisión de un cirujano, diseccionando la podredumbre con un bisturí de hechos y testimonios. El artículo era largo, denso, implacable. Y en el centro, como un corazón que aún latía, la voz desesperada y valiente de Ramiro.

Cuando terminó, el primer rayo de sol se colaba por la ventana de su buhardilla. Estaba agotada, pero se sentía extrañamente viva. Había convertido su aislamiento en una fortaleza. Había transformado su precariedad en independencia.

Releyó el artículo una última vez. Sabía que, en el momento en que pulsara el botón de "Publicar", estaría cruzando un punto de no retorno. Estaría declarando la guerra no solo a Muguruza, sino a todo el sistema de silencio y complicidad que lo protegía, incluyendo a hombres como Jon Alkain. Se convertiría, a todos los efectos, en una paria. Pero sería una paria con una voz. Una voz pequeña, independiente, pero suya. Y en ese momento, eso era lo único que importaba.

Su dedo se cernió sobre el ratón. Por un instante, vio de nuevo los dos caminos. El de la seguridad y el del riesgo. Pero ya no había duda. Ya no había tentación.

Hizo clic.

Y en el silencio de su buhardilla, mientras la ciudad de Bilbao despertaba a otro día gris, una pequeña onda expansiva digital empezó a propagarse desde un servidor en Islandia. La marea baja había comenzado.

CAPÍTULO 15

La Caza de la Grabación

La publicación del artículo en "La Marea Baja" no fue un trueno, fue el zumbido de un mosquito en mitad de una orquesta. En el vasto y cacofónico universo de internet, el grito de Amaia Zugasti fue, al principio, apenas un susurro. No hubo llamadas de grandes medios de comunicación. No hubo comunicados oficiales del Gobierno Vasco. El sistema, en su arrogante inmensidad, pareció ignorarlo.
Pero en las corrientes subterráneas de la ciudad, en los canales de comunicación invisibles para el poder, el zumbido empezó a amplificarse. El enlace al artículo corrió como la pólvora por los grupos de WhatsApp de las enfermeras del hospital de Basurto. Se compartió en los foros privados de médicos residentes, acompañado de comentarios como "Ya era hora" o "Todos lo sabíamos". Colectivos por la sanidad pública y asociaciones de pacientes lo colgaron en sus redes sociales. Fue una pequeña rebelión digital, una insurrección de los que estaban en las trincheras, de los que conocían de primera mano la veracidad de la confesión anónima de Ramiro Ugarte.

Desde su exilio en la pensión de Bilbao La Vieja, Iker Altuna observaba el fenómeno con una mezcla de admiración y pragmatismo. Amaia había logrado lo que él no podía: había sacado la historia de la oscuridad y la había puesto bajo una luz, aunque fuera la luz pálida y parpadeante de las pantallas de unos pocos

miles de personas. Había creado una cabeza de playa. Pero Iker sabía que una cabeza de playa no gana una guerra. Necesitaban artillería pesada.

La confesión de Ramiro era un arma poderosa, pero tenía un defecto fundamental: era anónima. Para el sistema y sus medios afines, era fácil desacreditarla como el rencor de un empleado despedido, una invención, un bulo. Pero Ramiro había mencionado algo que no podía ser desacreditado si lo encontraban. Algo tangible. Una bomba de relojería esperando en algún rincón oscuro.

"La grabación de la reunión del día 12 de marzo".

Esa frase se había convertido en la obsesión de Iker. Era el Santo Grial, la prueba irrefutable que transformaría las sospechas en certezas, las acusaciones en hechos. Era la única arma que podría perforar el blindaje de Josu Muguruza.

Estableció un canal de comunicación seguro con Amaia, utilizando una aplicación de mensajería encriptada con mensajes que se autodestruían. Su primera conversación fue un intercambio de información tenso y rápido, dos soldados comparando notas en mitad del campo de batalla.

IKER: *Tu artículo ha hecho ruido. Pero no es suficiente. Necesitamos la grabación que mencionó Ugarte.*

AMAIA: *Lo sé. Pero, ¿cómo la encontramos? Pudo haberla hecho cualquiera de los presentes. Y destruirla después.*

IKER: *Lizardi no la haría. Demasiado cobarde. Zuloaga es una posibilidad, pero es demasiado leal a Muguruza. Muguruza, obviamente, no. Tiene que haber sido alguien más. Alguien invisible en esa sala.*

AMAIA: *¿Personal técnico? ¿Un camarero?*

IKER: *Exacto. Necesitamos la lista de todas las personas que tuvieron acceso a esa sala de juntas ese día. No solo los directivos.*

Los que sirven el café, los que arreglan el proyector, los que limpian la moqueta. Los invisibles.

Así comenzó la caza. Fue una operación llevada a cabo desde dos frentes, una extraña alianza entre la vieja escuela detectivesca y el periodismo digital de guerrilla.

Iker, desde su confinamiento forzoso, se convirtió en un estratega en la sombra. Su habitación de pensión se transformó en un centro de operaciones. Usando el portátil y varios teléfonos de prepago, empezó a tirar de los hilos de su antigua red de contactos. Llamó a un ex-compañero de la Ertzaintza que ahora trabajaba en seguridad privada, a un funcionario del registro mercantil al que una vez ayudó a salir de un lío, a una limpiadora del edificio de Iberdrola cuya hija había estado metida en problemas. No pidió favores directos. Hizo preguntas oblicuas, recopilando fragmentos de información aparentemente inconexos: horarios de limpieza, protocolos de acceso a las plantas superiores, nombres de empresas de catering y de soporte técnico que trabajaban para Muguruza Ingeniería.

Su método era el de un mosaista, juntando pequeñas teselas de información para revelar una imagen más grande. Se centró en la sala de juntas de la planta 40, el sanctasanctórum de Muguruza. ¿Quién instaló el sistema audiovisual? ¿Quién realizaba el mantenimiento? ¿Quién tenía acceso a los planos de cableado? Descubrió que el sistema era de última generación, instalado por una empresa alemana. Pero el mantenimiento lo llevaba una pequeña subcontrata local, para abaratar costes. La arrogancia, de nuevo. Muguruza gastaba millones en la fachada, pero escatimaba en los cimientos.

Mientras tanto, Amaia atacaba desde otro flanco. Su campo de batalla era el mundo digital. Se sumergió en LinkedIn, buscando perfiles de antiguos y actuales empleados de Nexura y de la subcontrata de mantenimiento audiovisual. Buscó patrones: empleados que habían dejado la empresa de forma abrupta, que mostraban signos de descontento en sus publicaciones, que habían

cambiado radicalmente de sector. Cruzó esos nombres con otras redes sociales, buscando una fisura, una queja, un desliz.

Investigó en foros de técnicos de sonido y de especialistas en IT. Publicó preguntas anónimas: "¿Alguien ha trabajado con el sistema de conferencias de la Torre Iberdrola? ¿Es fácil de hackear? ¿Permite grabaciones no autorizadas?". Las respuestas fueron un tesoro de información técnica. Aprendió que el sistema, por defecto, grababa todas las reuniones en un servidor local para generar actas automáticas, y que esas grabaciones se suponía que se borraban a las 24 horas. Pero un técnico hábil podría haber desviado esa grabación a un dispositivo externo. O simplemente, haberla copiado antes de que se borrara.

Durante tres días, trabajaron sin descanso, compartiendo sus hallazgos en mensajes encriptados que desaparecían en el éter. La lista de posibles sospechosos era larga y llena de callejones sin salida. Un técnico de mantenimiento que había sido despedido, pero que resultó estar de viaje en Tailandia el día de la reunión. Una secretaria que había dejado la empresa, pero que se había casado con un directivo de la competencia y no quería problemas.

Y entonces, sus dos líneas de investigación convergieron en un solo nombre.

Iker lo encontró a través de un contacto en una empresa de trabajo temporal. La subcontrata de mantenimiento audiovisual había contratado a un técnico junior unos meses antes. Un chico joven, brillante, pero con fama de conflictivo. Lo habían despedido de forma fulminante a finales de febrero. La razón oficial: "recortes de personal". Pero su contacto le susurró a Iker que el despido había sido "raro", ordenado directamente desde la gerencia de Nexura, no desde la subcontrata.

Amaia encontró el mismo nombre en un foro de aficionados a la música electrónica. Alguien con el alias "Asier_Synth" había publicado un comentario amargo sobre "trabajar para gilipollas corporativos que no distinguen un cable XLR de un espagueti".

Rastreando el alias, llegó a un perfil de Instagram abandonado. El nombre: Asier Olaizola. La foto de perfil mostraba a un chico de unos veinticinco años, con el pelo teñido de azul y una sonrisa irónica. En una de las fotos, posaba orgulloso junto a una compleja mesa de mezclas. En la descripción ponía: "Técnico de sonido de día, creador de ruido de noche". Y en su biografía, una frase: "Ex-domador de serpientes de cable en el zoo de cristal". Una referencia inequívoca a la Torre Iberdrola. La fecha de esa publicación coincidía con la de su despido.

Asier Olaizola. Tenían a su hombre.

Ahora venía la parte difícil: encontrarlo. Su rastro digital se enfriaba tras su despido. Había borrado sus perfiles más activos. Su dirección oficial, en el piso de sus padres en Santutxu, estaba vacía. Los padres, gente humilde y asustada, le dijeron a Amaia, que se hizo pasar por una antigua compañera de estudios, que su hijo se había "ido a buscarse la vida" y que no sabían exactamente dónde estaba. Mentían. Su miedo era palpable.

De nuevo, fue Iker quien encontró la grieta. A través de un viejo confidente, un portero de discoteca con una memoria fotográfica para las caras, consiguió una pista. "Sí, el chaval del pelo azul. Lo he visto. No trabaja de técnico. Ahora pone copas. En un garito de rock en la calle Iturribide. Un sitio ruidoso y lleno de gente rara. Se llama 'La Cripta'".

"La Cripta" era un agujero en la pared, un bar subterráneo al que se accedía por una escalera empinada y estrecha que olía a cerveza rancia y a desinfectante. La música, un rock duro y atronador, golpeaba el pecho incluso antes de entrar. Dentro, la oscuridad era casi total, rota solo por el parpadeo de unas luces estroboscópicas rojas y el resplandor del escenario, donde una banda de tres miembros torturaba sus instrumentos. El aire era una masa sólida de sudor, humo de máquina y la energía eléctrica de un centenar de cuerpos apretujados.

Iker y Amaia se abrieron paso a través de la multitud. Se sentían como antropólogos en una tribu desconocida. Finalmente, llegaron a la barra. Y allí estaba él.

Asier Olaizola era una sombra de la foto de Instagram. El pelo azul se había desvanecido en un tono verdoso y apagado. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos y sus movimientos, al servir las bebidas, eran mecánicos, desprovistos de cualquier alegría. La sonrisa irónica había sido reemplazada por una mueca de hastío permanente. Estaba atrapado en un infierno de decibelios y alcohol barato.

Esperaron a que hubiera una pausa en el torrente de pedidos. Amaia se acercó.

—¿Asier? ¿Asier Olaizola?

Él levantó la vista de la caja registradora. Sus ojos se entrecerraron, intentando enfocarla en la penumbra. Hubo un destello de reconocimiento, seguido inmediatamente por una oleada de pánico.

—No sé quién eres. No te conozco —dijo, su voz casi inaudible por encima de la música.

—Mi nombre es Amaia Zugasti. Soy periodista. Necesito hablar contigo sobre tu trabajo en Nexura.

El pánico en los ojos de Asier se convirtió en hostilidad. —Yo ya no trabajo allí. Y no tengo nada que decir. Ahora, si no vas a pedir, deja sitio a los que sí quieren.

Iker se adelantó, interponiéndose entre Amaia y Asier. Su presencia, más grande y más oscura, cambió la dinámica.

—No nos vamos a ir, chico —dijo Iker, su voz baja pero con un filo que cortó el ruido del bar—. Sabemos que te despidieron. Sabemos por qué. Y sabemos lo que tienes.

Asier soltó una risa nerviosa, un sonido agudo y desagradable. —¿Ah, sí? ¿Y qué tengo, según vosotros? ¿La receta de la Coca-Cola?

—Tienes una grabación. De una reunión. El 12 de marzo.

La cara de Asier se quedó blanca como el papel. Por un instante, el mundo pareció detenerse a su alrededor. Miró a izquierda y derecha, como si buscara una vía de escape.

—Estáis locos —siseó—. No sé de qué coño me habláis. Ahora, largo de mi bar antes de que llame a seguridad.

—No vas a llamar a nadie, Asier —continuó Iker, implacable—. Porque si lo haces, la gente para la que trabajabas sabrá que hemos hablado contigo. Y entonces, tu pequeño seguro de vida no valdrá nada.

Asier se apoyó en la barra, como si las piernas le fallaran. La banda en el escenario empezó un nuevo tema, aún más ruidoso que el anterior.

—Escuchadme bien, los dos —dijo Asier, su voz ahora un susurro urgente y desesperado, obligándolos a inclinarse para oírle—. No tengo nada. No sé nada. Y no quiero saber nada. Esa gente... esa gente no juega. ¿Creéis que no sé lo que le pasó a ese médico? Lo leí en los periódicos. Y sé que si abro la boca, el próximo "suicidio" en el puente de Deusto será el mío.

—Podemos protegerte —dijo Amaia, su tono más suave, intentando establecer una conexión.

Asier la miró, y en sus ojos había un desprecio infinito. —¿Protegerme? ¿Tú? ¿Una periodista sin periódico? ¿Y él? ¿Un ex-policía al que sus propios compañeros quieren cazar? Sois dos cadáveres andantes. Y no pienso unirme a vuestro funeral.

—Esa grabación es la única forma de pararlos —insistió Iker.

—Esa grabación, si existiera, que no existe —replicó Asier, escupiendo las palabras—, sería lo único que me mantiene vivo. Es mi seguro. Mientras ellos piensen que la tengo y que podría soltarla si me pasa algo, no me tocarán. Pero en el momento en que os la dé a vosotros, dejo de ser útil. Dejo de ser una amenaza. Y me convierto en un cabo suelto. Y ya sabéis lo que hacen con los cabos sueltos.

La lógica de Asier era impecable, forjada en el miedo más puro y racional. Estaba atrapado en una paradoja mortal: su única protección era también su condena, una bomba que no podía soltar ni tampoco activar.

—Ahora, por última vez —dijo, su voz recuperando un poco de fuerza—. Largo de aquí. Olvidad mi nombre. Olvidad esta conversación. O los próximos en necesitar un seguro de vida seréis vosotros.

Se dio la vuelta y empezó a servir a otro cliente, sus manos temblando de forma incontrolable. La conversación había terminado.

Iker y Amaia se abrieron paso de nuevo a través de la multitud sudorosa y salieron a la noche fría de Bilbao. El aire fresco les pareció un bálsamo tras la atmósfera sofocante del bar. Se quedaron en la acera, en silencio, mientras el estruendo de "La Cripta" se convertía en un latido sordo a sus espaldas.

Habían fracasado. Pero también habían triunfado. Ahora sabían, con una certeza absoluta, que la grabación existía. Y que un joven aterrorizado, que servía copas en un infierno de rock and roll, tenía en sus manos la llave que podía derribarlo todo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Amaia, su voz teñida de frustración.

Iker miró hacia la entrada del bar, una boca negra que parecía vomitar ruido y desesperación.

—Ahora —dijo, su voz grave y decidida—, tenemos que encontrar la manera de convencerlo de que nuestra protección, por muy precaria que sea, es mejor que la falsa seguridad de su silencio. Tenemos que ofrecerle algo que valore más que su propio miedo.

No sabían cómo lo harían. Pero mientras se alejaban por las calles del Casco Viejo, con la música de "La Cripta" desvaneciéndose a sus espaldas, ambos compartían una misma certeza. La caza no había terminado. Simplemente, acababa de volverse mucho más complicada. Y mucho más peligrosa.

CAPÍTULO 16

Interludio del Nervión III

Siento sus pasos sobre mis puentes. Son una vibración sutil, un temblor que se transmite a través del acero y el hormigón hasta mi lecho de lodo. Distingo el ritmo frenético y ligero de la mujer, la tejedora de hilos digitales, del paso más pesado y errático del hombre, el fantasma que busca ecos de su propia herida. Se mueven por la ciudad como dos impulsos nerviosos en un cuerpo enfermo, buscando el origen de una fiebre que la propia ciudad se niega a reconocer. Creen que buscan una cosa, un objeto, una grabación que llaman "la verdad". Qué ingenuos. Qué hermosamente, trágicamente humanos.

No entienden la verdad. No como yo la entiendo. Su verdad es una palabra, un concepto lineal, un artefacto que se puede encontrar, pulir y exhibir en la vitrina de un juzgado o en la portada de un periódico. Creen que la verdad es una perla escondida en una ostra. Creen que, una vez abierta, brillará con una luz pura y redentora. Pero yo, que soy el depositario de todas las verdades de esta ciudad, sé que no es así. La verdad no es una perla. La verdad es lodo.

Dos veces al día, el mar me recuerda mi verdadera naturaleza. En la pleamar, su empuje salado me hincha, me eleva, y mis aguas se vuelven más profundas, más opacas. Es la hora de la ciudad, la hora de la superficie. Es cuando se sienten seguros, cuando creen que me han domesticado. Es la hora en que me arrojan sus secretos,

confiando en mi profundidad para que me los trague. Un arma envuelta en plástico, una caja fuerte vacía, los remordimientos de un amante, las promesas rotas de un político. Todo se hunde en mí, y la superficie permanece lisa, reflejando sus edificios de titanio como si nada hubiera pasado.

Pero luego llega la bajamar. El mar se retira, me vacía, y mi nivel desciende. Es mi hora. La hora de la revelación. Pero lo que revelo no es hermoso. Expongo mis vergüenzas: las orillas fangosas, los esqueletos oxidados de viejas barcazas, los neumáticos, los carritos de supermercado, los cimientos podridos de sus muelles. El aire se llena de un olor denso, un perfume a descomposición y a tiempo estancado. Es el olor de la verdad expuesta. No es el aroma de la justicia. Es el hedor de la podredumbre. La verdad que emerge de mis profundidades no es una perla brillante. Es un objeto irreconocible, cubierto de una gruesa capa de fango, algas y olvido.

Recuerdo una vez, hace muchos años, durante la guerra que ellos llaman Civil. Una noche, un grupo de hombres arrojó una estatua de bronce desde el puente del Arenal. No era grande, la efigie de un político local al que la nueva facción había declarado traidor. Sentí su peso frío y denso hundiéndose en mi lecho. Durante décadas, permaneció allí. La cubrí con mi sedimento. El lodo se metió en los pliegues de su levita de bronce, en el hueco de sus ojos vacíos. Pequeños crustáceos hicieron de ella su hogar. Las anguilas se deslizaron por su boca abierta. Perdió su forma, su identidad. Dejó de ser la estatua de un hombre para convertirse en una protuberancia anónima en mi fondo.

Cincuenta años después, durante unas obras de dragado, una grúa la enganchó por accidente. Cuando la sacaron a la superficie, no hubo un reconocimiento triunfal. Hubo confusión. Era una masa informe de bronce y lodo, una figura grotesca y desfigurada. Algunos ancianos, después de limpiarla, creyeron reconocerla. Pero los jóvenes solo vieron un trozo de metal viejo y feo. La verdad había emergido, sí. Pero había emergido tarde, cambiada, su

significado original perdido para casi todos. No la restauraron. La fundieron para hacer placas de alcantarilla.

Así es la verdad que ellos buscan ahora. La grabación. Creen que es un objeto puro, una prueba irrefutable. Pero esa grabación, desde el momento en que fue creada, ya estaba cubierta de lodo. El lodo del miedo de Asier Olaizola, el joven técnico que la hizo. El lodo de la arrogancia de Josu Muguruza, cuya voz quedó atrapada en ella. El lodo de la complicidad de los que escucharon y callaron. Y ahora, en su búsqueda desesperada, el hombre y la mujer la están cubriendo con su propio lodo: el lodo de la obsesión, el lodo del dolor personal, el lodo de la rabia justiciera.

Si la encuentran, si logran sacarla a la superficie, no será la verdad limpia que esperan. Será un artefacto manchado, distorsionado por el viaje. Y en el momento en que la expongan a la luz, otros vendrán a arrojarle más lodo. Los abogados de Muguruza le arrojarán el lodo de la duda, cuestionando su autenticidad. Los medios afines al poder le arrojarán el lodo de la irrelevancia, enterrándola bajo noticias más nuevas, más escandalosas. Los políticos le arrojarán el lodo del pragmatismo, argumentando que remover el pasado pone en peligro la "estabilidad". Y la propia ciudad, en su mayoría, le arrojará el lodo más pesado de todos: el de la indiferencia.

Porque lo que he aprendido en mis siglos de existencia es que los humanos no temen la mentira. Temen la verdad incómoda. La verdad que los obliga a cuestionar el mundo en el que viven, la comodidad de sus rutinas, la solidez del suelo que pisan. Prefieren una mentira bien construida que una verdad sucia y maloliente. Y la verdad que ellos dos están desenterrando huele a las profundidades de mi estuario en la peor de las bajamares.

Siento su frustración. El hombre, el fantasma, se mueve por la ciudad como un animal enjaulado. Su dolor por el hermano perdido es el combustible que lo mueve, pero también la venda que le ciega. Cree que si expone esta nueva verdad, de alguna manera redimirá la vieja. No entiende que las verdades no se anulan unas a otras.

Simplemente se acumulan, capa sobre capa, como mi sedimento, haciendo el fondo cada vez más oscuro y más denso.

La mujer, la tejedora, es diferente. Es más joven. Aún cree en el poder de la palabra, en la capacidad de una historia bien contada para cambiar el mundo. Su lucha es casi más pura, pero también más ingenua. Lanza sus palabras a la red digital, creyendo que son semillas de luz. No sabe que esa red es un océano aún más vasto y turbio que yo, un lugar donde las verdades más sólidas pueden ser ahogadas en un tsunami de desinformación, de ruido, de memes. Su blog, "La Marea Baja", es un nombre hermoso y triste. Porque ella cree que la marea baja es el momento de la claridad. Yo sé que es el momento en que se revela el fango.

Y en su búsqueda, están despertando cosas que deberían haber seguido durmiendo. Su investigación sobre el despido de Asier Olaizola, sobre la subcontrata de mantenimiento, es como una pala que se hunde en mi lecho. Buscan la estatua de bronce, pero están removiendo los huesos de otros ahogados que yacían junto a ella. Cada contacto que hacen, cada puerta a la que llaman, cada amenaza que reciben, agita el ecosistema del silencio. Y ese ecosistema es mucho más complejo de lo que imaginan.

El silencio que protegió a Muguruza no nació con él. Es un silencio antiguo, heredado. Es el mismo silencio que protegió al industrial que vertía mercurio en mis aguas en los años sesenta. Es el mismo silencio que protegió al político que recalificó terrenos protegidos en los noventa. Es el mismo silencio que protegió al policía que torturaba en los ochenta. Las caras cambian, los métodos se refinan, pero el silencio es el mismo. Es el pacto no escrito de la élite de esta ciudad: "Yo no hablo de tus muertos si tú no hablas de los míos". Y ellos dos, el fantasma y la tejedora, con su búsqueda obsesiva de una sola verdad, están amenazando con romper el pacto entero.

Por eso la respuesta del sistema es tan desproporcionada. No temen la revelación de un asesinato. Temen el precedente. Temen que si esta verdad emerge, otras verdades, mucho más antiguas y peligrosas, quieran seguirla a la superficie. Temen que la marea baje

del todo y exponga no solo un crimen, sino toda la podredumbre sobre la que han construido su hermosa y moderna ciudad de titanio.

Siento la presión acumulándose. Es como la presión atmosférica antes de una gran tormenta, de una de mis inundaciones. La ciudad contiene la respiración. El hombre y la mujer están a punto de encontrar lo que buscan. Siento la vibración del miedo de Asier Olaizola, el joven técnico, un miedo tan intenso que casi puedo saborearlo en mi corriente. Él es el guardián del secreto, pero el secreto lo está consumiendo por dentro. Pronto, tendrá que soltarlo, ya sea por valentía o por puro agotamiento. Y cuando lo haga, la estatua de bronce saldrá a la luz.

Y entonces, comenzará la verdadera batalla. No por la verdad, que para entonces ya estará cubierta de nuevas capas de lodo interpretativo. Sino por la narrativa. ¿Quién contará la historia? ¿Quién definirá el significado del objeto grotesco que ha emergido del fango? ¿Será la historia de un héroe que murió por la verdad? ¿O la de un hombre inestable que fue la víctima colateral de una necesaria reestructuración? ¿Será la historia de una conspiración criminal? ¿O la de dos parias obsesionados que pusieron en peligro la estabilidad de la ciudad?

No lo sé. Yo solo soy el escenario, el testigo mudo. Mi única certeza es que el agua seguirá fluyendo. Acogeré las consecuencias de su batalla: las nuevas mentiras, las nuevas verdades a medias, y quizás, con el tiempo, los nuevos cuerpos. Porque esta ciudad, mi ciudad, tiene una sed insaciable de secretos. Y yo, su río, soy su confesor y su tumba.

La marea está empezando a bajar. Siento cómo mis orillas quedan expuestas. El olor a fango empieza a subir. Que se preparen. Porque lo que está a punto de emerger no va a ser agradable de ver. Y va a manchar a todos los que se atrevan a tocarlo.

CAPÍTULO 17

El Intercambio

El miedo tiene una textura. Iker Altuna lo había aprendido a lo largo de una vida dedicada a navegar por sus distintas manifestaciones. Había conocido el miedo agudo y metálico de un callejón sin salida con el sonido de una navaja abriéndose, el miedo sordo y burocrático de un superior leyendo un informe que podía destruir tu carrera, y el miedo helado y existencial de sostener la mano de un hermano mientras la vida se le escapaba. Pero el miedo que emanaba de Asier Olaizola era de una clase diferente, una que Iker encontraba cada vez más en este nuevo mundo. Era un miedo digital, paranoico y paralizante. El miedo de un hombre que sabía que su existencia podía ser borrada con la misma facilidad con la que se elimina un archivo.

Tras el encuentro en "La Cripta", Iker y Amaia se habían reunido en un lugar neutral, una de esas cafeterías anónimas y funcionales cerca de la estación de Abando, un no-lugar de tránsito donde nadie se fijaba en nadie. La frustración de Amaia era palpable, una energía eléctrica que la hacía incapaz de quedarse quieta en la silla.

—No va a hablar, Iker. Está aterrorizado. Y tiene razón. Su lógica es impecable. Mientras tenga la grabación, es una amenaza. Si nos la da, se convierte en un cabo suelto. No podemos ofrecerle nada que contrarreste ese miedo.

Iker removía su café con una cucharilla, creando un pequeño vórtice en la taza. No miraba a Amaia, sino a la calle, a la corriente de gente anónima que fluía por la acera.

—Te equivocas —dijo, su voz baja y grave—. No podemos contrarrestar su miedo. Así que tenemos que ofrecérselo en bandeja de plata.

Amaia lo miró, sin comprender. —¿De qué hablas?

—Asier no tiene miedo a morir. Tiene miedo a desaparecer. A que lo borren. Su "seguro de vida" no es la grabación en sí, es la amenaza de publicarla. Pero vivir con esa amenaza es una forma de no-vida, una condena a servir copas en un infierno de ruido mientras mira por encima del hombro cada segundo. No le ofreceremos protección. Le ofreceremos una salida. Una desaparición elegida. Una nueva vida.

Amaia se quedó en silencio, procesando la enormidad de lo que Iker estaba sugiriendo. —¿Estás hablando de crearle una identidad falsa? ¿De sacarlo del país de forma ilegal? Iker, eso es... eso es un delito. Varios, de hecho.

—Y que Muguruza ordenara un asesinato, ¿qué es? ¿Una falta administrativa? —replicó Iker, su mirada finalmente encontrando la de ella. Había un brillo duro y frío en sus ojos—. Estamos en una guerra de guerrillas, Amaia. Y en este tipo de guerra, no eliges las armas. Usas las que tienes a tu alcance. Asier tiene miedo, y nosotros le venderemos una cura para ese miedo. Le venderemos el olvido.

—Pero, ¿en qué nos convierte eso a nosotros? —insistió Amaia, su voz un susurro angustiado—. Si empezamos a falsificar documentos, a mover gente por las fronteras... ¿dónde está la línea que nos separa de ellos?

—La línea está en el porqué —dijo Iker, su voz ahora desprovista de toda emoción—. Ellos lo hacen por dinero y poder. Nosotros lo hacemos para que la verdad de un hombre asesinado no se hunda

en el fondo de la ría. Si esa línea no es lo suficientemente clara para ti, entonces deberías dejar esto ahora.

Amaia no respondió. Miró sus propias manos, entrelazadas sobre la mesa. Eran manos de periodista, manchadas de tinta y del polvo de los archivos. No de criminal. Pero entonces pensó en Asier, en la desesperación de sus ojos, en la vida rota que estaba viviendo. Y pensó en Aitor. La línea era clara. Dolorosamente clara.

—De acuerdo —dijo finalmente, y la palabra sonó como una rendición y una declaración de guerra al mismo tiempo—. ¿Cómo lo hacemos?

La preparación fue una inmersión en el submundo que Iker había frecuentado en su otra vida, una red de fantasmas y favores que todavía existía en los márgenes de la ciudad. Su primera llamada fue a Fantasma. La conversación, a través de una serie de mensajes encriptados, fue una negociación tensa.

IKER: *Necesito una identidad digital completa. Nueva. Limpia. Indetectable.*

FANTASMA: *¿Estás loco? Una cosa es un hackeo, Altuna. Otra es fabricar una persona. Eso deja rastros que llevan directamente a mí. Y el precio no son diez mil euros. El precio es la cárcel.*

IKER: *No te pido que lo hagas por dinero. Hazlo por el caso que te obligaron a cerrar. El tuyo. El de Muguruza. Esto no es por mi hermano. Es por el tuyo. Por tu propia venganza.*

Iker había descubierto, gracias a Kepa, que el caso que había terminado con la carrera de Fantasma como hacker de guante blanco también había sido una investigación sobre una de las filiales de Muguruza. Había tocado el nervio correcto.

Hubo una larga pausa en la comunicación. Finalmente, la respuesta de Fantasma.

FANTASMA: *Un nombre. Una historia. Una vida digital básica. Pero costará caro. Y si sale mal, no nos conocemos. Borra este canal*

después de que te envíe los detalles.

Durante las siguientes veinticuatro horas, Iker y Amaia fueron testigos del nacimiento de un fantasma. Fantasma trabajó con una velocidad y una pericia que los dejó asombrados. Creó a "Mikel Agirre", un joven de Vitoria, huérfano, con un historial educativo mediocre y una serie de trabajos precarios. Fabricó un perfil de Facebook con fotos de stock de un banco de imágenes ruso, retrotrayendo las publicaciones dos años atrás: fotos de paisajes de Álava, comentarios insulsos sobre partidos de fútbol, un par de memes. Creó una cuenta de correo electrónico, una dirección IP asociada a una biblioteca pública de Vitoria y, su obra maestra, consiguió insertar un registro de DNI falso en la base de datos de un pequeño ayuntamiento de un pueblo de la Rioja Alavesa, aprovechando una vulnerabilidad que conocía. Mikel Agirre no resistiría una investigación profunda, pero era lo suficientemente real como para pasar un control fronterizo rutinario.

Mientras Fantasma tejía la red digital, Iker se encargaba del mundo físico. Se adentró en el corazón del puerto de Santurtzi, un lugar que era una ciudad en sí misma, con sus propias leyes y su propio lenguaje. El bar donde se encontró con Sotero era un local oscuro y estrecho que olía a salitre, a gasoil y a pescado frito. Sotero era un hombre bajo y corpulento, con unas manos como palas y unos ojos pequeños y astutos que lo habían visto todo. Había sido contrabandista de tabaco en los ochenta, y ahora dirigía una empresa de "logística portuaria" que era una tapadera para todo tipo de tráficos menos nobles.

—Altuna. Sigues vivo. Pensé que ya estarías criando malvas —dijo Sotero a modo de saludo, su voz una lija.

—Los hierbajos son difíciles de arrancar, Sotero —respondió Iker—. Necesito un pasaje. Discreto. Para una persona. En un carguero. Destino: cualquier puerto de Sudamérica donde no hagan demasiadas preguntas. Montevideo, Santos, Valparaíso... me da igual.

Sotero lo estudió mientras apuraba un vaso de orujo. —¿Un polizón? Eso es caro. Y arriesgado. Los controles son más estrictos ahora.

—No es un polizón. Tendrá papeles. Un pasaporte. Un billete de tripulante temporal. Necesito que uno de tus capitanes lo incluya en su lista. Como ayudante de cocina, como mozo de cubierta... lo que sea.

—Eso es aún más caro. Falsificar una lista de tripulación... Si nos pillan, el barco queda inmovilizado. —Sotero escupió en el suelo—. Veinte mil. Por adelantado. Y mi gente lo recoge en el muelle de carga D, contenedor 34, mañana a las once de la noche. Si llega un minuto tarde, el barco zarpa sin él. Y yo me quedo con el dinero.

El precio era exorbitante. Era casi todo el dinero que Nerea le había dado, más los ahorros personales de Iker. Pero no había alternativa.

Con la nueva identidad digital creada y la vía de escape física asegurada, solo quedaba la parte más peligrosa: convencer a Asier y realizar el intercambio. Iker contactó a Asier a través de un intermediario, un viejo conocido del Casco Viejo, que le pasó un teléfono de prepago. La conversación fue corta y tensa.

—Asier, soy yo. No hables. Escucha. Tengo una oferta para ti. No es protección. Es una salida. Una nueva identidad. Un pasaje en un barco que zarpa mañana por la noche. Un nuevo comienzo, lejos de aquí, donde nadie sepa tu nombre. A cambio de la grabación.

Hubo un largo silencio al otro lado. Iker podía oír la respiración agitada de Asier.

—¿Cómo sé que no es una trampa?

—No lo sabes. Tienes que confiar. Igual que yo tengo que confiar en que no nos venderás. Piensa en tu vida ahora, Asier. ¿Es esto vida? ¿Servir copas en ese infierno, esperando cada día que vengan a por ti? Te ofrezco una oportunidad de escapar de esa jaula. Es la única oferta que tendrás.

—¿Dónde?

—Mañana. Diez y media de la noche. Terminal de contenedores de Santurtzi. Muelle D. Ve solo. Si veo a alguien más, a un solo policía, a una sola sombra que no me guste, el trato se anula y desaparezco para siempre. Y tú te quedas solo con tu miedo.

Colgó. La suerte estaba echada.

La noche del intercambio, el puerto de Santurtzi era un paisaje de ciencia ficción post-apocalíptica. Una llovizna fina y helada caía, difuminando las luces de las enormes grúas que se alzaban como dinosaurios metálicos contra el cielo negro. El viento del Cantábrico silbaba entre los pasillos formados por los contenedores, apilados en torres de seis y siete alturas como los bloques de una ciudad ciclópea y deshabitada. El aire olía a salitre, a óxido y a la soledad de los lugares de tránsito.

Iker llegó una hora antes, moviéndose como un fantasma por el laberinto de acero. Conocía el puerto, sus rincones, sus puntos ciegos. Se subió a lo alto de una pila de contenedores, un nido de águila improvisado desde el que tenía una vista panorámica del muelle D. Desde allí, observó, inmóvil, mientras el tiempo goteaba lentamente. Vio a los hombres de Sotero, dos figuras corpulentas y silenciosas, aparecer y tomar posiciones cerca del contenedor 34. Vio el carguero panameño, el "Stellar Horizon", atracado al final del muelle, sus luces de cubierta una promesa de lejanía.

A las diez y veinticinco, vio una figura solitaria y encapuchada entrar en el muelle. Era Asier. Caminaba con la cabeza gacha, moviéndose con una rapidez nerviosa, como un ratón en un campo abierto. Iker barrió los alrededores con sus prismáticos. No vio nada fuera de lo normal. Solo la actividad rutinaria del puerto, los camiones maniobrando, el lejano sonido de una sirena de niebla.

Bajó de su escondite y se dirigió al punto de encuentro, emergiendo de las sombras justo cuando Asier llegaba. El joven estaba temblando, sus ojos desorbitados por el miedo.

—¿Estás solo? —fue lo primero que preguntó Iker.

—Sí. ¿Y tú?

—También. —Iker le tendió un sobre grueso—. Aquí está todo. Pasaporte a nombre de Mikel Agirre. Billete de tripulante. Diez mil euros en efectivo para empezar. Los hombres de allí —señaló con la cabeza hacia las sombras donde estaban los hombres de Sotero— te llevarán al barco. Una vez a bordo, no hables con nadie. Eres un fantasma. ¿Entendido?

Asier asintió, cogiendo el sobre con manos torpes. —La grabación —dijo, tendiéndole una pequeña memoria USB.

Iker la cogió. El pequeño trozo de plástico se sentía increíblemente pesado en su mano. Era la verdad, la bomba, el objeto por el que habían arriesgado tanto.

—Bien —dijo Iker—. Ahora, vete. Y buena suerte, Mikel.

Estaban a punto de separarse cuando Iker lo vio. No fue un sonido. Fue un error en el patrón. Un reflejo de luz donde no debería haberlo, en lo alto de una pila de contenedores al otro lado del muelle. El brillo metálico de la lente de unos prismáticos o de la mira de un rifle. Y luego, una sombra. Una silueta que se movió con una fluidez profesional, demasiado rápida para ser un estibador.

No eran policías. La policía habría acordonado la zona, habría usado focos. Eran ellos. Los limpiadores.

—¡Corre! —le gritó Iker a Asier, empujándolo hacia los hombres de Sotero—. ¡Al barco, ahora!

Al mismo tiempo, Iker corrió en la dirección opuesta, hacia el corazón del laberinto de contenedores, convirtiéndose deliberadamente en el señuelo. Oyó un silbido agudo pasar junto a su oreja, seguido por el sonido seco y metálico de una bala rebotando en un contenedor. Llevaban silenciadores. Eran profesionales.

La adrenalina inundó su sistema, agudizando sus sentidos. Corrió en zigzag, usando los contenedores como cobertura. Oyó gritos detrás

de él, los hombres de Sotero reaccionando, probablemente devolviendo el fuego. Se había desatado el infierno.

Iker no miró atrás. Su único objetivo era alejar a los tiradores de Asier, darles un blanco más interesante. Llegó al final de una fila de contenedores y vio una caja de conexiones eléctricas. Sin pensarlo dos veces, sacó una pequeña navaja multiusos, cortó los cables más gruesos y los unió.

El cortocircuito fue espectacular. Una lluvia de chispas iluminó la noche, seguida de un fuerte zumbido, y luego, la oscuridad. Las luces de todo el sector del muelle se apagaron de golpe. La confusión fue total. Iker aprovechó el caos para cambiar de dirección, moviéndose ahora en la negrura casi absoluta, guiándose por el tacto y la memoria.

Oyó más disparos, esta vez sin silenciador, probablemente de los hombres de Sotero. Oyó el sonido de un motor arrancando a toda velocidad. Y luego, el sonido profundo y resonante de la bocina del "Stellar Horizon", anunciando su partida.

Asier lo había logrado. Estaba a salvo.

Iker se quedó quieto en la oscuridad, agazapado entre dos contenedores, mientras la adrenalina empezaba a remitir, dejando paso a un agotamiento profundo y a un dolor punzante en el costado, donde se había golpeado al saltar. Esperó durante casi una hora, hasta que el silencio volvió a adueñarse del puerto.

Cuando finalmente salió de su escondite, era un hombre diferente. Había cruzado la última frontera. Había organizado una fuga, se había visto envuelto en un tiroteo, y tenía en el bolsillo una grabación que había costado casi una vida.

Caminó por las calles desiertas de Santurtzi, cojeando ligeramente, la memoria USB apretada en su puño. Era una victoria. Una victoria sucia, costosa y terriblemente peligrosa. Se dirigió a un nuevo escondite, un piso franco que Miren le había conseguido en Portugalete. Allí, en la seguridad anónima de una habitación con

vistas a la desembocadura de la ría, se encontró con Amaia, que lo esperaba con una mezcla de angustia y expectación.

No dijo nada. Simplemente puso la pequeña memoria USB sobre la mesa, entre ellos dos. El objeto parecía absorber la poca luz de la habitación.

Lo tenían. Tenían la verdad. Pero la verdad, se dio cuenta Iker en ese momento, no era una perla. Era una granada a la que acababan de quitarle la anilla. Y la única pregunta que quedaba era cuándo, y en la cara de quién, iba a explotar.

CAPÍTULO 18

La Verificación y el Castigo

El piso franco de Portugalete era un lugar sin memoria. Un apartamento de alquiler turístico en la cuarta planta de un edificio anodino, amueblado con el catálogo completo de una tienda sueca y desprovisto de cualquier rasgo de personalidad. Sus paredes blancas y desnudas no guardaban ecos de risas ni de llantos. Su único carácter provenía del inmenso ventanal del salón, que se abría como un ojo insomne a la desembocadura de la ría. Desde allí, la vista era un espectáculo de una belleza industrial y melancólica: el Puente Colgante, un mecano de hierro negro recortado contra el cielo cambiante; los muelles de Santurtzi, un bosque de grúas dormidas; y el mar, el gran mar Cantábrico, una extensión de gris plomizo que se fundía con el horizonte. El aire que entraba por la ventana era limpio y salado, un antídoto para el aliento viciado y claustrofóbico de Bilbao La Vieja.

Iker Altuna estaba de pie junto a ese ventanal, mirando sin ver. El dolor punzante en su costado era un recordatorio constante del caos en el puerto, un ancla física que lo mantenía conectado a la brutal realidad de la noche anterior. Su cuerpo estaba agotado, cada músculo protestando por el esfuerzo y el frío del agua del Nervión, pero su mente era un torbellino. Había cruzado una línea. Había organizado una fuga, se había visto envuelto en un tiroteo, y ahora era, sin lugar a dudas, un hombre cazado. Pero en medio de ese

torbellino, había un punto de calma, un objeto pequeño y oscuro que descansaba sobre la mesa de centro de imitación de roble.

La memoria USB.

Amaia Zugasti estaba sentada en el sofá, con la espalda rígida, su mirada fija también en el pequeño trozo de plástico. No habían hablado mucho desde que Iker llegó, empapado y tiritando, una hora antes del amanecer. Las palabras eran innecesarias. La tensión en la habitación era tan densa que se podía cortar. Era la tensión de dos soldados que han logrado robar los planes de batalla del enemigo, pero que ahora se encuentran rodeados en territorio hostil, sin saber si los planes son auténticos o una trampa mortal.

—Tenemos que saber qué hay ahí dentro —dijo finalmente Amaia, su voz rompiendo el silencio—. Y tenemos que estar seguros de que es real. Cien por cien seguros. Si publicamos esto y resulta ser un montaje, una grabación manipulada, estamos acabados. No solo nosotros. La historia entera. La enterrarán para siempre bajo una montaña de demandas por difamación y nos colgarán el cartel de conspiranoicos para el resto de nuestras vidas.

Iker se giró lentamente, apartando la vista del mar. Asintió. Su euforia inicial, la pura adrenalina de la supervivencia, se había disipado, dejando paso a una cautela fría y profesional. Amaia tenía razón. La victoria no consistía en tener la grabación. Consistía en poder demostrar, más allá de toda duda razonable, que era auténtica.

—Solo hay una persona que puede hacer eso —dijo Iker—. Asier.

—¿Contactar con él? ¿Ahora? Es una locura, Iker. Estará aterrorizado. Y si su teléfono está intervenido...

—No usaremos su teléfono. Usaremos el canal que Fantasma nos preparó para él. Un chat encriptado con una clave de un solo uso. Debería estar en un hotel cerca del aeropuerto, esperando la hora de su vuelo. Es nuestra única oportunidad. Tiene que verificarla él mismo, guiándote a través de los metadatos. Necesitamos su

testimonio, aunque sea digital. Necesitamos poder decir: "El hombre que la grabó ha confirmado su autenticidad".

Amaia dudó. El riesgo era inmenso. Pero la alternativa —publicar a ciegas— era aún peor. Asintió, su rostro pálido pero decidido.

Se sentaron juntos frente al portátil de Amaia. La preparación fue un ritual de paranoia digital. Amaia conectó el ordenador a una red wifi pública a través de un VPN que enrutaba la señal por tres países diferentes. Desactivó la cámara y el micrófono del portátil, usando dispositivos externos que podía controlar físicamente. Iker, mientras tanto, se convirtió en el guardián del mundo analógico. Corrió las cortinas, dejando la habitación en penumbra. Se sentó de espaldas a la puerta, con una silla calzándola, su mano descansando sobre una pesada lámpara de mesa que podría servir como arma improvisada.

Amaia envió el mensaje. Una simple palabra: "¿Listo?".

La respuesta tardó un minuto que pareció una eternidad. Finalmente, tres puntos aparecieron en la pantalla, indicando que el otro usuario estaba escribiendo.

ASIER_SYNTH: *¿Estáis locos? ¿Por qué me contactáis? Se suponía que debía desaparecer.*

AMAIA: *Lo harás. Pero necesitamos una última cosa. Una verificación. Es la única forma de que tu sacrificio haya servido para algo.*

Hubo otra larga pausa. Podían sentir el pánico de Asier a través de la pantalla.

ASIER_SYNTH: *¿Qué queréis?*

AMAIA: *Una videollamada. Encriptada. Solo audio para nosotros, vídeo para ti. Necesitamos que nos guíes a través del archivo. Que nos confirmes que es el que tú grabaste. Que no ha sido alterado.*

ASIER_SYNTH: *No. Es demasiado arriesgado. Si rastrean la llamada...*

IKER (escribiendo en el teclado de Amaia): *Ya estás en su radar, chico. Y nosotros también. La única forma de salir de su radar es volarlo por los aires. Ayúdanos a encender la mecha. Después, serás libre.*

La lógica brutal de Iker pareció funcionar. Tras un minuto de silencio digital, llegó la respuesta.

ASIER_SYNTH: *De acuerdo. Pero rápido. Mi vuelo sale en tres horas. Os envío el enlace a la plataforma de videollamada. Un solo uso. Tenéis cinco minutos para conectaros.*

El enlace apareció. Amaia hizo clic. La pantalla se llenó de un mosaico de código mientras el software de encriptación se iniciaba. Y entonces, apareció una imagen.

Era un rostro pixelado, mal iluminado por la luz de la pantalla de un portátil. Asier Olaizola estaba en una habitación de hotel barata, de esas que huelen a moqueta sintética y a soledad. El pelo, antes azul, ahora parecía un borrón indefinido. Sus ojos, enormes y desorbitados, se movían constantemente, escrutando los rincones oscuros de la habitación que quedaban fuera del encuadre. No estaba sentado. Estaba de pie, como un animal listo para huir.

—De acuerdo, hacedlo ya —dijo, su voz un susurro tenso y metálico a través de los altavoces del portátil.

Amaia compartió su pantalla, mostrando el archivo de audio. —Guíame, Asier. ¿Qué tengo que buscar?

Lo que siguió fue una lección magistral de arqueología forense digital. Asier, a pesar de su miedo, se transformó. El técnico brillante, el experto, tomó el control. Su voz, aunque temblorosa, se volvió precisa, didáctica.

—Abre las propiedades del archivo. El panel de metadatos. ¿Ves la fecha de creación? 12 de marzo de 2025, 14:02. Coincide con el inicio de la reunión. Ahora mira el dispositivo de origen. Debería poner "Sistema de Conferencia Polycom CX5500", seguido de un número de serie.

Amaia siguió sus instrucciones. Los datos coincidían. —Correcto.

—Bien. Ahora, lo importante. El *hash*. Es la huella digital del archivo. Un código alfanumérico único generado en el momento de la creación. Si un solo bit del archivo hubiera sido alterado, el *hash* sería diferente. Tengo el *hash* original apuntado. Te lo dicto.

Asier dictó una cadena de sesenta y cuatro caracteres. Amaia la introdujo en un programa de verificación. Pulsó "Enter". La pantalla procesó los datos y devolvió un resultado en letras verdes. "COINCIDENCIA VERIFICADA".

—Es auténtica —susurró Amaia, una oleada de alivio recorriéndola.

—No tan rápido —dijo Asier—. Eso solo prueba que el archivo no ha sido editado *después* de que yo lo copiara. Ahora tenemos que analizar el espectrograma de audio. Para asegurarnos de que no hubo cortes ni inserciones *durante* la grabación.

Abrieron el archivo en un software de edición de audio. La pantalla se llenó de ondas de sonido, un paisaje de picos y valles que representaba la conversación en la sala de juntas de Muguruza.

—Busca micro-cortes en el ruido de fondo —explicó Asier—. El zumbido del aire acondicionado, el ruido eléctrico de los fluorescentes... es una frecuencia constante. Si hubiera habido una pausa en la grabación, una edición, verías una ruptura vertical en ese patrón de ruido.

Durante los siguientes diez minutos, analizaron el archivo segundo a segundo. El ruido de fondo era una línea ininterrumpida, un zumbido constante y monótono bajo las voces de Muguruza, Lizardi y Zuloaga. No había rupturas. No había ediciones. La grabación era un bloque sólido de tiempo capturado.

—Es limpia —dijo finalmente Amaia, su voz llena de asombro—. Es completamente limpia.

—Lo sé —dijo Asier. Y entonces, por primera vez, una sombra de orgullo profesional cruzó su rostro aterrorizado—. Yo la hice. La

desvié directamente del servidor a un disco duro encriptado en tiempo real. No hay intermediarios. No hay copias. Es la verdad cruda.

Se hizo un silencio. Habían llegado al final del proceso. La prueba era irrefutable.

—Gracias, Asier —dijo Amaia, su voz cargada de una gratitud inmensa—. Has hecho lo correcto.

—No lo he hecho por vosotros —replicó Asier, el miedo volviendo a apoderarse de su rostro—. Lo he hecho por mí. Para poder dormir por las noches. Aunque dudo que vuelva a conseguirlo.

Miró por encima del hombro, hacia la puerta de su habitación de hotel. —Ahora, si me disculpáis, tengo un avión que coger hacia el olvido. Borrad esta llamada. Borrad mi nombre. Haced como si nunca hubiera existido.

—Lo haremos —dijo Iker, hablando por primera vez, su voz grave llenando el pequeño altavoz del portátil—. Buena suerte, Mikel Agirre.

La pantalla se quedó en negro. La llamada había terminado.

Iker y Amaia se quedaron en silencio en la penumbra de la habitación. No se miraron. Sus ojos estaban fijos en la pantalla del portátil, donde las ondas de sonido de la voz de Muguruza seguían dibujadas como el electrocardiograma de un corazón maligno.

Lo tenían. Lo habían conseguido.

Una risa nerviosa escapó de los labios de Amaia. Se convirtió en una carcajada, una explosión de toda la tensión, el miedo y la adrenalina acumulados. Iker la miró y, por primera vez en lo que pareció una eternidad, una sonrisa genuina, aunque cansada, se dibujó en su rostro. Se unió a la risa de Amaia, un sonido ronco y desacostumbrado que pareció sorprenderle a él mismo.

Era el momento de la victoria. El momento puro y perfecto en el que todo el sacrificio, todos los riesgos, todas las concesiones morales

parecían haber merecido la pena. Habían luchado contra un gigante y le habían arrebatado su secreto más oscuro. Habían ganado.

En medio de esa euforia catártica, el teléfono de prepago de Amaia, el que usaba para sus contactos más sensibles, empezó a sonar. El sonido estridente cortó sus risas como un cuchillo. Se miraron, la alegría desvaneciéndose al instante, reemplazada por el regreso de la tensión.

Amaia descolgó. —Diga.

Iker la observó. Vio cómo el color desaparecía de su rostro. Vio cómo su mano libre se aferraba al borde de la mesa, sus nudillos blancos. Vio cómo sus ojos se abrían de par en par, llenándose de una incredulidad que rápidamente se convirtió en horror puro.

—¿Qué?... No... No puede ser... ¿Estás segura? —susurró Amaia al teléfono.

Escuchó durante un largo y terrible minuto, su cuerpo completamente inmóvil. Luego, sin una palabra de despedida, el teléfono se le resbaló de la mano y cayó sobre la alfombra con un golpe sordo.

—Amaia, ¿qué pasa? —preguntó Iker, su voz tensa.

Ella no lo miró. Su vista estaba perdida en el ventanal, en la ría gris que se extendía hacia el mar. Cuando finalmente habló, su voz era un susurro roto, desprovisto de toda emoción, como si viniera de muy lejos.

—Era la hermana de Asier. La llamé esta mañana para decirle que... que se cuidara. Le di este número. Por si acaso.

—¿Qué ha pasado, Amaia? —insistió Iker, levantándose, el miedo ahora una bola de hielo en su estómago.

Amaia se giró lentamente hacia él. Sus ojos estaban vacíos.

—Ha tenido un accidente. Saliendo del hotel. Para coger el autobús del aeropuerto. Un camión de reparto... la policía dice que el

conductor no lo vio... que había niebla.

La palabra "accidente" quedó flotando en el aire de la habitación, obscena, grotesca.

—Está en el hospital de Cruces. En la UCI. Traumatismo craneoencefálico severo. Hemorragia interna. Los médicos... los médicos dicen que está en coma. Y que si despierta... si es que despierta... puede que no vuelva a ser el mismo.

Iker no dijo nada. No había nada que decir. La verdad cayó sobre ellos con el peso de una avalancha, enterrando su efímera victoria bajo una tonelada de realidad brutal.

No había sido un accidente.

Había sido un castigo. Un mensaje. Una ejecución quirúrgica diseñada no solo para silenciar a Asier, sino para enviarles una advertencia inequívoca. *Sabemos lo que tenéis. Y sabemos lo que os costará usarlo.*

Se quedaron allí, en el silencio de la habitación, mientras la luz del día se desvanecía y las sombras de la noche empezaban a reptar por las paredes. La euforia se había convertido en cenizas. La victoria tenía el sabor de la sangre.

Iker se acercó a la mesa y miró la memoria USB. El pequeño objeto negro ya no era un trofeo. Era una reliquia. Un testamento manchado con el sacrificio de un joven que solo quería crear música y que había sido aplastado por un mundo que no tenía sitio para su decencia.

La guerra no había terminado. De hecho, ni siquiera había empezado. Aquello solo había sido la primera baja. Y la granada que tenían en sus manos, la verdad por la que tanto habían luchado, ahora se sentía infinitamente más pesada. Porque sabían que, cuando finalmente explotara, su onda expansiva no solo destruiría al enemigo. También los destruiría a ellos.

CAPÍTULO 19

La Publicación

El silencio en la sala de espera de la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital de Cruces era un silencio manufacturado, un vacío sonoro diseñado para ser tranquilizador que resultaba profundamente inquietante. Era el silencio del aire acondicionado zumbando a un ritmo constante, el silencio de los fluorescentes del techo arrojando una luz blanca y sin piedad sobre los asientos de plástico color beige, el silencio de las puertas automáticas abriéndose y cerrándose con un siseo neumático. Era un silencio que no ofrecía paz, sino que amplificaba el ruido interior de la angustia. Amaia Zugasti estaba sentada en uno de esos asientos, con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre las rodillas con una fuerza que le dejaba los nudillos blancos. Llevaba horas en la misma posición, inmóvil, su mirada perdida en la pared de enfrente, donde un cartel con ilustraciones infantiles explicaba la importancia de lavarse las manos. El contraste entre la inocencia del dibujo y la brutalidad de la realidad que la había traído a ese lugar era una forma de tortura silenciosa. Sentía un frío que no tenía nada que ver con la temperatura de la sala. Era un frío que le nacía en el centro del pecho y se extendía por sus venas, un frío hecho de shock, de rabia y de una culpa afilada como un trozo de cristal.

Iker Altuna no estaba sentado. No podía. La quietud lo asfixiaba. Se paseaba de un extremo a otro de la pequeña sala, un animal enjaulado, sus pasos sordos sobre el linóleo marcando el ritmo de su

furia contenida. Cada vez que pasaba junto a la ventana, miraba hacia fuera, no al aparcamiento ni a los otros pabellones del hospital, sino más allá, hacia Bilbao, hacia la torre de cristal donde el hombre responsable de todo esto probablemente estaría durmiendo en sábanas de hilo egipcio.

La hermana de Asier se había ido hacía una hora, un fantasma de sí misma, sostenida por dos familiares que la guiaban por los pasillos como si fuera una autómata. Les había repetido la misma información desoladora que le habían dado los médicos: coma profundo, pronóstico reservado, esperar. Esperar. Esa palabra era un insulto.

—Tenemos que hacerlo —dijo Iker de repente, su voz un gruñido bajo que rasgó el silencio artificial de la sala. Se detuvo en su paseo y se giró para mirar a Amaia. Sus ojos, normalmente velados por una capa de cansancio y cinismo, ahora ardían con una luz oscura y peligrosa—. Tenemos que soltarla. Ahora.

Amaia levantó la vista lentamente. Su rostro estaba pálido, sus ojos enrojecidos pero secos. —¿Soltarla? ¿Cómo?

—Como una bomba. Sin avisar. Sin contexto. Sin periodismo. —Iker se acercó, su cuerpo vibrando con una energía violenta—. Se la filtramos al tabloide más sensacionalista que encontremos. A uno de esos digitales que viven del escándalo y la carnaza. Que la publiquen en crudo. La grabación completa. Con un titular bien grande: "ESCUCHA CÓMO EL MAGNATE JOSU MUGURUZA ORDENA UN ASESINATO". Que reviente todo. Que su nombre se arrastre por el fango. Que sus socios, sus amigos, su familia, escuchen su voz ordenando "resolver" un problema. Quiero que lo destruyan. No en un juzgado dentro de tres años. Ahora. Esta noche.

La propuesta era brutal, una táctica de tierra quemada. Era la voz de la venganza pura, sin adulterar.

Amaia lo miró, y en sus ojos no había miedo, sino una tristeza infinita. Negó con la cabeza, un movimiento casi imperceptible.

—No.

—¿No? —espetó Iker, incrédulo—. ¿Después de lo que le han hecho a ese chico? ¿Después de que lo hayan dejado medio muerto en una cuneta para asustarnos? ¿Todavía quieres jugar según las reglas? ¡No hay reglas, Amaia! ¡Ellos nos lo acaban de demostrar!

—Esto no es por las reglas, Iker. Es por él. Es por Asier. —La voz de Amaia, aunque baja, tenía una firmeza que detuvo en seco la furia de Iker—. ¿Qué crees que conseguiríamos con eso? Un escándalo de veinticuatro horas. Muguruza lo negaría todo. Diría que la grabación está manipulada, sacada de contexto. Sus abogados inundarían los juzgados con demandas. Y en una semana, todo el mundo estaría hablando de otra cosa. Y nosotros seríamos los terroristas informativos que usaron una prueba obtenida ilegalmente para difamar a un "honorable hombre de negocios". Convertiríamos la verdad en ruido. Y el sacrificio de Asier no habría servido para nada.

—¡Habría servido para hacerle daño! —rugió Iker, golpeando la pared con el puño, un sonido sordo que hizo que una enfermera que pasaba por el pasillo se asomara con preocupación.

—¿Y eso es lo que queremos? ¿Hacerle daño? ¿O hacer justicia? —replicó Amaia, levantándose, enfrentándose a él por primera vez. Era mucho más pequeña que él, pero en ese momento, su autoridad moral llenaba la habitación—. Yo no quiero hacerle daño. Quiero que pague. Y para eso, no necesitamos una bomba. Necesitamos un bisturí. Necesitamos contar la historia. La historia completa. No solo la grabación. La historia de Aitor. La historia de Ramiro. Y, sobre todo, la historia de Asier. Si publicamos solo la cinta, Asier será una nota a pie de página, una víctima colateral. Pero si contamos su historia, si le ponemos cara, nombre, sueños... entonces deja de ser una víctima. Se convierte en un mártir. Y no hay nada que el poder tema más que a un mártir. Porque un mártir inspira a otros.

Iker la miró, su pecho subiendo y bajando con respiraciones agitadas. La lógica de Amaia era implacable, pero su instinto

primario, su deseo de devolver el golpe con la misma brutalidad con la que lo habían recibido, se resistía.

—Quieren que actuemos con rabia —continuó Amaia, su voz ahora más suave, persuasiva—. Quieren que cometamos un error. Que nos desacreditemos a nosotros mismos. Porque saben que la verdad, si se presenta de forma fría, documentada e irrefutable, es mucho más peligrosa que cualquier escándalo. No vamos a darles ese gusto. No vamos a luchar en su terreno, el de la violencia y el caos. Vamos a luchar en el nuestro. El de los hechos y las palabras. Vamos a construir un caso tan sólido, tan bien contado, que ninguna demanda, ninguna campaña de desprestigio, pueda derribarlo. Se lo debemos a Asier.

El silencio volvió a la sala. Iker se apoyó en la pared, derrotado, no por los argumentos de Amaia, sino por la aplastante verdad que contenían. Ella tenía razón. La venganza era un fuego que se consumía a sí mismo. La justicia, en cambio, era una construcción lenta, metódica, ladrillo a ladrillo. Y el primer ladrillo tenía que ser el artículo más importante de su vida.

—De acuerdo —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—. A tu manera.

Sin más palabras, abandonaron el hospital. No había nada más que pudieran hacer allí, salvo esperar. Y esperar era un lujo que ya no podían permitirse.

El viaje de vuelta a Portugalete fue silencioso, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La ría, a su paso por Barakaldo y Sestao, era un paisaje de fantasmas industriales, un recordatorio de otro imperio caído. Cuando llegaron al piso franco, la atmósfera había cambiado. Ya no era un refugio. Era una redacción de guerra.

Amaia se sentó frente al portátil. Iker se convirtió en su apoyo logístico. Le preparó café. Le consiguió comida que ella apenas tocó. Se encargó de la seguridad, monitorizando las redes en busca de cualquier señal de que estuvieran siendo rastreados, manteniendo un ojo vigilante en la calle desde el ventanal.

Y Amaia escribió.

Escribió como nunca antes lo había hecho. Escribió con una concentración febril, como si las palabras fueran lo único que la mantenía a flote en un océano de dolor y rabia. No fue un proceso lineal. Fue una batalla. Una lucha por encontrar el tono adecuado, por equilibrar la emoción con la objetividad, por honrar a la víctima sin caer en el sentimentalismo.

El artículo se estructuró en tres actos, como una tragedia griega.

El primer acto se titulaba: "El hombre que amaba el sonido". No empezaba con el accidente, ni con la conspiración. Empezaba con Asier Olaizola. Amaia había hackeado sus propias notas, sus antiguas entrevistas con amigos y familiares de otras historias, buscando a cualquiera que lo conociera. Encontró a un antiguo profesor de su escuela de sonido y a la cantante de una banda en la que Asier había tocado. Los llamó. Sus testimonios, llenos de dolor y de incredulidad, le permitieron pintar un retrato vívido y humano. Escribió sobre su oído absoluto, sobre su capacidad para distinguir las frecuencias más sutiles. Escribió sobre su sueño de montar un pequeño estudio de grabación, sobre su pasión por los sintetizadores analógicos, sobre las horas que pasaba creando paisajes sonoros electrónicos en su habitación. No lo presentó como un héroe. Lo presentó como un chico normal, talentoso, un poco perdido, que solo quería hacer música y que tuvo la mala suerte de tropezar con un secreto demasiado grande para él. Hizo que el lector lo conociera, que le cogiera cariño. Hizo que su pérdida doliera.

El segundo acto se titulaba: "La voz en la máquina". Aquí es donde Amaia desplegó su arsenal periodístico. Con una precisión quirúrgica, presentó la grabación. No la soltó de golpe. Primero, explicó el contexto: la auditoría de Nexura, la negativa de Aitor a firmar, la confesión de Ramiro Ugarte. Construyó el caso, ladrillo a ladrillo, para que el lector llegara al momento de la transcripción entendiendo perfectamente lo que estaba en juego. Y entonces, la transcribió. Palabra por palabra. La voz fría de Muguruza. La complicidad nerviosa de Lizardi. El silencio de Maider Zuloaga. Y la

frase. La frase que lo cambiaba todo: *"Si no está, el problema... se resuelve."* Amaia no la interpretó. Simplemente la dejó allí, en negrita, en el centro de la página, para que cada lector pudiera sentir su peso helado. A continuación, detalló el meticuloso proceso de verificación que Asier había llevado a cabo, explicando en un lenguaje sencillo qué eran los metadatos, qué era un *hash*, qué era un espectrograma. Convirtió la ciencia forense digital en una narrativa de suspense, demostrando, paso a paso, la irrefutable autenticidad de la prueba.

El tercer y último acto se titulaba: "El precio de la verdad". Comenzaba con una descripción fría y fáctica del "accidente". Usó el parte policial oficial, citándolo textualmente: "Colisión frontolateral en la BI-637. Conductor del camión, D.L.G., declara pérdida de control por banco de niebla denso. Ciclista, A.O.L., trasladado en estado crítico". Y entonces, empezó a desmontar la versión oficial, no con acusaciones, sino con preguntas. Preguntó por qué un camión de reparto de una empresa de logística con sede en Madrid estaba operando en una ruta local a las diez de la noche. Preguntó por qué la empresa matriz de esa subcontrata de logística aparecía en los registros mercantiles como donante de una de las fundaciones culturales que presidía la esposa de Josu Muguruza. Preguntó por qué los testigos presenciales del accidente, dos estudiantes que esperaban en una parada de autobús, no habían sido citados a declarar y, cuando ella los contactó, le dijeron con pánico que "no habían visto nada". No acusó. Simplemente, conectó los puntos, tejió los hilos, y dejó que la imagen que emergía —la de un asesinato por encargo disfrazado de accidente— se formara en la mente del lector.

El artículo terminaba con una sola frase, una pregunta que no iba dirigida a Muguruza, ni a la policía, ni a los jueces, sino a cada persona que lo estaba leyendo:

"Asier Olaizola está en coma en un hospital público porque grabó una verdad que el poder quería silenciar. Y ahora que conoces esa verdad, ¿qué vas a hacer tú?"

Cuando terminó de escribir, el sol estaba saliendo, pintando el cielo sobre el Abra de un color anaranjado y violeta. Estaba exhausta, vacía, como si hubiera volcado toda su alma en el teclado. Iker, que se había quedado dormido en el sofá, se despertó por el silencio.

—¿Ya está? —preguntó.

Amaia asintió. —Ya está.

Se acercó y leyó el texto por encima de su hombro. Lo leyó entero, en silencio. Cuando terminó, no dijo nada. Simplemente puso una mano sobre el hombro de Amaia, un gesto de un peso y una solidaridad inmensos.

—Es bueno —dijo finalmente—. Es lo correcto.

Amaia se giró hacia la pantalla. Su dedo se cernió sobre el botón de "Publicar". Por un instante, sintió un vértigo absoluto. Sabía que ese clic era un punto de no retorno. Era el momento en que dejaba de ser una periodista investigando una historia y se convertía en parte de ella, en un objetivo.

Pensó en Asier, intubado en una cama de hospital. Pensó en Aitor, en el fondo de la ría. Pensó en su propia vida, en la precariedad, en la soledad. Y luego pensó en la verdad. Esa palabra tan grande, tan abstracta, que ahora tenía el rostro de un joven técnico de sonido y la voz de un médico honesto.

Hizo clic.

Y en el silencio del amanecer de Portugalete, mientras las primeras gaviotas empezaban a chillar sobre la ría, la bomba que habían robado del corazón del sistema finalmente explotó. No con un estruendo, sino con el zumbido silencioso de los datos viajando a la velocidad de la luz, llevando una historia de muerte, corrupción y resistencia desde un pequeño blog llamado "La Marea Baja" al resto del mundo.

CAPÍTULO 20

La Caída del Muro Institucional

La explosión no fue ruidosa. Fue digital. Un pulso silencioso que emanó de un servidor en Islandia y se propagó por la red a la velocidad de la luz. Durante las primeras horas, el artículo de Amaia Zugasti en "La Marea Baja" fue una onda expansiva contenida, un temblor que solo sintieron los sismógrafos más sensibles de la ciudad: los periodistas de investigación, los activistas por la sanidad pública, los médicos y enfermeras que compartieron el enlace en sus grupos privados con una mezcla de euforia y pavor. Pero al amanecer, la onda expansiva rompió la superficie. Un conocido columnista de un periódico digital de Madrid, un francotirador mediático con cientos de miles de seguidores, tuiteó el enlace con una sola frase: "Mientras dormíais, el periodismo de verdad ha ocurrido en Bilbao. Leed esto y luego preguntad a vuestros políticos por qué callan".

Fue la chispa que incendió la pradera.

A las nueve de la mañana, "La Marea Baja" había colapsado dos veces por el tráfico. La historia ya no era un secreto a voces; era un clamor. El nombre de Asier Olaizola se convirtió en *trending topic*. El de Josu Muguruza, también. La grabación, extraída del blog y subida a YouTube por usuarios anónimos, acumulaba escuchas por decenas de miles. La voz fría de Muguruza, pronunciando la sentencia de Aitor Etxebarria, se reproducía en los teléfonos móviles de toda la

ciudad, desde los despachos de la Gran Vía hasta las cocinas de los pisos obreros de Rekalde.

En el Palacio de Ajuria Enea, en Vitoria, la residencia oficial del Lehendakari, la mañana comenzó con una reunión de crisis. El ambiente en el salón de tapices era gélido, a pesar de la calefacción. El Lehendakari, un hombre de maneras suaves y reputación de pragmático, caminaba de un lado a otro, su rostro una máscara de contenida furia. Frente a él, sentados en sillones de terciopelo, estaban su jefe de gabinete, el Consejero de Salud y una asesora de comunicación que miraba su tablet con expresión de forense examinando un cadáver.

—¿Cómo hemos permitido que esto suceda? —la voz del Lehendakari era un siseo bajo y peligroso—. ¿Cómo es posible que una periodista freelance en pijama, desde una buhardilla, haya puesto en jaque a todo un gobierno?

—No la vimos venir, Lehendakari —dijo el jefe de gabinete—. Era... ruido de fondo. Creíamos que era un asunto que la Ertzaintza y el propio Muguruza tenían controlado.

—¿Controlado? —el Lehendakari se detuvo y los fulminó con la mirada—. ¡Han dejado a un chico en coma! ¡Hay una grabación de uno de nuestros principales empresarios, un pilar de este partido, ordenando lo que a todas luces es un asesinato! ¡Y todo el país lo está escuchando mientras desayuna! ¿A eso le llamas "controlado"?

El Consejero de Salud, un hombre pálido y sudoroso, intentó intervenir. —La grabación puede estar manipulada. El informe de Nexura, a pesar de las... irregularidades, sigue siendo técnicamente válido hasta que un juez diga lo contrario. Podemos emitir un comunicado...

—¡Un comunicado! —se burló la asesora de comunicación, levantando la vista de su tablet—. ¿Y qué vamos a decir? ¿"Circulen, aquí no ha pasado nada"? ¡La oposición ya ha pedido una comisión de investigación parlamentaria! ¡Los sindicatos médicos amenazan con una huelga general en Osakidetza! ¡Y la televisión nacional va a

abrir el informativo del mediodía con esto! Un comunicado ahora mismo sería como intentar apagar un incendio forestal con una pistola de agua.

—Entonces, ¿qué propones, Idoia? —preguntó el Lehendakari, su voz teñida de desesperación.

La asesora, Idoia Mendizabal, era una mujer menuda, de unos cuarenta años, con una mente afilada como un bisturí. Era la estratega en la sombra, la que entendía que la política no era el arte de gobernar, sino el arte de controlar la narrativa.

—No podemos defender a Muguruza —dijo, su voz fría y precisa—. Es indefendible. Su nombre es tóxico. Si nos aferramos a él, nos arrastrará con él al fondo de la ría. Tampoco podemos defender el informe de Nexura. El artículo de esa periodista lo ha destripado con una precisión que da miedo. Ha demostrado el conflicto de intereses, la manipulación de datos... Es una bomba de relojería.

—¿Entonces? ¿Nos rendimos? ¿Le damos la razón a una bloguera? —gruñó el jefe de gabinete.

—No nos rendimos. Pivotamos. —Idoia se levantó y empezó a caminar, su energía llenando la sala—. Nos adelantamos a la crisis. Nos convertimos en los campeones de la transparencia que la ciudadanía exige. Hoy mismo, el Consejero de Salud solicitará comparecer de urgencia en el Parlamento. No para defenderse, sino para anunciar que, a la luz de las "graves informaciones publicadas", el Gobierno Vasco apoya la creación de una comisión de investigación. Y no solo eso. Anunciará que el Departamento de Salud encarga una auditoría externa e independiente del informe de Nexura, y que suspende cautelarmente cualquier proceso de reestructuración en el hospital de Basurto.

El Lehendakari y su jefe de gabinete la miraban, atónitos.

—Pero eso es... eso es darle la victoria —dijo el Consejero de Salud, horrorizado.

—No —corrigió Idoia, su mirada brillante de inteligencia estratégica —. Eso es tomar el control de la narrativa. Dejamos de ser los que encubren y nos convertimos en los que investigan. Sacrificamos a Muguruza, que ya es un cadáver político, para salvar al sistema. Sacrificamos el informe de Nexura, una pieza, para salvar la partida, que es la credibilidad de este gobierno. Y canalizamos toda la rabia ciudadana hacia un proceso controlado: una comisión parlamentaria que durará meses, que se perderá en tecnicismos y que, cuando emita sus conclusiones, ya a nadie le importará. Compramos tiempo. Y en política, el tiempo es el único dios verdadero.

El Lehendakari se detuvo. Miró por la ventana, hacia los jardines de su palacio. La lógica de Idoia era impecable. Era cínica, despiadada, pero era la única salida. Era el manual de supervivencia del poder.

—Hazlo —dijo, sin volverse—. Prepara el comunicado. Convoca a la prensa. Y que Dios nos ayude.

Mientras la maquinaria del poder se ponía en marcha en Vitoria para contener los daños, en Bilbao, el epicentro del terremoto, la presión se acumulaba en otro lugar: el Parlamento Vasco. La petición de una comisión de investigación, registrada a primera hora por los partidos de la oposición, había forzado una reunión de urgencia de la Comisión de Salud.

La sala era un hervidero de periodistas, cámaras y diputados que hablaban en corrillos con una excitación que rara vez se veía en aquellos pasillos. En la primera fila de los asientos del público, había una presencia silenciosa que atraía todas las miradas: Nerea Etxebarria. Llevaba su abrigo verde oscuro de siempre. No hablaba con nadie. Simplemente, esperaba, su rostro una máscara de dolor y determinación. Su sola presencia era una acusación más poderosa que cualquier discurso.

La sesión comenzó con una tensión que se podía mascar. El Consejero de Salud leyó el comunicado que Idoia le había preparado, anunciando el apoyo del gobierno a la investigación con una solemnidad impostada, como si la idea hubiera sido suya desde

el principio. Fue un movimiento inteligente que desarmó a la oposición. La creación de la comisión se aprobó por unanimidad.

Pero la batalla real comenzó después, con la comparecencia de los expertos. La oposición, bien asesorada, no había llamado a políticos, sino a tres figuras de una reputación intachable. El primero fue el Dr. Enrique Lasa, un catedrático de Salud Pública jubilado, un hombre de pelo blanco y voz pausada que era una leyenda en la profesión médica vasca.

El Dr. Lasa, con una copia del informe de Nexura sobre la mesa, que manejaba con unos guantes de látex como si fuera una prueba contaminada, empezó su exposición. No fue un discurso. Fue una autopsia.

—Señorías —comenzó, su voz resonando en el silencio de la sala—, he dedicado cuarenta años de mi vida a la gestión sanitaria y a la epidemiología. He leído cientos de informes de auditoría. Y puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que este documento no es un informe. Es un fraude.

La palabra "fraude" cayó como una piedra en un estanque.

Durante la siguiente hora, el Dr. Lasa, con una calma demoledora, destripó el informe de Nexura. Usó un proyector para mostrar los datos. Comparó las cifras de mortalidad "evitable" de Basurto con las de otros hospitales, demostrando que habían sido infladas artificialmente utilizando una metodología que ningún epidemiólogo serio respaldaría. Se detuvo en el caso de Maite Lasa, la paciente que Nerea había encontrado.

—Aquí lo tienen. Paciente M.L. En el informe de Nexura, fallecida por neumonía. En los registros de Osakidetza, viva y en rehabilitación. Esto no es un error estadístico, señorías. Esto es una falsificación documental. Y no es el único caso. El patrón se repite en al menos doce expedientes que hemos podido revisar de forma preliminar. Siempre el mismo perfil: pacientes sin una red familiar fuerte, personas vulnerables cuya muerte nadie iba a investigar.

Luego, pasó a analizar la propia consultora.

—Nexura Salud se presenta como una entidad independiente. Pero una simple consulta al registro mercantil revela que el 40% de sus acciones pertenecen a un holding de inversión cuya principal participación es, qué casualidad, Muguruza Ingeniería. Y el director de ese holding es el sobrino de la esposa de Josu Muguruza. Esto no es un conflicto de intereses. Es una endogamia empresarial diseñada para crear una apariencia de objetividad donde solo hay un objetivo: que la empresa que audita y la empresa que se beneficiará de la privatización sean, en la práctica, la misma.

Cuando el Dr. Lasa terminó, un murmullo recorrió la sala. Había demolido los cimientos técnicos y éticos del informe. La siguiente experta, una abogada del Estado en excedencia especializada en contratación pública, remató la faena, explicando cómo todo el proceso de licitación de la auditoría había sido diseñado a medida para que Nexura fuera la única candidata viable.

La sesión culminó con la intervención de la presidenta de la comisión, una veterana diputada socialista. Se levantó, y en su rostro se reflejaba la gravedad del momento.

—Tras escuchar a los expertos, revisar la documentación presentada y a la luz de las gravísimas informaciones que han salido a la luz pública, esta comisión, en representación del Parlamento Vasco, acuerda por mayoría absoluta los siguientes puntos.

Su voz era firme, cada palabra pesando como una sentencia.

—Primero: Declarar nulo de pleno derecho el informe de la consultora Nexura Salud sobre el hospital de Basurto, por probada manipulación de datos, falta de independencia manifiesta y un flagrante conflicto de intereses.

Un aplauso espontáneo brotó de la bancada del público, rápidamente acallado por el ujier. Nerea cerró los ojos, una lágrima solitaria rodando por su mejilla.

—Segundo: Suspender de forma indefinida y con efectos inmediatos cualquier proceso de reestructuración o cambio en el modelo de gestión del hospital de Basurto derivado de dicho informe.

—Tercero: Instar al Departamento de Salud a la reapertura y revisión de todos los expedientes clínicos de los pacientes fallecidos en el periodo de la auditoría y que fueron clasificados como "muertes por negligencia evitable".

—Y cuarto: Derivar la totalidad de las actas de esta comisión, incluyendo los testimonios de los expertos y la documentación aportada, al Juzgado de Instrucción número 4 de Bilbao, para que sean incorporadas a la investigación en curso sobre la muerte del doctor Aitor Etxebarria, por si de ellas se derivaran indicios de delito.

El mazo de la presidenta cayó sobre la mesa. El sonido fue seco, definitivo. El muro institucional no se había agrietado. Se había derrumbado.

A las doce y diecisiete minutos, Amaia Zugasti, que había seguido la sesión en directo por streaming desde el piso de Portugalete, publicó la noticia en "La Marea Baja".

> **"El Parlamento Vasco anula el informe de Nexura y entierra la privatización de Basurto"**

El titular era una declaración de victoria. El artículo que lo acompañaba era un análisis sobrio de lo sucedido, pero en cada línea vibraba una corriente subterránea de justificación. La lucha solitaria, el sacrificio de Asier, el riesgo asumido... todo había conducido a ese momento. No era una condena penal para Muguruza, pero era una condena política y moral de una contundencia sin precedentes. El arma del crimen, el informe fraudulento que había servido de coartada para la muerte de Aitor, había sido destruida.

Iker, de pie junto a ella, leyó el titular por encima de su hombro. No sonrió. No celebró. Simplemente asintió, una vez, lentamente.

—Es el primer paso —dijo, su voz ronca—. Han demolido el edificio. Pero el arquitecto sigue libre.

Pero en el servicio de Pediatría del hospital de Basurto, el doctor Ramón Ugarte, el jefe de servicio que se había negado a firmar, leyó la noticia en la pantalla de su ordenador. Se recostó en su silla, se quitó las gafas y se cubrió el rostro con las manos. Y por primera vez en muchos meses, el nudo de miedo y culpa que llevaba alojado en el pecho se disolvió, dando paso a un torrente de lágrimas silenciosas. Lloró por Aitor. Lloró por sus pacientes. Y lloró, también, por el pequeño y frágil triunfo de la decencia en un mundo que parecía haberla olvidado.

La caída del muro había comenzado. Y el estruendo de los cascotes resonaba en toda la ciudad.

CAPÍTULO 21

Interludio del Nervión IV

Algo ha cambiado en el pulso de la ciudad. Lo siento. No es una vibración física, como el retumbar de los viejos martillos pilones o el paso subterráneo del metro. Es una corriente de otra naturaleza, una que no agita mis aguas, sino el aire que las cubre. Es una vibración hecha de millones de voces susurrando un mismo nombre, de miles de pantallas emitiendo una misma luz azulada, de una indignación colectiva que ha adquirido la fuerza de un fenómeno meteorológico. El secreto que guardé en mi lecho, el peso frío y administrativo del médico Aitor Etxebarria, ha sido liberado. Ya no me pertenece. Ha sido exhumado de mis profundidades y ahora flota en el éter digital, un fantasma liberado de su tumba de lodo que se ha multiplicado en un millón de reflejos.

Durante meses, su historia fue un peso muerto en mi fondo, una anomalía que solo yo y unos pocos insomnes sentíamos. Era un secreto denso, compacto, una verdad que se había hundido rápidamente, como deben hacer los secretos para sobrevivir. Yo lo había acogido, lo había cubierto con mi sedimento de indiferencia y tiempo, preparándome para guardarlo durante décadas, quizás siglos, junto a las balas de la guerra y los cuchillos de las reyertas. Pero el hombre que camina de noche y la mujer que teje verdades en la red no tuvieron mi paciencia geológica. Han forzado la marea.

Han dragado mi fondo con la fuerza bruta de su obsesión. Y ahora, el secreto está fuera.

Siento su ausencia en mi corriente. Es una sensación extraña, como si me hubieran extirpado un órgano. El lugar donde reposaba su historia ahora es un hueco, un vacío en mi memoria sedimentaria. El secreto ya no es mío. Se lo han apropiado ellos, los humanos. Lo han convertido en un titular, en un debate, en una mercancía informativa. Lo diseccionan en tertulias, lo simplifican en tuits, lo distorsionan en sus conversaciones. Y al hacerlo, creen que lo han entendido. Creen que han capturado la verdad.

Qué poco saben de la verdad. Y qué poco saben de la memoria.

Mi memoria es pasiva, total y honesta. Yo lo guardo todo. No juzgo. No edito. El peso del asesino y el de la víctima son iguales para mí. La escoria de sus fábricas y el pétalo de una flor que cae de un jardín tienen el mismo derecho a formar parte de mi lecho. Mi memoria es un registro geológico, una acumulación de capas. Para conocer mi verdad, hay que hundirse en mí, mancharse de mi lodo, y aceptar que cada capa está inextricablemente unida a la anterior. Mi memoria es profunda, oscura y no ofrece consuelo.

La memoria que han despertado ahora en la ciudad es de otra clase. Es activa, febril y terriblemente selectiva. Es una memoria que necesita héroes y villanos, que busca la catarsis de un veredicto claro. Ha elegido a Aitor Etxebarria como su mártir y a Josu Muguruza como su monstruo. Y en esa simplificación, necesaria para que su indignación pueda tener un rostro al que odiar, se pierden todos los matices, toda la incómoda complejidad de la historia. Se olvida la cobardía de los que callaron, la complicidad pasiva de los que miraron para otro lado, la indiferencia de una sociedad que solo se escandaliza cuando la podredumbre le salpica en la cara.

Esta memoria activa es como un incendio en un bosque seco. Se propaga con una velocidad asombrosa, devorándolo todo a su paso. Pero los incendios, por muy espectaculares que sean, acaban por extinguirse. Y cuando lo hacen, dejan tras de sí un paisaje de

cenizas y un silencio aún más profundo que el anterior. He visto muchas fiebres como esta apoderarse de la ciudad. Fiebres políticas, fiebres sociales, fiebres deportivas. Todas arden con una pasión inmensa. Y todas, eventualmente, se apagan, dejando que el olvido, como la lluvia fina, vuelva a empaparlo todo.

Pero esta vez es diferente. Siento que es diferente. El incendio que ha provocado la historia de Aitor no se alimenta solo de la madera seca de este único crimen. Está encontrando combustible en capas mucho más profundas y antiguas del subsuelo de la memoria colectiva. El artículo de la mujer, la tejedora, con su pregunta final —"Y ahora que conoces esa verdad, ¿qué vas a hacer tú?"— no fue una simple interpelación. Fue una invocación.

Y ha despertado a los viejos fantasmas.

El silencio que rodeaba el crimen de Muguruza era un silencio moderno, un silencio de diseño. Un silencio construido con cláusulas de confidencialidad, con amenazas veladas de abogados, con campañas de relaciones públicas y con el control de los medios de comunicación. Un silencio aséptico, corporativo. Pero al romperlo de forma tan brutal, han creado una onda de choque que ha viajado hacia atrás en el tiempo, y ha hecho vibrar las paredes de otro silencio. Un silencio mucho más antiguo, más sucio y más doloroso.

El silencio de los años de plomo.

Siento cómo las dos memorias, la del crimen corporativo y la de la violencia política, empiezan a resonar la una con la otra. En los bares, en las sobremesas, en las conversaciones que el viento me trae desde mis orillas, escucho cómo la gente empieza a conectar los puntos. "Es lo mismo de siempre", dicen. "Los poderosos haciendo lo que quieren, y los demás a callar". "Antes te pegaban un tiro en la nuca, ahora te tiran de un puente. Pero el resultado es el mismo".

No se dan cuenta de la profunda verdad que encierran sus palabras. Creen que es una simple comparación, una metáfora. Pero yo, que sentí el peso de ambos tipos de muertos, sé que no es una metáfora. Es una genealogía. El sistema que permitió la impunidad

de entonces es el padre del sistema que ha diseñado la impunidad de ahora. La violencia ha cambiado de traje, se ha quitado el pasamontañas y se ha puesto una corbata de seda, pero la lógica subyacente es la misma: la anulación del individuo frente a un supuesto bien superior. La patria, la revolución, el mercado, el progreso... Nombres distintos para el mismo altar en el que se sacrifican las vidas que molestan.

La caída del muro institucional en el Parlamento no ha sido solo la victoria de una investigación periodística. Ha sido un acto de exorcismo colectivo. Al declarar nulo el informe de Nexura, los representantes de la ciudad no solo estaban juzgando un fraude administrativo. Estaban, sin saberlo, juzgando décadas de informes oficiales que mintieron, que ocultaron, que tergiversaron la realidad para proteger al poder. Cada palabra del Dr. Lasa, desmontando la "metodología" de Nexura, era un eco de las voces que en su día intentaron desmontar las "versiones oficiales" de atentados y torturas. La gente que aplaudía en la sala no aplaudía solo por Aitor. Aplaudía por todos los muertos sin justicia, por todas las verdades enterradas bajo el peso de los sellos oficiales.

Siento esta resonancia en los protagonistas de esta historia. El hombre que camina de noche, el fantasma Iker Altuna. Su obsesión no nace solo de la muerte de Aitor. Nace de la herida abierta de su hermano Gorka, una víctima de ese viejo silencio. Para él, resolver este caso no es un trabajo. Es una reescritura de su propio pasado. Al desenmascarar a Muguruza, está intentando, de forma simbólica, desenmascarar a los que protegieron a los asesinos de su hermano. Está luchando en dos guerras a la vez, una en el presente y otra en el pasado. Y el peso de esa doble carga es lo que lo mantiene en pie y, a la vez, lo está destruyendo.

La mujer de la buhardilla, la tejedora Amaia. Ella es diferente. No tiene fantasmas personales. Ella es la encarnación de la nueva memoria, la digital. Su blog, "La Marea Baja", es un desafío directo a mi propia naturaleza. Yo espero a que la marea baje para revelar mis secretos. Ella fuerza la bajamar con cada clic, con cada artículo. Pero

en su idealismo, en su fe en que la verdad expuesta es inherentemente liberadora, subestima la capacidad del lodo para volver a cubrirlo todo. Está luchando contra un monstruo, pero no ve que el monstruo tiene raíces que se hunden mucho más allá de las finanzas de Muguruza, raíces que se alimentan del viejo subsuelo de miedos y complicidades de esta ciudad.

Y el hombre del ático, el arquitecto del silencio, Josu Muguruza. Él es el que mejor entiende esta conexión. Su poder no se construyó en el vacío. Se edificó sobre las ruinas del viejo orden industrial y sobre el terreno abonado por el silencio de los años de violencia. Él prosperó en una sociedad que, cansada de la política y de la sangre, decidió mirar hacia otro lado y adorar a un nuevo dios: el dinero. Él les ofreció un futuro de titanio y prosperidad a cambio de que no hicieran demasiadas preguntas. Y ahora, la ciudad le está pasando factura, no solo por su crimen, sino por haberles recordado el pacto fáustico que firmaron.

La vibración que siento en la ciudad es, por tanto, algo más que una simple indignación. Es el temblor que precede a un posible reajuste de cuentas. Es el sonido de las viejas heridas supurando bajo las nuevas cicatrices de titanio. La historia de Aitor Etxebarria ha actuado como una aguja de acupuntura, pinchando un punto de dolor profundo y olvidado que ha hecho que todo el cuerpo social se estremezca.

No sé cuánto durará esta fiebre. He visto a esta ciudad levantarse con furia y volver a caer en la apatía con la misma facilidad. Pero algo me dice que esta vez, la herida es demasiado profunda para ser ignorada. El secreto del médico ya no está en mi fondo. Está en el aire, en las conversaciones, en la conciencia colectiva. Ya no pueden simplemente arrojarlo de nuevo a mis aguas y esperar a que se hunda. Han probado el sabor de una verdad desenterrada, y es un sabor adictivo y peligroso.

Yo seguiré aquí, fluyendo, observando. Esperando las consecuencias. Porque cada acción en esta ciudad, cada grito, cada silencio, cada acto de valentía y cada traición, acaba, de una forma u otra, en mis

orillas. La caída del muro institucional ha sido solo el primer derrumbe. Pero la vibración que siento me dice que las estructuras más profundas, las que sostienen los viejos y los nuevos silencios, apenas han empezado a temblar. Y cuando esas estructuras caigan, el estruendo será mucho mayor. Y yo estaré aquí para recoger los cascotes.

CAPÍTULO 22

El Exilio Social

La condena de Josu Muguruza no fue dictada por un juez con toga y mazo. Fue pronunciada en una sala de juntas con vistas panorámicas a la ría, por hombres con trajes de mil euros y sonrisas que no llegaban a sus ojos. No fue un veredicto, fue un comunicado de prensa. Y no hablaba de culpabilidad, sino de "integridad institucional".

La reunión del patronato del Museo Guggenheim Bilbao se celebró en la mañana del día siguiente a la anulación del informe de Nexura. No fue una reunión de emergencia. En la agenda oficial, figuraba bajo el epígrafe aséptico de "Revisión de protocolos de patrocinio y membresía". Pero todos los presentes sabían que solo había un punto en el orden del día. Un nombre. Josu Muguruza.

La sala, un espacio minimalista de paredes blancas y mobiliario de diseño, estaba cargada de una tensión gélida. Alrededor de la larga mesa de roble se sentaban los custodios del alma moderna de Bilbao: la presidenta del patronato, una heredera de una de las grandes familias industriales vascas; el director del museo, un gestor cultural catalán fichado a golpe de talonario; representantes del Gobierno Vasco y de la Diputación; y un par de coleccionistas de arte internacionales que habían volado en sus jets privados. Eran la élite, el club exclusivo que había decidido reinventar una ciudad de

óxido y convertirla en un icono de titanio. Y Josu Muguruza había sido, hasta ayer, uno de sus miembros más distinguidos.

—Seamos francos —comenzó la presidenta, una mujer de sesenta años con el pelo plateado cortado a la perfección y un collar de perlas que valía más que el sueldo anual de un médico—. La situación es insostenible. El nombre de Josu está ahora asociado a un escándalo de una magnitud que no podemos ignorar. Ya no se trata de si es culpable o inocente. Se trata de la marca. De la marca Guggenheim.

La palabra "marca" resonó en la sala. No hablaron de justicia, ni de ética, ni de la muerte de un hombre. Hablaron de *branding*.

—Nuestros patrocinadores americanos están... nerviosos —continuó el director del museo, ajustándose sus gafas de pasta—. La noticia ha saltado a la prensa internacional. *The New York Times* ha publicado un pequeño artículo en su sección de arte. Hablan de "sombras de corrupción en el milagro vasco". Esto es veneno para nuestra imagen.

Un representante del Gobierno Vasco, el mismo que semanas antes habría defendido a Muguruza a capa y espada, asintió con gravedad. —Políticamente, es un cadáver. La comisión parlamentaria lo ha sentenciado. Apoyarlo ahora sería un suicidio. Tenemos que marcar distancias. De forma clara y contundente.

La deliberación fue corta, pragmática y desprovista de cualquier sentimentalismo. No estaban juzgando a un amigo o a un colega. Estaban realizando una operación de control de daños. Estaban amputando un miembro gangrenado para salvar el cuerpo. La decisión fue unánime.

Mientras ellos sellaban su destino, Josu Muguruza estaba en su ático de la Torre Iberdrola, mirando precisamente el edificio del Guggenheim, su piel de titanio brillando bajo el sol esquivo de la mañana. Se sentía extrañamente tranquilo. La tormenta mediática era ensordecedora, pero en su torre de cristal, el silencio era absoluto. Estaba convencido de que era una fiebre pasajera, una

explosión de histeria populista que se apagaría tan rápido como había empezado. El sistema, su sistema, lo protegería. Siempre lo había hecho.

Su teléfono sonó. Era su secretaria, una mujer eficiente y discreta que llevaba quince años trabajando para él.

—Señor Muguruza, buenos días. Le llamo para informarle del comunicado que el Museo Guggenheim acaba de hacer público.

—¿Un comunicado? —preguntó, extrañado—. No me habían informado de que fueran a emitir ninguno.

—Al parecer, ha sido una decisión de la reunión del patronato de esta mañana, señor.

La sangre de Muguruza se heló. —¿De la reunión de esta mañana? Yo no estaba convocado a ninguna reunión.

Hubo un silencio incómodo al otro lado de la línea. —Lo sé, señor. Al parecer, consideraron que era un asunto interno que debían tratar sin... sin su presencia.

La humillación fue un golpe físico, un puñetazo invisible que le robó el aliento. No lo habían juzgado. Ni siquiera le habían dado la oportunidad de defenderse. Simplemente, lo habían excluido. Lo habían borrado de la ecuación.

—Léeme el comunicado, por favor, Maite —dijo, su voz una calma gélida que ocultaba una furia volcánica.

Su secretaria carraspeó y leyó con voz monótona: —"El Patronato del Museo Guggenheim Bilbao, en su compromiso inquebrantable con la transparencia y la integridad que deben regir una institución de su prestigio, ha decidido suspender con carácter temporal e inmediato la membresía de Don Josu Muguruza como miembro de este patronato. Esta difícil decisión responde a la necesidad de preservar la reputación del museo frente a las graves acusaciones públicas que rodean al señor Muguruza. La suspensión será revisada en función del desarrollo de los acontecimientos judiciales".

Cuando terminó, el silencio en el ático era tan profundo que Muguruza podía oír el latido de su propio corazón en sus oídos.

—Gracias, Maite. Cancela todas mis reuniones para hoy.

Colgó. Se quedó de pie, inmóvil, mirando el museo. Su museo. El edificio que él había ayudado a traer a Bilbao, el símbolo de la nueva ciudad que él había contribuido a forjar. Y lo habían expulsado. No por un juez. No por un policía. Por un comité de hombres y mujeres que habían compartido mesa y mantel con él, que le habían reído las gracias, que habían aceptado sus generosas donaciones. Lo habían apuñalado por la espalda con un comunicado de prensa redactado en el lenguaje cobarde de las relaciones públicas.

Fue el primer dominó en caer. Pero la onda expansiva se propagó con una velocidad implacable.

Una hora más tarde, recibió una llamada del presidente del Real Club de Golf de Artxanda. Un hombre con el que había jugado al golf cada domingo durante los últimos veinte años.

—Josu, amigo mío, te llamo por un asunto delicado... —comenzó, su voz untuosa y llena de una falsa camaradería—. La junta directiva... estamos recibiendo muchas presiones. Ya sabes, la prensa, algunos socios... El ambiente está enrarecido. Hemos pensado que, quizás, por el bien del club, por tu propio bien, sería prudente que te tomaras un... un tiempo. Una excedencia voluntaria de tu condición de socio. Temporal, por supuesto. Hasta que todo esto se aclare.

Muguruza no respondió. Simplemente colgó.

El siguiente golpe llegó por correo electrónico. Un PDF con el membrete de la prestigiosa fundación cultural que él mismo presidía y financiaba. Era una carta firmada por todo el patronato, "sugiriéndole" que presentara su dimisión para "no dañar la importante labor social de la entidad".

La tarde fue una lenta y metódica demolición de su universo social. La invitación a la inauguración de la temporada de ópera fue "lamentablemente retirada". La reserva a su nombre en su

restaurante favorito, un tres estrellas Michelin, fue "cancelada por un problema en la cocina". Cada llamada, cada correo, era un clavo más en su ataúd social. No eran actos de condena moral. Eran actos de pánico, de autopreservación. La élite de Bilbao, como un banco de peces, se apartaba al unísono del miembro herido para evitar atraer al tiburón.

La humillación final, la más dolorosa, llegó a la hora del almuerzo. Desoyendo los consejos de su chófer, decidió ir a comer solo a un conocido restaurante del Ensanche, un bastión de la burguesía bilbaína. Fue un acto de desafío, un intento de demostrar que no estaba acabado, que no se escondía. El maître, que normalmente lo habría recibido con reverencias, lo saludó con una frialdad profesional y lo condujo a una mesa discreta, en un rincón, lejos de las mesas de poder del centro del comedor.

Mientras comía un lenguado que no le sabía a nada, vio entrar a Iñaki Urquijo, un constructor con el que había cerrado tratos multimillonarios, un hombre al que consideraba, si no un amigo, al menos un aliado fiable. Sus miradas se cruzaron por un instante. Muguruza hizo un leve gesto con la cabeza, una invitación a que se acercara. Urquijo, por un segundo, pareció dudar. Luego, su rostro se cerró, se volvió una máscara inexpresiva, y giró la cabeza, indicándole al maître que lo sentara en el extremo opuesto del restaurante, dándole la espalda.

En ese instante, en el comedor lleno de gente de su misma clase social, Josu Muguruza comprendió la verdadera naturaleza de su caída. Estaba solo. Se había convertido en un apestado, en un paria. Su dinero seguía en el banco. Su poder legal seguía intacto. Pero su capital social, esa moneda invisible pero infinitamente más valiosa en los círculos en los que se movía, se había evaporado.

En el piso de Portugalete, Amaia Zugasti seguía la cascada de comunicados y noticias con una intensidad febril. Su blog, "La Marea Baja", se había convertido en una fuente de referencia. Cada comunicado de prensa de un nuevo club o fundación que le retiraba el apoyo a Muguruza era una nueva entrada en su bitácora de la

caída. Pero no sentía euforia. Sentía una extraña mezcla de fascinación y repulsión.

—No es justicia —le dijo a Iker, que observaba en silencio desde el otro lado de la habitación—. Es el sistema inmunológico de la élite. Han detectado un cuerpo extraño, una célula cancerígena que amenaza con provocar una metástasis, y la están aislando para que no infecte al resto del organismo. No lo están castigando por su crimen. Lo están castigando por haber sido descubierto. Por haber roto la primera y única regla del club: la discreción.

Iker asintió. Él lo veía con una claridad aún más cruda.

—Es una purga —dijo, su voz grave—. Lo están borrando de la foto. Están reescribiendo la historia para que parezca que nunca fue uno de los suyos. En un mes, nadie se acordará de que se sentaba en esos patronatos. Habrán limpiado sus huellas. Y el sistema, ligeramente más ligero pero intacto, seguirá funcionando como siempre.

—Pero ha caído, Iker. A su manera, pero ha caído —insistió Amaia.

—No ha caído. Lo han empujado. Y la diferencia es importante. Una caída implica un accidente, una debilidad. Un empujón implica una decisión. Ellos han decidido que ya no les sirve. Y mañana, si les conviene, decidirán que necesitan a otro como él. Y lo crearán.

Esa noche, Amaia escribió un artículo que no era una celebración, sino un análisis. Se tituló: "La Muerte Social de Josu Muguruza". En él, argumentaba que lo que estaban presenciando no era el triunfo de la justicia, sino un fascinante y aterrador ritual de exclusión social.

"Josu Muguruza no irá a la cárcel. Probablemente. Su fortuna, aunque mermada, seguirá siendo inmensa. Pero desde hoy, es un hombre muerto. Ha sido condenado a la pena más temida por los hombres de su estirpe: la irrelevancia. Su nombre ya no abrirá puertas, sino que las cerrará. Sus llamadas no serán devueltas. Su presencia en un evento no será un honor, sino una vergüenza. Ha

sido exiliado de su propia clase, condenado a vagar como un fantasma por los salones que antes dominaba. Para un hombre cuya identidad se construía enteramente sobre el reflejo de su poder en los ojos de los demás, esta es una condena peor que la prisión. El sistema no lo ha encarcelado. Simplemente, lo ha desconectado."

El capítulo final de la jornada se escribió en el silencio del ático de la Torre Iberdrola. Josu Muguruza estaba sentado en la oscuridad, en su despacho, sin más luz que la de la ciudad que se extendía a sus pies. El teléfono había dejado de sonar. Los correos electrónicos habían dejado de llegar. El silencio era total, absoluto.

Miró el Guggenheim. La piel de titanio del museo reflejaba las luces de la ciudad, brillando como una joya fría e indiferente. Ya no sentía que fuera suyo. Era un monumento ajeno, un símbolo de un mundo que le había dado la espalda.

Se dio cuenta de que su poder no residía en su dinero, ni en sus empresas. Residía en una red invisible de lealtades, de favores, de miedos y de complicidades. Una red que él había tejido durante treinta años. Y en menos de veinticuatro horas, esa red se había desintegrado. Cada nudo se había soltado, cada hilo se había roto, dejándolo solo, suspendido en el vacío.

No sentía rabia. No sentía tristeza. Sentía una inmensa y desoladora sorpresa. La sorpresa de un rey que se despierta una mañana y descubre que sus súbditos ya no reconocen su autoridad, que su castillo se ha convertido en su prisión. Una prisión con las mejores vistas de Bilbao, pero una prisión al fin y al cabo. Y en la soledad de esa celda de cristal, por primera vez en su vida, Josu Muguruza empezó a tener miedo. No a la justicia de los hombres. Sino al silencio de los que antes lo adulaban.

CAPÍTULO 23

La Citación

El amanecer del primer día de junio llegó a Bilbao con una falsa promesa de paz. Una luz dorada y oblicua se derramaba sobre la ría, transformando el agua oscura en un lienzo de plata líquida y haciendo que el titanio del Guggenheim ardiera con un fuego frío. En el ático de la Torre Iberdrola, Josu Muguruza observaba el espectáculo desde su ventanal, una taza de café humeante en la mano. La tormenta mediática de los últimos días, aunque virulenta, parecía haberse atenuado. El sistema, su sistema, había absorbido el golpe inicial. La comisión parlamentaria era un teatro controlado, la auditoría una farsa bien orquestada. Su exilio social era doloroso, una herida narcisista que supuraba en la soledad de su torre, pero era, a fin de cuentas, una cuestión de imagen. Y la imagen, como el tiempo, era maleable. Estaba convencido de que solo era cuestión de esperar, de dejar que la marea de la indignación bajara para que el fango volviera a asentarse en el fondo.

Su rutina matutina era un ancla en la incertidumbre, un ritual diseñado para reafirmar su control sobre el universo. El *espresso* de la máquina suiza, el pan tostado con aceite de oliva virgen de una pequeña almazara de la Rioja Alavesa, y el periódico económico abierto en la página de los mercados internacionales. Leía sobre futuros del petróleo y fluctuaciones del yen, ignorando deliberadamente las páginas de política nacional, donde su nombre todavía aparecía, aunque con menor frecuencia. Estaba

reconstruyendo su mundo, pared por pared, dentro de la fortaleza de su propia mente.

A las nueve y siete minutos, el intercomunicador sonó. La voz de Andoni, su chófer y jefe de seguridad, era extrañamente tensa.

—Señor. Hay dos agentes de la Ertzaintza en el vestíbulo. Piden subir. Dicen que tienen una notificación judicial para usted.

Muguruza sintió una punzada de hielo en el estómago, pero su rostro permaneció impasible. —¿Una notificación? Que se la entreguen a usted, Andoni.

—Insisten en que debe ser en persona, señor. Tienen una orden para ello.

Una orden. La palabra era una anomalía en su mundo. Él daba órdenes, no las recibía. Una furia fría empezó a subirle por la espalda.

—Que suban —dijo, su voz una calma peligrosa.

Se levantó de la mesa del desayuno y caminó hacia el centro del inmenso salón. Se colocó de espaldas al ventanal, de modo que la luz del sol lo envolviera, convirtiéndolo en una silueta de poder contra el telón de fondo de la ciudad que dominaba. Era una vieja táctica de negociación, una forma de establecer una superioridad visual.

El ascensor privado emitió un suave pitido y las puertas se abrieron. Dos *ertzainas* uniformados entraron en el ático. No eran los agentes de base que uno ve patrullando la calle. Eran de una unidad especializada, probablemente de la judicial. Sus rostros eran jóvenes, inexpresivos, sus movimientos económicos y precisos. No parecían intimidados por el lujo que los rodeaba. Simplemente, estaban haciendo su trabajo.

—Don Josu Muguruza Etxebar —dijo el agente de mayor rango, su voz neutra, desprovista de cualquier deferencia.

—Soy yo.

El agente sacó un sobre blanco y sellado de su cartera. —En nombre del Juzgado de Instrucción número 4 de Bilbao, le hacemos entrega de esta citación judicial. Debe firmar el acuse de recibo.

Le tendió una carpeta con un documento y un bolígrafo. Muguruza miró la mano del agente, luego su rostro impasible. Por un instante, consideró la posibilidad de negarse, de llamar a su abogado, de desatar el infierno. Pero algo en la calma profesional de aquellos dos hombres le dijo que sería inútil. Eran meros mensajeros, los engranajes impersonales de una maquinaria que ya se había puesto en marcha.

Cogió el bolígrafo. Su mano, para su propia humillación, tembló ligeramente al firmar. El agente recogió la carpeta, hizo una leve inclinación de cabeza y, junto a su compañero, se dio la vuelta y se marchó. Las puertas del ascensor se cerraron, dejándolo solo en el silencio de su ático, con el sobre blanco en la mano.

Se sentó en uno de los sofás de diseño italiano, el sobre pesando en su mano como si estuviera hecho de plomo. Lo abrió con un abrecartas de plata. El papel oficial era grueso, de alta calidad. Pero las palabras impresas en él eran las más feas que había leído en su vida.

No hablaba de "sospechoso". No hablaba de "testigo". La palabra clave, repetida varias veces, era otra. Una palabra que lo arrancaba de su estatus de observador poderoso y lo arrastraba al centro mismo del fango legal.

*"...queda citado en calidad de **investigado**..."*

La palabra era un estigma, una marca de ganado. Significaba que la jueza, esa tal Lorena Agirre, ya no estaba simplemente "investigando los hechos". Lo estaba investigando a *él*. Significaba que consideraba que existían "indicios racionales de criminalidad" que apuntaban directamente a su persona. Ya no era una figura periférica en una tragedia ajena. Era el protagonista.

*"...por su presunta implicación en los delitos de **instigación a la comisión de delito**, **encubrimiento de homicidio** y **organización criminal**..."*

Las palabras eran absurdas, grotescas. Pertenecían a otro mundo, al mundo de los mafiosos de poca monta, de los criminales vulgares. ¿Él? ¿Un instigador? ¿Un miembro de una organización criminal? Él era un constructor, un creador de riqueza, un pilar de la sociedad. La disonancia entre la imagen que tenía de sí mismo y la que le devolvía aquel papel era tan brutal que sintió una oleada de vértigo.

La llamada a su abogado, Iñigo Garmendia, fue inmediata. La voz del letrado, normalmente un bálsamo de confianza y seguridad, sonaba ahora tensa, preocupada.

—Iñigo, tengo aquí una pieza de literatura fantástica que me acaban de entregar. Parece que una jueza de provincias ha decidido que soy el nuevo Al Capone.

—Josu, la he recibido hace diez minutos por vía telemática. No es literatura. Es una declaración de guerra —dijo Garmendia, su tono grave.

—¿Qué significa esto, exactamente? ¿En términos prácticos?

—Significa que el juego ha cambiado por completo. Hasta ahora, éramos un tercero interesado. Podíamos influir, presionar, mover hilos desde la distancia. Ahora, eres el centro del procedimiento. Tienes derecho a no declarar contra ti mismo, pero también serás objeto de todas las medidas de investigación que la jueza considere oportunas. Intervenciones telefónicas, registros, análisis de tus cuentas bancarias... todo está sobre la mesa.

—¡No encontrarán nada! —espetó Muguruza—. Mis asuntos están en perfecto orden.

—Josu, por favor —la voz de Garmendia era casi una súplica—. No estamos hablando de una inspección de Hacienda. Estamos hablando de una jueza que tiene sobre su mesa una grabación en la que se te oye hablar de "resolver" un problema que, casualmente,

acaba muerto dos días después. Tiene el testimonio de un médico que denuncia una conspiración. Tiene un rastro financiero que, aunque legal, apesta a compra de voluntades. Y tiene a la opinión pública y a la clase política pidiendo una cabeza. Y esa cabeza es la tuya.

Muguruza sintió una oleada de rabia impotente. —¿Y qué hacemos? ¿Nos quedamos de brazos cruzados?

—Preparamos tu declaración. O, más bien, tu no-declaración. Te acogerás a tu derecho a no declarar. Presentaremos un escrito negando todas las acusaciones. Y empezaremos la batalla legal. Recusaremos la grabación, alegaremos que fue obtenida ilegalmente. Desacreditaremos a los testigos. Será una guerra larga, sucia y muy, muy cara.

Mientras su abogado hablaba, Muguruza miraba por la ventana. La ciudad, su ciudad, le parecía de repente un territorio enemigo. La confianza ciega en su propio poder, en su invulnerabilidad, empezó a resquebrajarse, revelando un núcleo de miedo frío que no había sentido en décadas.

La noticia de la citación se filtró a la prensa antes del mediodía. La primera en publicarla, para humillación de los grandes medios, fue Amaia Zugasti en "La Marea Baja". Su titular fue sobrio, fáctico, y por ello, aún más devastador: "La Jueza Agirre cita a Josu Muguruza como investigado por el caso Etxebarria".

En el piso de Portugalete, Amaia y Iker vieron cómo la noticia, ahora legitimada por una fuente, aunque fuera la suya, empezaba a ser replicada por todos los medios nacionales.

—Lo ha hecho —dijo Amaia, una mezcla de asombro y alivio en su voz—. La jueza ha tenido el valor de hacerlo.

Iker no compartió su entusiasmo. Estaba de pie junto a la ventana, observando el mar. —No es valor, Amaia. Es estrategia. Tu artículo y la presión pública le han dado la cobertura que necesitaba para dar un paso que, de otro modo, habría sido un suicidio profesional. No

es una heroína. Es una jueza inteligente que ha sabido esperar su momento.

—Pero es un paso, Iker. Un paso inmenso. Por primera vez, va a tener que sentarse frente a un juez y escuchar de qué se le acusa.

—Sí, es un paso —admitió Iker, girándose hacia ella—. Pero no te engañes. Esto no es el final. Es el principio de la verdadera guerra. Ahora, toda su maquinaria legal y mediática se pondrá en marcha para destruir el caso. Y para destruirnos a nosotros.

La confirmación de las palabras de Iker llegó esa misma tarde. En un movimiento sin precedentes, la jueza Lorena Agirre convocó una rueda de prensa. No en los juzgados, un entorno que habría limitado el impacto de sus palabras, sino en una sala del Parlamento Vasco, el corazón simbólico de la soberanía vasca.

La expectación era máxima. La sala estaba abarrotada de periodistas. En primera fila, Nerea Etxebarria, flanqueada por el Dr. Lasa y otros miembros de la plataforma por la sanidad pública.

La jueza Agirre apareció. Era una mujer de aspecto ordinario, sin el aura de poder que uno asociaría a su cargo. Pero cuando empezó a hablar, su voz, clara y firme, llenó la sala con una autoridad incontestable.

—He convocado esta comparecencia —comenzó— porque creo que hay momentos en los que la justicia no solo debe actuar, sino que debe explicar por qué actúa. El caso que nos ocupa trasciende la trágica muerte de un hombre, el doctor Aitor Etxebarria. Este caso se ha convertido en una pregunta fundamental que nuestra sociedad debe responderse a sí misma.

Hizo una pausa, su mirada recorriendo lentamente la sala.

—La pregunta es si, como sociedad, vamos a permitir que existan ciudadanos que operan por encima de la ley. La pregunta es si el poder económico puede comprar la verdad, manipular las instituciones y silenciar, de una forma u otra, a quienes se interponen en su camino. La pregunta, en definitiva, es si la

integridad de nuestro sistema democrático es un principio real o una mera declaración de intenciones.

»Mi decisión de citar a Don Josu Muguruza en calidad de investigado no es una condena anticipada. Él, como cualquier otro ciudadano, goza de la presunción de inocencia. Pero esta decisión es una afirmación. Es la afirmación de que nadie, por muy poderoso que sea, por muy influyente que se crea, está exento de rendir cuentas ante la justicia. Es la afirmación de que los indicios de criminalidad se investigan, sin importar el apellido o la cuenta corriente del afectado.

»Hasta ahora, la percepción de muchos ciudadanos podía ser que la balanza de la justicia se inclina a favor de los poderosos. Hoy, este juzgado, como parte independiente del poder judicial, quiere enviar un mensaje claro: la balanza no se inclina. La ley es la misma para todos. Y aunque la justicia pueda ser lenta, aunque sus caminos sean complejos, no desaparece. No se rinde.

Su discurso, medido pero de una contundencia demoledora, fue recibido con un estallido de aplausos que ni los ujieres pudieron contener. Nerea Etxebarria, por primera vez en público, se derrumbó. Lloró en silencio, no de tristeza, sino de un alivio catártico, el alivio de ver que la lucha solitaria de su hermano, la lucha que ella había continuado, finalmente había sido reconocida y legitimada por la más alta instancia.

La onda expansiva fue global. A la mañana siguiente, la noticia era portada en *El País* y *El Mundo*. *Le Monde* hablaba de "El fin de la impunidad en el oasis vasco". *The Guardian* titulaba: "El magnate vasco, investigado por la muerte de un médico que denunció corrupción". La Comisión Europea, a través de un portavoz, emitió un comunicado declarando que "seguían con atención el caso Etxebarria como un ejemplo de la lucha de las instituciones democráticas contra la corrupción blanda".

En el ático de la Torre Iberdrola, Josu Muguruza vio cómo su mundo se desmoronaba en directo, en alta definición. Vio su rostro en la

CNN, junto a las palabras "corruption" y "murder investigation". Vio el discurso de la jueza Agirre, repetido en bucle. Vio cómo su nombre, su legado, el trabajo de toda una vida, se convertía en sinónimo de la peor escoria criminal.

La rabia inicial dio paso a un frío y absoluto vacío. Se dio cuenta de que Garmendia, su abogado, se equivocaba. La batalla legal ya no importaba. Había perdido una guerra mucho más importante: la guerra por su propia identidad. Ya no era Josu Muguruza, el constructor, el mecenas, el hombre de estado en la sombra. Era Josu Muguruza, el investigado. El presunto instigador. El monstruo.

Esa noche, llevó a cabo un ritual de autodestrucción. Fue a su despacho, a la caja fuerte oculta tras un cuadro de Chillida. Pero no sacó dinero ni documentos comprometedores. Sacó sus recuerdos. Las fotos de la inauguración del Guggenheim, él sonriendo junto al Rey. La medalla al mérito empresarial que le había concedido el Gobierno Vasco. El primer contrato que firmó, el que inició su imperio. Uno a uno, los arrojó a la chimenea de diseño, viendo cómo las llamas consumían los trofeos de una vida que ya no sentía como suya.

No iría a la cárcel. De eso estaba casi seguro. El sistema judicial era un laberinto de tecnicismos y dilaciones que su dinero podría navegar. Pero mientras veía arder su pasado, comprendió la verdadera naturaleza de su condena. Estaba atrapado. Atrapado en su ático de lujo, atrapado en su nombre manchado, atrapado en el silencio de un mundo que le había dado la espalda. La jueza no lo había encarcelado. Simplemente, había hecho que el mundo entero viera los barrotes de oro de la jaula que él mismo se había construido. Y esa, se dio cuenta con una claridad aterradora, era una condena mucho peor.

CAPÍTULO 24

Desmantelando el Imperio

La rabia, descubrió Josu Muguruza, era un lujo para los hombres que todavía creían que podían cambiar el resultado de la batalla. Lo que él sentía en la mañana después de la citación judicial no era rabia. Era una emoción más fría, más pura y mucho más peligrosa: una lucidez absoluta. El mundo, que hasta entonces había sido un tablero de ajedrez en el que él movía las piezas con una maestría indiscutible, se había revelado como un espejismo. Las reglas que él creía dominar habían sido reescritas sin su consentimiento.

Desde el ventanal de su ático, la ciudad de Bilbao ya no era una maqueta que se extendía a sus pies, un testimonio de su poder. Se había convertido en un territorio hostil, un paisaje lleno de ojos que lo juzgaban. Cada grúa del puerto, cada coche que cruzaba el puente de La Salve, cada destello de luz en las ventanas de los edificios de la otra orilla, parecía observarlo. La soledad de su torre de cristal, antes un símbolo de su estatus elevado, se había transformado en el aislamiento de una celda.

Había perdido la guerra de la percepción. La jueza Agirre, con su rueda de prensa calculada y su retórica sobre la integridad del sistema, lo había arrinconado. Lo había convertido en el villano oficial de la historia, el chivo expiatorio perfecto sobre el que la sociedad podía volcar todas sus frustraciones. Su abogado, Iñigo

Garmendia, le había llamado a primera hora, su voz tensa y desprovista de la habitual confianza.

—Josu, tenemos que preparar una estrategia defensiva sólida. Peritos caligráficos para la grabación, informes psiquiátricos sobre los testigos... Tenemos que empezar a construir un cortafuegos.

—No, Iñigo —le había interrumpido Muguruza, su voz una calma que desconcertó al letrado—. Una estrategia defensiva es una admisión de que hay algo de lo que defenderse. Es una postura de debilidad. Y yo no estoy débil. Estoy en guerra. Y en una guerra, no te defiendes. Atacas.

Colgó antes de que Garmendia pudiera protestar. Sabía que su abogado, un hombre brillante en el laberinto de la ley, no podía entender la nueva partida que se estaba jugando. Esto ya no era un asunto legal. Era una cuestión de legado. Si su nombre iba a ser arrastrado por el fango, se aseguraría de que el fango salpicara a todos los que lo habían abandonado.

A las diez de la mañana, convocó una reunión de urgencia del consejo de administración de Muguruza Ingeniería. No por videoconferencia. En persona. En la sala de juntas de la planta 40. Quería verles las caras. Quería oler su miedo.

La sala de juntas era su obra maestra, un espacio diseñado para intimidar. Una mesa de ébano de una sola pieza de veinte metros de largo, pulida hasta reflejar como un espejo oscuro. Sillas de cuero italiano. Y una pared de cristal que ofrecía una vista panorámica de 180 grados sobre la ría y la ciudad. Era un trono en el cielo. Pero esa mañana, cuando entró, el ambiente era glacial.

Los ocho miembros del consejo ya estaban allí, sentados, con copias de la citación judicial impresas sobre sus carpetas de cuero. Eran hombres que él había creado, ejecutivos que había sacado de la mediocridad y había convertido en millonarios. Les había pagado sus hipotecas en Neguri, las matrículas de sus hijos en colegios suizos, sus abonos en el palco de San Mamés. Le debían todo.

Y ninguno de ellos le sostuvo la mirada.

Sus ojos se desviaban hacia sus papeles, hacia la vista panorámica, hacia cualquier punto del espacio que no fuera su rostro. Muguruza reconoció la coreografía de la traición. Era el olor del miedo y la ambición, una combinación letal.

—Buenos días —dijo, su voz llenando el silencio de la sala. Se sentó en la cabecera de la mesa, en su sillón de siempre—. Supongo que todos estáis al tanto de la... situación. Este ataque coordinado contra mi persona y, por extensión, contra esta compañía.

Nadie respondió. El silencio era una respuesta en sí misma.

—Es una tormenta política —continuó Muguruza, forzando un tono de confianza—. Una caza de brujas orquestada por la oposición y unos cuantos periodistas resentidos. Pasará. Pero mientras tanto, necesitamos proyectar una imagen de unidad y de fuerza. La confianza de los mercados es fundamental.

Fue entonces cuando uno de ellos habló. No fue uno de los veteranos, de los que le debían lealtad desde hacía décadas. Fue Unax Uribe, el más joven del consejo, el director financiero que él mismo había ascendido hacía dos años, un tiburón con un máster en Harvard y una ambición que no cabía en la sala.

—Con todo el respeto, Josu —comenzó Uribe, su voz suave pero con un filo de acero—, creo que la situación es más grave de lo que planteas. No es una tormenta política. Es una crisis de reputación de nivel cinco. Y está afectando directamente al núcleo de nuestro negocio.

Uribe pulsó un botón y en la pantalla gigante que ocupaba una de las paredes apareció un gráfico. Era la cotización de las acciones de Muguruza Ingeniería. La línea roja mostraba una caída en picado desde la apertura de la bolsa esa mañana. Un descenso del quince por ciento.

—Esta mañana —continuó Uribe, levantándose, moviéndose con la seguridad de un hombre que sabe que tiene el poder de su lado—,

tres de nuestros principales fondos de inversión institucionales han puesto sus paquetes de acciones en revisión. El Banco de Santander nos ha comunicado que congela nuestra línea de crédito principal hasta que la situación judicial se "clarifique". Y hemos perdido el concurso para la ampliación del puerto de Rotterdam. El gobierno holandés nos ha comunicado extraoficialmente que no pueden adjudicar un contrato de esa envergadura a una empresa cuyo presidente está siendo investigado por... —Uribe hizo una pausa, eligiendo las palabras con una crueldad calculada— ...los delitos que se le imputan.

Muguruza lo miraba, su rostro una máscara de piedra. No estaba escuchando un análisis financiero. Estaba presenciando un golpe de estado.

—Esto ya no es sobre ti, Josu —dijo Uribe, su tono ahora menos respetuoso, más directo—. Es sobre la supervivencia de la compañía. Sobre los diez mil empleados cuyas familias dependen de que tomemos las decisiones correctas. Y la única decisión correcta ahora mismo es el control de daños.

—¿Y cuál es tu propuesta, Unax? —preguntó Muguruza, su voz peligrosamente tranquila.

Uribe respiró hondo. Era el momento de la estocada final. —Proponemos que, por el bien de la compañía, te tomes una licencia temporal de tus funciones como presidente y consejero delegado. Que nombres un sucesor interino. Que te apartes del foco mediático hasta que tu situación legal se resuelva. Sería un gesto de responsabilidad. Un mensaje a los mercados de que la empresa está por encima de cualquier individuo.

Muguruza recorrió la mesa con la mirada, buscando un aliado, una sola voz disidente. Encontró ojos que se apartaban, cabezas que asentían levemente en apoyo a Uribe, y el silencio culpable de los que habían sido sus hombres de confianza. Lo habían abandonado. No por odio, ni por moralidad. Por algo mucho más simple y brutal: por el bien del negocio. Había creado un monstruo de pura

eficiencia, y ahora ese monstruo se lo estaba devorando a él por considerarlo un activo tóxico. La ironía era casi poética.

Se levantó. El silencio en la sala era absoluto. Caminó lentamente hasta el gran ventanal y miró la ciudad.

—Entiendo —dijo, hablando más a la ciudad que a los hombres en la sala—. Entiendo perfectamente.

Se giró. En su rostro no había derrota, sino una sonrisa extraña, gélida. —Me tomaré vuestra... "sugerencia" en consideración. La reunión ha terminado.

Salió de la sala de juntas sin mirar atrás, dejando tras de sí a un grupo de hombres que no sabían si celebrar su victoria o temer la venganza del rey depuesto.

En el ascensor privado, mientras descendía los cuarenta pisos que lo separaban de la calle, la rabia finalmente lo alcanzó. No era la rabia caliente de la humillación, sino la rabia fría de la traición. Había dedicado su vida a construir ese imperio. Y ellos, sus criaturas, se lo habían arrebatado en diez minutos con un Powerpoint y un discurso sobre la confianza de los inversores.

Andoni lo esperaba junto al coche. Su rostro, como siempre, era impasible, pero sus ojos mostraron un atisbo de preocupación.

—A casa, Andoni.

El viaje de vuelta fue un borrón. Muguruza miraba por la ventanilla tintada, pero no veía la ciudad. Veía las caras de sus directivos, sus miradas huidizas, la ambición desnuda en los ojos de Unax Uribe. Se sintió como el César en el Senado, apuñalado no por sus enemigos, sino por aquellos a los que consideraba sus hijos.

Fue entonces cuando sonó su teléfono personal. Era un número suizo. Su hijo.

—Papá.

La voz de Iker, su único hijo, de diecisiete años, sonaba extraña, quebrada.

—Iker, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—No. No estoy bien. —Hubo un sollozo ahogado al otro lado de la línea—. Papá, tienes que venir. El director del internado quiere hablar contigo. Quieren... quieren que me vaya del colegio.

Muguruza sintió como si el suelo del coche desapareciera bajo sus pies. —¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada. Ha sido por... por lo que dicen de ti. —La voz de su hijo era un susurro lleno de vergüenza—. Ayer, en el dormitorio, unos chicos mayores... me acorralaron. Tenían sus iPads. Me enseñaron las noticias... los periódicos ingleses... Me llamaron... me llamaron el hijo de un asesino.

Silencio. Muguruza no podía respirar.

—Me defendí, papá. Le pegué a uno. Nos peleamos. Y ahora el director dice que mi presencia aquí se ha vuelto... "disruptiva". —Su hijo pronunció la palabra como si fuera un veneno—. Dice que afecta al "ambiente de convivencia" del colegio. Dice que es mejor para todos si termino el curso desde casa.

Disruptiva. La palabra resonó en la cabeza de Muguruza como un disparo. Era su propio lenguaje. El lenguaje que él usaba para describir los problemas que debían ser "resueltos". El lenguaje que había usado para Aitor Etxebarria. Y ahora, se lo estaban aplicando a su propio hijo. Su hijo se había convertido en un activo tóxico. En un escombro sentimental que había que apartar para que la maquinaria pudiera seguir funcionando.

—Papá... ¿es verdad? —preguntó su hijo, su voz rota por la duda y el miedo—. ¿Lo que dicen... es verdad?

Josu Muguruza, el hombre que había cerrado tratos de miles de millones, que había doblegado a gobiernos, que había ordenado la

eliminación de un hombre sin pestañear, no supo qué responder. Por primera vez en su vida, se quedó sin palabras.

—Voy para allá, Iker —logró decir, su voz un graznido—. Cogeré el avión esta tarde. Hablaré con el director. Lo arreglaré.

—No creo que puedas arreglar esto, papá —dijo su hijo, y en su voz ya no había miedo, sino una terrible y prematura resignación. Colgó.

Muguruza se quedó mirando el teléfono. La traición de su consejo de administración había sido un golpe a su poder. Pero esto... esto era un golpe a su alma. El imperio que había construido, el legado que pensaba dejarle a su hijo, se había convertido en una maldición que lo estaba envenenando. Se dio cuenta de que, en su búsqueda de un poder absoluto, había creado un mundo tan implacable que ahora se estaba volviendo contra lo único que realmente amaba.

Cuando el coche llegó a la Torre Iberdrola, ya no era el mismo hombre que había salido por la mañana. La lucidez fría se había transformado en una resolución de una pureza aterradora. Ya no se trataba de sobrevivir. Se trataba de quemarlo todo.

Subió a su ático. No fue al salón. Fue directamente a su despacho. Se sentó frente a su terminal de Bloomberg y, con una calma que habría helado la sangre de cualquiera que lo viera, empezó a dar órdenes a su bróker en Ginebra.

—Vende —dijo, su voz desprovista de toda emoción—. Vende todas mis acciones de Muguruza Ingeniería.

—Pero, señor Muguruza... eso es el treinta por ciento de la compañía. Una venta de ese volumen colapsará el precio. Perderá cientos de millones.

—No me has entendido. No he dicho "vende con cuidado". He dicho "vende". Ahora. Inunda el mercado. Quiero que el precio de la acción valga menos que el papel en el que está impreso para cuando cierre la bolsa.

Era un acto de suicidio corporativo. Un acto de pura y nihilista venganza. Si él no podía tener su imperio, se aseguraría de que los traidores que se lo habían arrebatado heredaran un reino de cenizas.

Después, llamó a su abogado.

—Iñigo. Prepara mi dimisión. De todos mis cargos. Con efecto inmediato. Y emite un comunicado de prensa. Sin excusas. Sin justificaciones. Una sola frase: "Josu Muguruza anuncia su retirada definitiva del mundo empresarial".

—Josu, ¿estás seguro? ¡Esto es una locura! ¡Es admitir la culpabilidad!

—No, Iñigo. Esto es control. Me han quitado el tablero de ajedrez, así que he decidido patear la mesa.

Colgó. Se levantó y caminó de nuevo hacia el gran ventanal. La ciudad seguía allí, hermosa e indiferente. Pero él ya no la veía como suya. La veía como un escenario, y él, el actor principal, estaba a punto de ejecutar su último y más espectacular acto. Ya no era un rey. Pero tampoco sería una víctima. Sería un cataclismo. Un agujero negro que, al colapsar, se tragaría todo lo que había a su alrededor. Y en esa destrucción, en ese acto final de poder absoluto sobre su propia caída, encontró un extraño, amargo y solitario consuelo.

CAPÍTULO 25

El Juicio Simbólico

El Palacio de Justicia de Bilbao no era un escenario para la grandeza. Era una mole de hormigón y cristal de los años noventa, un edificio funcional y desalmado que parecía diseñado por un comité con aversión a la luz natural y a la esperanza. En su interior, los pasillos eran largos, de un color beige institucional que absorbía el sonido y la voluntad, y el aire olía a una mezcla de papel viejo, café quemado de máquina expendedora y el sutil pero persistente aroma del miedo.

En la mañana del juicio de Imanol Lizardi, la Sala de Vistas número 3 estaba abarrotada, pero el ambiente no era de expectación, sino de un formalismo cansado, como el de los asistentes a un funeral por un pariente lejano al que nadie apreciaba de verdad. El resultado del ritual ya estaba escrito. Todos los presentes —los periodistas apiñados en los bancos traseros, los pocos médicos de Basurto que habían pedido el día libre para asistir, los curiosos que siempre acudían a los dramas ajenos— sabían que no estaban allí para presenciar un acto de justicia, sino una ceremonia de clausura. Estaban allí para ver cómo el sistema se ofrecía a sí mismo un sacrificio, una cabeza cortada en una bandeja de plata para calmar a las masas y permitir que la maquinaria siguiera funcionando.

Amaia Zugasti estaba sentada en la primera fila de la bancada de prensa, su cuaderno abierto, su bolígrafo listo. Pero sus ojos no

estaban en el estrado vacío del juez, sino en la puerta por la que tendría que entrar el acusado. No sentía la excitación de la primicia, sino una profunda melancolía. Había contribuido a llevar a este hombre al matadero, y aunque sabía que era culpable, no podía evitar sentir que su culpabilidad era de una categoría inferior, la culpabilidad del siervo, no la del amo. El verdadero arquitecto del crimen, Josu Muguruza, estaba en ese momento probablemente en su ático, observando la ciudad con la indiferencia de un dios menor, su nombre ausente de la lista de acusados, una presencia fantasmal que, sin embargo, lo llenaba todo.

A su lado, Nerea Etxebarria era una estatua de dignidad contenida. Llevaba el mismo abrigo verde oscuro que el primer día que se encontró con Iker. Su rostro, más delgado que entonces, era una máscara de control. No estaba allí buscando venganza. Estaba allí como un acto de memoria, como la guardiana de la verdad de su hermano, asegurándose de que, aunque el ritual fuera una farsa, el nombre de Aitor fuera pronunciado en voz alta en una sala de justicia.

La puerta lateral se abrió y un murmullo recorrió la sala. Entró Imanol Lizardi, flanqueado por dos *ertzainas*. No iba esposado. El sistema, incluso en su castigo, mantenía las formas con los suyos. Pero la ausencia de grilletes no hacía más que acentuar la imagen de su derrota. Era un hombre roto. El traje gris que antes le sentaba como un guante ahora le colgaba de los hombros como si perteneciera a un hombre más grande. Había perdido peso, y su piel tenía un tono ceroso, el color de los papeles que se guardan demasiado tiempo en un cajón oscuro. Su pelo, antes meticulosamente peinado, ahora estaba ralo y sin vida. Pero lo más impactante eran sus ojos. La mirada antes calculadora y segura del burócrata había sido reemplazada por un vacío opaco, la mirada de un hombre que ya no habitaba su propio cuerpo, sino que lo observaba desde una distancia inmensa y desolada.

Se sentó junto a su abogado de oficio, un joven con más ambición que experiencia que parecía aterrorizado de estar allí.

Intercambiaron un par de palabras en susurros. Era evidente que todo estaba pactado. La confesión, la sentencia reducida, el guion de la obra. Lizardi era el actor principal en su propia tragedia, y ya se había aprendido el papel.

El juez, un hombre mayor con aspecto de funcionario cansado, entró y la sala se puso en pie con un murmullo de sillas. La sesión comenzó. El fiscal, un hombre de mediana edad con una reputación de ser más político que jurista, se levantó y leyó los cargos con una voz monótona: falsificación de documento público, coacciones, prevaricación administrativa. Cada palabra era una palada de tierra sobre el ataúd de la carrera de Lizardi.

La narrativa de la fiscalía era una obra de arte de la omisión. Pintaba un retrato de Imanol Lizardi como un hombre aislado, un lobo solitario consumido por una ambición desmedida. Según el fiscal, Lizardi, bajo la presión autoimpuesta de cumplir unos objetivos de eficiencia "irreales", había tomado la "lamentable decisión" de alterar los datos de los informes del hospital. Había actuado por su cuenta, sin el conocimiento de sus superiores, en un "trágico error de juicio". El despido y la posterior muerte del doctor Aitor Etxebarria se presentaban como una "consecuencia indirecta y no deseada" de las acciones de Lizardi. Un accidente laboral, casi. El nombre de Nexura se mencionó de pasada, como la "entidad externa que detectó las irregularidades". El nombre de Josu Muguruza no se pronunció ni una sola vez. El sistema se absolvía a sí mismo, aislando el cáncer en un solo órgano prescindible.

Llegó el turno de Lizardi. Su abogado le puso una mano en el hombro, un gesto que era a la vez de apoyo y de advertencia. "Cíñete al guion", parecían decir sus ojos.

Lizardi se acercó al estrado. Juró decir la verdad sobre una Biblia que parecía un objeto extraño en sus manos. Y entonces, comenzó a confesar.

Su voz era un hilo, monótona, desprovista de cualquier emoción. Era la voz de un autómata recitando un texto aprendido. Admitió los

cargos, uno por uno. Sí, había alterado los datos. Sí, había presionado al doctor Etxebarria. Sí, había falsificado firmas. Mientras hablaba, su mente se disoció. Una parte de él, el burócrata disciplinado, recitaba las líneas que le salvarían de una condena mayor. Pero otra parte, un espectador silencioso en el fondo de su conciencia, observaba la escena con una náusea creciente.

Recordó la llamada de Muguruza. La voz suave, casi paternalista, que le hablaba de "pragmatismo" y de "eliminar obstáculos". Recordó las reuniones en el Club de Golf de Artxanda, donde las decisiones que afectaban a la vida de miles de personas se tomaban entre sorbos de whisky de malta y el humo de puros cubanos. Recordó la sensación de poder por delegación, la embriaguez de ser el hombre de confianza del rey. Y recordó el miedo. Un miedo constante, subterráneo, a cometer un error, a decir la palabra equivocada, a dejar de ser útil y convertirse, él también, en un obstáculo.

Había vendido su alma a plazos, en pequeñas cuotas de silencio y complicidad, y ni siquiera se había dado cuenta hasta que fue demasiado tarde. Y ahora, el rey al que había servido con una lealtad perruna lo había arrojado a los lobos sin la menor vacilación. El pacto que le habían ofrecido en la cárcel era simple: asumir toda la culpa a cambio de una sentencia reducida y la promesa de que su familia "no tendría problemas". Había aceptado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era un hombre de sistema, y el sistema, incluso al devorarlo, le ofrecía una última y perversa forma de orden.

—...y por ello, asumo la total y completa responsabilidad de mis actos, y pido perdón a la familia del doctor Etxebarria y a la sociedad por el daño causado —concluyó, las palabras sonando falsas hasta para él mismo.

Se hizo un silencio en la sala. El fiscal asintió, satisfecho. El abogado de Lizardi exhaló un suspiro de alivio. El ritual estaba a punto de concluir.

—¿Tiene algo más que añadir, señor Lizardi? —preguntó el juez, una formalidad, un último trámite antes de dictar sentencia.

Todos esperaban un "No, señoría". El propio Lizardi esperaba decir "No, señoría". Era la última línea de su guion. Pero entonces, levantó la vista del suelo por primera vez. Su mirada vacía barrió la sala y se detuvo. Se detuvo en el rostro de Nerea Etxebarria.

Vio en sus ojos no el odio que esperaba, sino una inmensa y desoladora tristeza. Y en esa tristeza, Lizardi se vio reflejado a sí mismo. Vio al hombre que había sido, al joven idealista que había entrado en la administración pública creyendo que podía cambiar las cosas. Vio el largo y lento descenso hacia el cinismo, la cobardía y la complicidad. Vio la cadena de pequeñas traiciones a sí mismo que lo habían llevado a ese estrado.

Y algo, en el fondo de su alma vaciada, se rompió. O quizás, se recompuso.

El silencio se alargaba. Su abogado le dio un discreto codazo. El juez carraspeó, impaciente.

—Sí, señoría —dijo Lizardi. Y la voz que salió de su garganta ya no era la del autómata. Era una voz humana. Frágil, temblorosa, pero suya—. Sí, tengo algo más que añadir.

Un murmullo de sorpresa recorrió la sala. El abogado de Lizardi se puso pálido. El fiscal frunció el ceño.

Lizardi se agarró a los bordes del estrado, como un náufrago a una tabla. Miró de nuevo a Nerea, y luego a la bancada de la prensa, sus ojos encontrando los de Amaia Zugasti.

—Es cierto todo lo que he dicho —comenzó, su voz ganando fuerza —. Falsifiqué los informes. Coaccioné al doctor Etxebarria. Soy culpable de todo lo que se me acusa. Fui un cobarde. Fui un peón ambicioso y asustado. Y merezco ser castigado por ello.

Hizo una pausa, respirando hondo. El silencio en la sala era ahora absoluto, tenso como la cuerda de un violín.

—Pero no fui el único peón en el tablero. Y desde luego, no fui el jugador que movía las piezas.

—¡Protesto, señoría! —gritó el fiscal, poniéndose en pie—. ¡El acusado está intentando introducir elementos que no son objeto de este procedimiento!

—Señor Lizardi, cíñase a los hechos por los que se le juzga —advirtió el juez, aunque en sus ojos había un brillo de inesperado interés.

—Estos son los hechos, señoría —insistió Lizardi, su voz ahora resonando en la sala—. Los hechos son que yo no actué por iniciativa propia. Los hechos son que cada decisión que tomé, cada informe que alteré, cada presión que ejercí, fue el resultado de una directriz, de una estrategia que venía de mucho más arriba.

Su abogado tiró de la manga de su chaqueta. —Imanol, por favor, siéntate.

Pero Lizardi se zafó de él. Estaba en un punto de no retorno. Había decidido saltar al vacío, y por primera vez en su vida, lo hacía por su propia voluntad.

—No tengo pruebas. No tengo correos electrónicos. No tengo grabaciones. En ese mundo, las órdenes importantes nunca se escriben. Se susurran en comidas privadas, se insinúan en llamadas desde teléfonos seguros. Pero sé lo que oí. Sé quién me llamó. Sé de quién recibía las "sugerencias estratégicas" que no eran sugerencias, sino mandatos.

Miró directamente a los periodistas. Su mirada era una súplica y un desafío.

—Yo no era más que un gestor. El arquitecto de todo este plan, el hombre cuyo interés último era la privatización del hospital de Basurto, el hombre que consideraba al doctor Etxebarria un "obstáculo que debía ser eliminado", tiene un nombre. Y aunque sé que legalmente mis palabras no tienen valor probatorio, tengo la obligación moral de pronunciarlo en esta sala.

El fiscal gritaba "¡Protesto!". Su abogado intentaba llevárselo. El juez golpeaba la mesa con su mazo pidiendo orden. Pero era inútil. La sala entera estaba contenida, esperando la detonación.

—El hombre que estaba detrás de todo esto —dijo Lizardi, su voz ahora un grito claro y resonante que se impuso al caos—, el hombre al que yo serví con una lealtad ciega y vergonzosa, es Josu Muguruza.

El nombre cayó en la sala de justicia como una bomba.

Por un instante, hubo un silencio absoluto, el silencio que sigue al relámpago, justo antes del trueno. Y luego, el caos. Los flashes de las cámaras estallaron como fuegos de artificio. Los periodistas se pusieron en pie, gritando preguntas. Amaia Zugasti no gritó. Simplemente escribió, su bolígrafo volando sobre el papel, sus ojos fijos en la figura de Lizardi, que ahora parecía haberse encogido, como si pronunciar ese nombre le hubiera vaciado de toda la energía que le quedaba.

Los *ertzainas* lo agarraron y se lo llevaron del estrado. Mientras lo sacaban de la sala, su mirada se cruzó por última vez con la de Nerea. En sus ojos ya no había vacío. Había una extraña y desolada paz. La paz de un hombre que ha perdido el mundo pero que, en el último segundo, ha logrado salvar un pequeño fragmento de su alma.

La sesión se suspendió. Pero ya no importaba. El ritual se había roto. El sacrificio controlado se había convertido en una acusación pública. La farsa se había convertido en verdad. El nombre había sido pronunciado. Y aunque legalmente no sirviera de nada, simbólicamente, lo cambiaba todo. Ya no era un rumor de una bloguera o la teoría de un ex-policía. Ahora era parte del sumario, una acusación hecha bajo juramento en el corazón mismo del sistema que había intentado protegerlo.

Amaia salió de la sala de justicia y, en el pasillo abarrotado, empezó a teclear en su móvil. Su titular ya no sería sobre la condena de un

burócrata. Sería sobre la resurrección de un testigo inesperado y la acusación que podría, finalmente, empezar a derribar el imperio.

CAPÍTULO 26

Interludio del Nervión V

El nombre fue pronunciado. Y sentí el eco. Lo sentí no como un sonido, sino como una fractura. Una fisura en la estructura invisible que sostiene esta ciudad, una grieta en el pacto de silencio que une a los que mandan. El nombre de Josu Muguruza, dicho en voz alta en una sala de justicia, no por un acusador, sino por uno de sus propios siervos, ha sido un acto de una resonancia sísmica. Ha sido como arrojar una piedra no a mi superficie, sino a las profundidades de un lago de lava, provocando una reacción en cadena que está alterando la geología misma del poder.

He sentido muchas vibraciones a lo largo de mi existencia. He sentido el temblor de las bombas y el retumbar de las manifestaciones. He sentido la vibración constante y febril de la industria y la sacudida violenta de mis propias inundaciones. Pero esta vibración es diferente. Es más sutil, pero infinitamente más profunda. Es el sonido de un paradigma rompiéndose. El sonido de un rey desnudo en mitad de su corte.

Observé al hombre que pronunció el nombre. Imanol Lizardi. He visto a miles como él a lo largo de los siglos. Son los hombres grises. Los administradores. Los que traducen la voluntad brutal del poder en memorandos y protocolos. No son los que empuñan la espada, sino los que afilan la hoja y redactan la orden de ejecución. Son los pilares invisibles que sostienen los tronos. Y por ello, son los más

prescindibles. Su culpabilidad es inmensa, pero su tragedia es que ni siquiera son los dueños de sus propios pecados. Son los depositarios de los pecados de otros.

Su confesión en el estrado no fue un acto de valentía. Fue el último espasmo de un hombre que se ve a sí mismo desaparecer. Durante años, su identidad se había construido sobre su utilidad para el sistema, sobre su proximidad al poder. Y en el momento en que el sistema decidió sacrificarlo, se encontró con que no le quedaba nada. Era un traje vacío. Pronunciar el nombre de Muguruza no fue un intento de buscar justicia. Fue un intento desesperado de gritar "¡Yo existí! ¡Yo estuve allí! ¡Yo vi la cara del verdadero poder!". Fue un acto de autoafirmación en el umbral de su propia aniquilación. Un intento de dejar una última mancha en el muro antes de que lo borraran por completo. No siento compasión por él. Siento una profunda y antigua tristeza. Es la tristeza de ver a un hombre vender su alma y descubrir, al final, que nadie estaba interesado en comprársela.

Y el rey. El hombre del ático. Josu Muguruza. Su caída es un espectáculo fascinante. No está cayendo por la fuerza de la ley. La ley, en esta ciudad, es una red con agujeros lo suficientemente grandes como para que los tiburones pasen a través de ellos. No. Está siendo devorado por su propio ecosistema. La élite a la que él mismo alimentó y de la que se alimentó durante décadas está aplicando su propia lógica implacable: la del control de daños. Lo están exiliando. Y el exilio, para un hombre como él, es una forma de muerte mucho más cruel que la prisión.

La prisión, para un hombre como Muguruza, sería casi una validación. Confirmaría su estatus de enemigo formidable del Estado, le daría un aura de mártir a los ojos de sus iguales. Podría dirigir su imperio desde una celda de lujo, tejer nuevas alianzas, planear su regreso. Pero el exilio social es diferente. Es un borrado. Es la negación de su propia existencia. El silencio de sus antiguos aliados, las miradas que se desvían en los restaurantes, los comunicados de prensa que lo repudian... cada uno de esos gestos es un pequeño

asesinato. Le están quitando el espejo en el que se reflejaba su poder. Y un rey sin corte, sin súbditos que lo teman y lo adulen, no es más que un hombre viejo y solo en una habitación grande.

Su prisión no tendrá barrotes. Estará hecha de las paredes de cristal de su ático, de las vallas electrificadas de su mansión en Biarritz. Podrá ir a donde quiera, pero no será bienvenido en ninguna parte. Podrá comprar lo que quiera, pero no podrá comprar lo único que anhela: el reconocimiento, la pertenencia, el lugar en la cabecera de la mesa. Lo han condenado a ser un fantasma rico, a vagar por un mundo que él mismo construyó y que ahora finge no conocerlo. Es una justicia poética, una que solo una ciudad con un alma tan retorcida como la de Bilbao podría concebir.

Y la ciudad... la ciudad celebra. Siento su euforia colectiva como una corriente superficial y cálida en mis aguas. Hay una sensación de catarsis, de victoria del bien sobre el mal. "¡Ha caído!", gritan en los bares y en las redes sociales. "¡David ha vencido a Goliat!". Disfrutan del espectáculo de la caída del poderoso con un fervor casi religioso. Necesitan este ritual. Necesitan creer que el sistema, de vez en cuando, se corrige a sí mismo. Necesitan sacrificar a un monstruo para poder ignorar que el bosque está lleno de ellos.

Pero yo, con mi memoria de lodo y tiempo, soy cínico. He visto estas fiebres de rectitud antes. Las vi cuando cayó la dictadura, creyendo que la democracia lo curaría todo. Las vi cuando cayó el muro de la heroína, creyendo que la prosperidad económica era la única respuesta. Las vi cuando las armas callaron, creyendo que la paz era el final de la historia. Y cada vez, tras la euforia, la vieja lógica del poder, como la maleza, encontraba nuevas grietas por las que volver a crecer.

La ciudad celebra la caída de Muguruza, pero no se pregunta por el sistema que lo creó. No se pregunta por los directivos que callaron, por los políticos que facilitaron, por los periodistas que miraron para otro lado, por los ciudadanos que lo admiraron en secreto por su éxito implacable. Se conforman con el sacrificio del rey, sin darse cuenta de que la monarquía sigue intacta. En unos meses, cuando la

fiebre baje, otro nombre ocupará el vacío que ha dejado Muguruza. Quizás con un estilo diferente, más discreto, más moderno. Pero con la misma hambre. Porque el poder, como yo, no es una persona. Es una corriente. Y siempre busca el cauce más fácil.

Siento las reacciones de los dos que forzaron esta marea. El hombre que camina de noche, Iker. Él no celebra. Lo siento en sus pasos, más lentos ahora, más pesados, que resuenan sobre mis puentes. Él entiende la naturaleza simbólica de esta victoria. Para él, la caída de Muguruza no es el final de la guerra. Es solo la confirmación de que su propia guerra, la que libra contra el fantasma de su hermano, nunca tendrá un armisticio. Ha conseguido una cabeza, sí, pero el cuerpo del sistema que mató a Gorka sigue vivo. Su victoria es amarga, porque le demuestra que la justicia es posible, pero solo de forma imperfecta, fragmentaria. Sé que no se detendrá aquí. Su herida es demasiado profunda. Necesita algo más que una victoria social. Necesita una confrontación. Necesita mirar al monstruo a los ojos, no para destruirlo, sino para entender el abismo que los separa y, quizás, el que los une. Se está preparando para el acto final, no para un tribunal, sino para sí mismo.

Y la mujer de la buhardilla, Amaia. Ella es la cronista de esta caída. Siento la vibración de su teclado, la energía de sus palabras viajando por la red. Ella es la que está traduciendo este complejo ritual de poder en una narrativa que la gente pueda entender. Pero también siento el peligro que la rodea. El sistema ha sacrificado a Muguruza, pero no perdona a los que revelan sus secretos. Al ponerle nombre y rostro al mal, ella misma se ha convertido en un nombre y un rostro. Se ha hecho visible. Y en esta ciudad, la visibilidad para los que desafían al poder es una invitación a la desgracia. El sistema ha aprendido la lección. La próxima vez, no subestimará a una bloguera en pijama. La próxima vez, el silencio que intenten imponer será más sutil, más sofisticado. Y ella será su primer objetivo.

Así que aquí estoy, observando el desenlace. El imperio de Muguruza se desmantela. Sus empresas se venden a trozos, sus acciones se desploman, su nombre es borrado de las placas de bronce de las

fundaciones. Es una demolición controlada. Pero la estructura, la ideología que él representa, sigue en pie. La creencia de que el beneficio está por encima de la vida, de que la eficiencia es la única moral, de que los débiles son un lastre prescindible... esa creencia no ha sido juzgada. Esa creencia sigue fluyendo por las venas de la ciudad, tan invisible y tan presente como mi propia corriente bajo el asfalto.

El juicio de Lizardi no fue un acto de justicia. Fue un exorcismo. Y ahora que el demonio ha sido nombrado y el chivo expiatorio ha sido enviado al desierto, la ciudad respira aliviada, creyendo que la casa está limpia. Pero yo, que siento los cimientos, sé que las grietas siguen ahí. Y que por ellas, tarde o temprano, volverá a filtrarse la podredumbre.

Mi papel, como siempre, es esperar. Guardar la memoria de este ciclo. Recordar el nombre de Aitor Etxebarria, el de Imanol Lizardi, el de Josu Muguruza. Recordar el valor de unos pocos y la cobardía de muchos. Esperaré a que la fiebre pase y el olvido empiece su lento trabajo de sedimentación. Y esperaré a que, dentro de unos años, quizás décadas, otro hombre o mujer se detenga en mis orillas en una noche de lluvia y sienta una extraña inquietud, la sensación de que hay una historia hundida bajo la superficie que necesita ser contada. Y cuando esa persona se atreva a escuchar, yo estaré aquí. Con mis ecos. Con mi lodo. Con mi interminable memoria. Esperando, como siempre, la marea baja.

CAPÍTULO 27

La Confrontación en el Faro

La justicia del sistema había dictado su sentencia, una obra maestra de la ambigüedad que condenaba sin castigar y absolvía sin perdonar. Josu Muguruza no iría a la cárcel. Su nombre se había desvanecido de los titulares, reemplazado por nuevas crisis y nuevos escándalos. La ciudad, saciada tras el ritual del exorcismo público, empezaba a olvidar. Pero Iker Altuna no olvidaba. Para él, la caída social de Muguruza no era un final. Era un prólogo. La justicia legal era un espejismo, una construcción para tranquilizar a las masas. Pero existía otra forma de justicia, más antigua, más personal. Una justicia que no se dirimía en los tribunales, sino en los lugares oscuros donde las almas se enfrentaban sin la protección de los abogados ni de los protocolos. Iker sabía que no podía matar a Muguruza. La violencia física sería una victoria para el sistema, la confirmación final de que él era, como Zabala había dicho, un animal fuera de control. Tampoco podía entregarlo a la policía. No tenía pruebas que un tribunal aceptara. La grabación era ambigua, los testigos estaban muertos, desaparecidos o aterrorizados. No. Su objetivo no era destruir el cuerpo de Muguruza, ni su libertad. Era destruir su alma. O, más bien, obligarlo a confrontar el vacío que había en su lugar. Necesitaba un último acto. Una confrontación. Un cara a cara con el monstruo, no para matarlo, sino para obligarlo a mirarse en el espejo de sus víctimas.

La preparación fue la de un cazador que prepara su última y más peligrosa trampa. El cebo no podía ser una amenaza. Tenía que ser algo que Muguruza no pudiera ignorar, algo que apelara no a su miedo, sino a su arrogancia y a su necesidad de control. Desde el taller de Kepa, Iker había recuperado un fragmento de información del "Proyecto Z-09" que había guardado para este momento. Era un número de cuenta en un banco de las Islas Caimán, una cuenta no a nombre de Muguruza, sino de una fundación benéfica que presidía su difunta esposa. Y una serie de transferencias a esa cuenta desde una de las empresas fantasma utilizadas por Nexura. No era ilegal, en apariencia. Pero era un hilo suelto, un detalle imperfecto en la arquitectura de su imperio financiero. Un secreto personal.

Usando un teléfono de prepago y un distorsionador de voz, Iker le envió un mensaje de texto a Muguruza. No a su móvil de empresa, sino a su número personal, el que solo conocía su círculo más íntimo.

"Sé lo de la Fundación Elara. Sé lo del desvío de fondos del Proyecto Z-09. No me interesa el dinero. Me interesa la verdad. Faro de Portugalete. Esta noche. A medianoche. Venga solo. O mañana, la prensa tendrá una nueva historia que contar. Una que no tiene que ver con médicos, sino con viudos".

Era un farol, pero un farol brillante. No lo amenazaba con la cárcel, sino con la profanación de la memoria de su esposa, el último bastión de respetabilidad que le quedaba. Apelaba a su orgullo, a su convicción de que podía controlar cualquier situación, de que podía enfrentarse a cualquier chantajista de poca monta y neutralizarlo. Iker sabía que vendría. Un hombre como Muguruza no podía soportar la idea de que alguien tuviera un secreto sobre él, por pequeño que fuera.

Esa noche, el cielo sobre la desembocadura de la ría estaba despejado, una rareza en Bilbao. Una luna casi llena colgaba sobre el Abra, su luz pálida bañando el paisaje con un resplandor fantasmal. El viento del noroeste soplaba con fuerza, un viento

limpio y salado que barría la tierra y hacía que las olas rompieran con un rugido sordo contra los espigones.

El faro de Portugalete, en la punta de la península, era una silueta negra contra el cielo estrellado. Estaba apagado, como siempre, un centinela ciego y olvidado. Iker llegó una hora antes. No se escondió. Se sentó en la losa de piedra suelta bajo la cual había enterrado el cuaderno azul, el corazón simbólico de toda la historia. Se sentó de cara al mar, dando la espalda al camino por el que tendría que llegar Muguruza. No quería parecer una amenaza. Quería parecer un hombre que esperaba.

El aire estaba cargado de los olores del mar y de la ría: salitre, yodo, el leve perfume de la podredumbre de las algas en la bajamar. Iker respiró hondo. Se sentía extrañamente en calma. El miedo y la rabia que lo habían consumido durante semanas se habían asentado, transformándose en una resolución fría y pesada como el ancla de un barco. Esto no era por Aitor. Ni siquiera era solo por Gorka. Era por él. Era un exorcismo personal, la última página de un libro que necesitaba cerrar para poder seguir respirando.

A las doce menos cinco, oyó el sonido de un coche de lujo deteniéndose en la carretera, a unos doscientos metros. Luego, el sonido de una puerta cerrándose y, finalmente, el de unos pasos decididos sobre el camino de grava que llevaba al faro. No se giró. Siguió mirando el mar, las olas rompiendo, la luz de la luna trazando un camino de plata sobre el agua.

Josu Muguruza se detuvo a unos metros detrás de él. El silencio se alargó, tenso, solo roto por el silbido del viento.

—Impresionante, Altuna —dijo finalmente Muguruza, su voz tranquila, casi divertida—. Tengo que admitir que me ha subestimado. Pensé que era un simple perro rabioso. Pero tiene talento para el melodrama. Un faro abandonado, la luna llena... solo falta que empiece a llover.

Iker se giró lentamente. Muguruza no parecía un hombre asustado. Parecía un hombre de negocios que acude a una reunión incómoda

pero necesaria. Llevaba un abrigo caro, las manos en los bolsillos. Su rostro, en la luz pálida de la luna, era una máscara de control.

—No va a llover esta noche, Josu —dijo Iker, su voz tranquila—. El cielo está despejado. Perfecto para ver las cosas con claridad.

—Dejémonos de poesía barata. Ha conseguido mi atención. ¿Qué es lo que quiere? ¿Dinero? ¿Es eso todo? ¿Cuánto cuesta su silencio? Ponga una cifra. Si es razonable, la pagaremos y cada uno seguirá su camino.

Iker sonrió, una sonrisa sin alegría. —No puede pagarme, Josu. No tiene suficiente dinero en todas sus cuentas de las Caimán para comprar lo que yo quiero.

—¿Ah, no? ¿Y qué es eso que un hombre como usted puede desear tanto?

—Una conversación —dijo Iker—. Solo eso. Quiero que me explique algo. Quiero entenderlo.

Muguruza lo miró, perplejo. —¿Entender qué?

—Por qué. —La palabra era simple, pero en el silencio de la noche, adquirió un peso inmenso—. No el cómo. El cómo ya lo sé. La manipulación de los informes, la presión sobre Lizardi, el despido, los matones, el empujón... El cómo es vulgar, es logística. Lo que quiero saber es el porqué. ¿Por qué Aitor Etxebarria? ¿Por qué un hombre bueno, un médico que solo hacía su trabajo, tenía que morir?

Muguruza soltó una carcajada, un sonido seco y sin alegría que el viento se llevó.

—¿De verdad cree que esto era por un médico? ¿Por un pequeño funcionario idealista? Qué visión tan limitada tiene, Altuna. Aitor Etxebarria no era nadie. Era un síntoma. Un error en la matriz. Una pieza defectuosa en una maquinaria que necesita ser optimizada.

Se acercó y se sentó en una roca cercana, como un profesor a punto de dar una lección a un alumno lento.

—Usted ve el mundo en términos de bien y de mal, de héroes y de villanos. Es una visión romántica, pero inútil. Yo veo el mundo como lo que es: un sistema. Un organismo complejo. Y como todo organismo, a veces enferma. Desarrolla tumores. Células ineficientes que consumen recursos y no producen nada. La sanidad pública, tal y como está concebida, es un tumor. Un tumor benigno, si quiere, alimentado por la sentimentalidad y la culpa social, pero un tumor al fin y al cabo. Crece sin control, devora el presupuesto y amenaza con colapsar todo el cuerpo económico.

»Yo no soy un villano, Altuna. Soy un cirujano. Mi trabajo es identificar esos tumores y extirparlos. De forma limpia, eficiente. Para salvar al paciente, que es nuestra sociedad. El informe de Nexura era el diagnóstico. La gestión mixta era el bisturí. Y Aitor Etxebarria... él no era una persona. Era una célula cancerígena que se negaba a morir. Era una infección que amenazaba con provocar una septicemia de opinión pública. Y las infecciones se tratan. Se aíslan. Y si es necesario, se eliminan. No fue un asesinato. Fue una profilaxis. Un acto de salud social.

Escucharlo era como asomarse al abismo. Iker no veía a un hombre malvado. Veía algo mucho más aterrador: un hombre que había trascendido la moralidad, que operaba desde una lógica fría, deshumanizada y absolutamente convencida de su propia rectitud.

—Así que la vida de un hombre —dijo Iker, su voz un susurro ronco —, la vida de un médico que salvaba a otros, no era más que una variable en su hoja de cálculo.

—Exactamente —confirmó Muguruza, asintiendo—. Una variable lamentable, pero necesaria. En toda gran construcción, hay daños colaterales. Cuando se construyó el Guggenheim, hubo que expropiar a familias, derribar viejos edificios. ¿Lloramos por esos ladrillos? No. Admiramos la catedral que se construyó en su lugar. Yo estoy construyendo una nueva Euskadi, más eficiente, más competitiva, más fuerte. Y en esa construcción, a veces, hay que ensuciarse las manos. Aitor Etxebarria fue el precio a pagar por un

sistema sanitario más sostenible. Un precio pequeño, si lo piensa bien.

Iker se levantó. El viento agitaba su anorak. Se sentía como si estuviera hablando con una fuerza de la naturaleza, con una lógica tan ajena a la suya que el diálogo era casi imposible. Sabía que no podía ganarle en su terreno. No podía discutir de economía, ni de gestión, ni de bienes mayores. Así que decidió arrastrarlo al suyo. Al terreno del dolor individual. Al terreno de los nombres propios.

—Mi hermano se llamaba Gorka —dijo, y el cambio de tema, la repentina inyección de intimidad, pareció descolocar a Muguruza por primera vez—. Tenía veintidós años cuando lo mataron. No era un santo. Era un buscavidas, un idiota con demasiado encanto y muy poco sentido común. Pero era mi hermano.

Muguruza lo miró, sin entender. —¿Y a mí qué me importa su hermano?

—Le importa porque él también fue un daño colateral. Una variable en una de sus ecuaciones. —Iker se acercó un paso más, su sombra cayendo sobre Muguruza—. La noche que lo mataron, en Zorroza, fue durante un operativo policial chapucero para detener a unos traficantes. Unos traficantes que, casualmente, estaban operando desde un almacén propiedad de una de sus empresas tapadera. La policía entró a saco, hubo un tiroteo, y mi hermano, que solo estaba allí para cobrar una pequeña deuda, se llevó una bala perdida. O eso dijo la versión oficial.

La expresión de Muguruza seguía siendo de indiferencia, pero sus ojos se habían vuelto más atentos.

—La investigación interna se cerró en falso —continuó Iker, su voz ahora un martillo pilón, cada palabra un golpe—. Se aplicó una nueva normativa de "protocolos de emergencia" que casualmente se había aprobado una semana antes, impulsada por un Consejero de Interior al que usted había financiado la campaña. El informe final fue redactado por un comité en el que estaba Unai Zabala. Y el caso

se archivó. Un traficante muerto. Un daño colateral en la guerra contra las drogas. Eficiente. Limpio. Profiláctico.

—Sigue sin decirme qué tiene que ver eso conmigo —dijo Muguruza, aunque en su voz había ahora una nota de tensión.

—Que el médico que recibió a mi hermano en urgencias, el único que vio que la bala que lo mató había entrado por la espalda y no por el pecho, el único que podía haber desmontado la versión oficial... era un joven residente llamado Aitor Etxebarria. Pero nunca llegó a declarar. Porque alguien, desde muy arriba, le "sugirió" que sería mejor para su carrera que olvidara lo que había visto.

El círculo se cerró. La conexión, la simetría terrible entre las dos muertes, quedó suspendida en el aire helado de la noche. Muguruza se quedó en silencio. La máscara de control se había agrietado, revelando un atisbo de sorpresa, quizás incluso de admiración por la tenacidad de su adversario.

—Usted no mató a mi hermano, Josu —dijo Iker, su voz ahora un susurro—. Pero creó el sistema que lo hizo posible. Creó la cultura de la impunidad, la red de silencios y favores que permite que un error se convierta en un encubrimiento, y que un encubrimiento se convierta en una licencia para matar. Aitor Etxebarria no murió porque se negara a firmar un informe. Murió porque, quince años antes, aprendió una lección terrible en una sala de urgencias: aprendió que la verdad, en su mundo, no solo no importa, sino que es peligrosa. Y esta vez, decidió no callarse. Y usted, con su lógica de cirujano, lo extirpó.

Iker se agachó hasta que su rostro quedó a la altura del de Muguruza. No lo amenazó. No lo tocó. Simplemente lo obligó a mirarlo a los ojos.

—Yo no puedo llevarle ante un juez. Pero he hecho algo mucho peor. Le he puesto un nombre a su vacío. Le he contado la historia de uno de sus "daños colaterales". Y quiero que, esta noche, cuando vuelva a su ático de lujo y se mire en sus espejos de diseño, no vea a un constructor de imperios. Quiero que vea la cara de Gorka Altuna.

Quiero que vea la cara de Aitor Etxebarria. Quiero que entienda que sus catedrales están construidas sobre los huesos de hombres buenos. Y quiero que esa verdad lo persiga cada segundo del resto de su miserable vida.

Se levantó. La conversación había terminado. No había nada más que decir. Había conseguido lo que quería. No una confesión. Sino una confrontación. Había obligado al monstruo a escuchar el nombre de sus víctimas.

Se dio la vuelta y empezó a caminar, alejándose del faro, dejando a Muguruza solo en la oscuridad.

—¡Altuna! —gritó Muguruza a su espalda. Su voz ya no era la del dios indiferente. Era la voz de un hombre. Una voz que contenía una nota de algo que sonaba extrañamente a miedo—. ¡Usted no ha ganado nada! ¡Nada!

Iker no se giró. Siguió caminando hacia la lejana y parpadeante luz de la ciudad.

—No —dijo, más para sí mismo que para el hombre que dejaba atrás —. Pero tampoco he perdido.

Y mientras se alejaba, sintió que un peso inmenso, un peso que había llevado sobre sus hombros durante quince años, empezaba, muy lentamente, a disolverse en el aire salado de la noche.

CAPÍTULO 28

El Exilio

La calma que sigue a la batalla no es paz. Es el silencio de los escombros, el zumbido en los oídos después de la detonación. Iker Altuna regresó al piso franco de Portugalete desde el faro sintiendo esa calma hueca, una claridad tan vasta y desolada como el cielo nocturno sobre el Abra. La confrontación con Josu Muguruza no le había traído la catarsis que quizás, en algún rincón olvidado de su alma, había anhelado. No hubo un estallido de redención, ni la satisfacción visceral de la venganza. Hubo, en cambio, una constatación fría y definitiva: había ganado una guerra que nadie reconocería, y el precio de esa victoria era su propio mundo.
Se quedó de pie junto al ventanal, el mismo desde el que había observado con Amaia la explosión de su artículo. Ahora, sin embargo, la vista de la ría y las luces de Santurtzi no era un paisaje, sino un mapa de su propia vida, un territorio que estaba a punto de abandonar para siempre. La adrenalina de la confrontación se había disipado, dejando tras de sí un agotamiento que no era solo físico. Era un cansancio del alma, el de un soldado que, tras la última batalla, se da cuenta de que ya no tiene un hogar al que regresar.

Había obligado a Muguruza a mirarse en el espejo de sus víctimas. Le había arrebatado la armadura de su lógica deshumanizada, aunque solo fuera por un instante. Pero, ¿y ahora qué? Muguruza seguiría durmiendo en su ático, rodeado de un lujo que era a la vez su trofeo y su prisión. El sistema, aunque herido en su orgullo, se

reconfiguraría, encontraría nuevos monstruos, tejería nuevas redes de silencio. Y él, Iker Altuna, seguía siendo un fugitivo. Un hombre con una orden de detención no oficial sobre su cabeza, un fantasma cuya existencia era un inconveniente para demasiada gente poderosa.

Permanecer en Bilbao era un suicidio a cámara lenta. Sería una vida de pensiones de mala muerte, de mirar por encima del hombro en cada esquina, de sobresaltos ante cada sirena. Una vida de paranoia que solo podía terminar de dos maneras: en una celda, silenciado por los mismos procedimientos legales que Zabala representaba, o en una cuneta, víctima de un "accidente" tan conveniente como el de Asier Olaizola. El sistema no podía permitir que un cabo tan suelto como él siguiera existiendo. Necesitaban cerrar el círculo. Y él era el último eslabón.

La decisión, por tanto, no fue una elección. Fue una conclusión lógica, tan fría y necesaria como la que Muguruza aplicaba a sus negocios. Tenía que desaparecer. No huir. Desaparecer. Borrarse del mapa, negarles la satisfacción de su captura, de su aniquilación. Su exilio no sería una derrota. Sería su última victoria, un acto final de control sobre su propio destino. Sería la forma de asegurarse de que la historia de Aitor Etxebarria, ahora en manos de Amaia, pudiera sobrevivir sin la carga tóxica de su propio nombre. Un fantasma no puede testificar en un juicio, pero tampoco puede ser desacreditado.

Con esa claridad gélida, comenzó su último día en Bilbao. Fue un día dedicado a desmantelar metódicamente la vida de Iker Altuna, a borrar las huellas de su existencia con la precisión de un profesional que limpia la escena de un crimen.

Su primer acto fue digital. Usando el portátil de Amaia y una serie de proxys que lo hacían virtualmente irrastreable, contactó con ella. El canal de comunicación era el mismo chat encriptado que habían usado hasta ahora.

IKER: *Amaia. Se acabó. Para mí.*

La respuesta de ella fue casi instantánea. La imaginó al otro lado, en su buhardilla, probablemente sin haber dormido, pegada a la pantalla.

AMAIA: *¿Qué ha pasado? ¿Hablaste con él?*

IKER: *Sí. Tuvimos una conversación. Pero eso ya no importa. Lo que importa es lo que viene ahora. Tengo que irme. Esta noche.*

AMAIA: *¿Irte? ¿Adónde? Iker, no puedes... ¡hemos ganado!*

IKER: *No hemos ganado. Hemos abierto una puerta. Y ahora tienes que ser tú la que cruce el umbral. Sola. Mi presencia aquí solo te pone en peligro a ti y a la historia. Mientras yo siga siendo un fugitivo, usarán mi nombre para desacreditar todo lo que publiques. Dirán que eres la marioneta de un ex-policía vengativo y desequilibrado. Tienes que ser la única custodia de la verdad. Limpia. Intachable.*

AMAIA: *No es justo. Esto lo hemos hecho juntos.*

IKER: *La justicia no tiene nada que ver con esto. Esto es estrategia. Te voy a enviar todo lo que tengo. Los archivos del Proyecto Z-09, los originales, sin encriptar. Las notas de Kepa. Mis propias grabaciones de las conversaciones con los testigos. Todo. A partir de que recibas este paquete, yo ya no existo. Borra este canal. Borra mi número. Si alguien te pregunta por mí, no sabes nada. Fui una fuente anónima que desapareció.*

La pausa de Amaia fue larga. Iker podía sentir su lucha a través del silencio digital.

AMAIA: *¿Y tú? ¿Qué harás?*

IKER: *Sobrevivir. Y quizás, por primera vez en mucho tiempo, respirar un aire que no huela a mentiras. Cuídate, Amaia. Y sigue contando la historia. Es lo único que importa.*

AMAIA: *Iker...*

Pero él ya había iniciado la transferencia de archivos, un paquete de datos denso y pesado que contenía semanas de riesgo y desvelos. Cuando la barra de progreso llegó al cien por cien, escribió su último mensaje.

IKER: *La marea ha bajado. Ahora te toca a ti vigilar la orilla.*

Cerró la sesión y, siguiendo las instrucciones de Fantasma, ejecutó un programa que borró el software de encriptación y cualquier rastro de la conversación de aquel portátil. El primer hilo estaba cortado.

El segundo fue más difícil. Necesitaba borrar su propia historia. Esperó al mediodía, cuando las calles de Portugalete estaban más concurridas. Se movió con una fluidez que había olvidado que poseía, mezclándose con la multitud, cambiando de dirección, asegurándose de que no tenía sombra. Cogió el metro en la estación de Peñota y se bajó en el Casco Viejo. El viaje fue un túnel del tiempo, un recorrido por las estaciones de su propia vida.

Su oficina en la calle Ribera estaba tal y como la había dejado. El aire viciado, el olor a polvo y a soledad. Por un instante, se sintió como un extraño invadiendo la vida de otro hombre. El cartel de "Iker Altuna – Investigaciones" colgaba torcido, como siempre.

No fue allí a recoger nada. Fue a destruir.

El proceso fue un ritual metódico, casi ceremonial. Sacó los archivadores metálicos y empezó a vaciar su contenido en el centro de la habitación. Viejos casos de infidelidades, de fraudes de seguros, de búsquedas de personas desaparecidas... Vidas enteras reducidas a carpetas de cartón, a informes mecanografiados y a fotografías descoloridas. Eran los fragmentos de un pasado profesional que ya no le pertenecía. Cuando tuvo una pila considerable, la roció con el alcohol de una botella de orujo que guardaba en un cajón y le prendió fuego.

Las llamas crecieron con una rapidez voraz, devorando los nombres, las fechas, las mentiras y las pequeñas verdades por las que había luchado. El humo llenó la habitación, denso y acre. Iker observó el

fuego, no con tristeza, sino con una sensación de liberación. Estaba quemando sus puentes, literalmente.

Luego, se ocupó de la tecnología. Sacó el disco duro de su viejo ordenador de sobremesa. Lo colocó en el suelo y lo golpeó una y otra vez con un pesado pisapapeles de mármol hasta que la carcasa se partió y los platos magnéticos del interior quedaron expuestos y abollados. Hizo lo mismo con sus viejos teléfonos móviles, con las tarjetas de memoria, con cualquier dispositivo que pudiera contener un fragmento de su identidad digital.

Cuando el fuego empezó a remitir, dejando un montón de cenizas negras y humeantes en el suelo de madera, la oficina parecía un campo de batalla después de la derrota. Solo quedaba una cosa por hacer. Se acercó a su mesa. Cogió el marco de fotos de plata que había permanecido boca abajo durante quince años. Lo limpió cuidadosamente con la manga de su anorak, eliminando el polvo y las huellas del pasado. Y lo colocó en el centro de la mesa, de pie, erguido. Vacío.

Era su última declaración. Un monumento al ausente. Un espacio en blanco para que cualquiera que entrara allí —la policía, el casero, el próximo inquilino— se preguntara por la historia que faltaba.

Salió de la oficina sin mirar atrás, dejando la puerta abierta. El olor a humo empezó a filtrarse en el descansillo, una señal de que su antigua vida estaba siendo reducida a cenizas.

Su siguiente parada fue un banco en la Gran Vía. La cajera, una joven con una sonrisa profesional, no lo reconoció. Para ella, solo era un cliente más. Iker cerró su cuenta, retirando los poco más de treinta mil euros que constituían los ahorros de toda su vida. Pidió el dinero en billetes usados y de pequeña denominación. Lo dividió en tres sobres.

El primer sobre, el más abultado, lo metió en un buzón de correos, dirigido al albergue de San Francisco. No había remitente. Solo una nota en el interior, escrita con letras mayúsculas: "PARA UNA CAMA NUEVA Y CAFÉ CALIENTE EN MEMORIA DE UNAI".

El segundo sobre lo envió a Nerea Etxebarria. Dentro, además del dinero que le devolvía, añadió una suma considerable. La nota decía: "Para la lucha. Para los hermanos Garmendia. Y para el próximo Aitor que necesite ayuda. Gracias".

El tercer sobre, con apenas cinco mil euros, se lo guardó. Era su capital inicial para una nueva vida, una vida que aún no tenía forma ni nombre.

El resto del día fue una larga despedida. No visitó a nadie. No llamó a nadie. Simplemente, caminó. Caminó por las calles de su ciudad como si quisiera grabarlas en su memoria por última vez. Subió a Artxanda y contempló la vista panorámica de Bilbao encajonada en su valle, la ría serpenteando a través de ella como una vena abierta. Bajó al Casco Viejo y se perdió en sus callejones, escuchando el eco de sus propios pasos. Pasó por delante del Kaskazuri, pero no entró. Se quedó un momento en la acera de enfrente, observando la vida que bullía en su interior, un mundo del que él ya no formaba parte.

Al atardecer, cogió el metro hacia Santurtzi. El vagón iba lleno de gente que volvía a casa del trabajo, sus rostros cansados iluminados por la luz de sus teléfonos móviles. Iker se sintió invisible, un fantasma viajando en una caja de metal.

El puerto de Santurtzi por la noche era otro mundo. Un mundo de gigantes de acero, de luces de sodio que teñían el aire de un naranja irreal, y del olor penetrante del mar. El sonido era una sinfonía industrial: el zumbido de los generadores, el chirrido de las grúas moviendo contenedores, el lejano bramido de un buque saliendo a mar abierto.

Se encontró con Sotero en el mismo bar oscuro y grasiento. El contrabandista lo recibió con una sonrisa desdentada.

—Así que el fantasma quiere desaparecer del todo, ¿eh? —dijo, sirviéndole un vaso de orujo sin que se lo pidiera—. Tengo algo para ti. Un carguero con bandera de Liberia. El "Odyssey". Un nombre apropiado, ¿no crees? Zarpa en dos horas. Destino oficial: Dakar. Destino real: quien sabe. El capitán es un griego que me debe un

par de favores. Te dejará en cualquier puerto que no tenga demasiados policías con preguntas.

—Me sirve —dijo Iker, apurando el orujo de un trago. El líquido le quemó la garganta.

—Te costará los cinco mil que te quedan —dijo Sotero, sus ojos pequeños y astutos brillando—. Y un favor. Algún día, en algún lugar, puede que necesite a un fantasma. Y te llamaré.

—No tendrás mi número.

—Encontraré la forma. Siempre la encuentro.

Iker dejó el dinero sobre la barra. Sotero lo hizo desaparecer con un movimiento de prestidigitador.

—Muelle de carga G. Contenedor 77. Un hombre te estará esperando. Te dará un mono de trabajo y te subirá a bordo como si fueras parte de la estiba. Una vez en el barco, busca al segundo de a bordo. Se llama Niko. Dile que vienes de parte de Sotero. Él sabrá qué hacer.

Iker asintió. Se levantó para irse.

—Altuna —lo llamó Sotero—. Ten cuidado ahí fuera. El mundo es más grande que esta ría. Y está lleno de tiburones mucho más grandes que Muguruza.

Iker no respondió. Simplemente, salió del bar y se sumergió en la noche del puerto.

La última escena de su vida en Bilbao fue surrealista. Un hombre corpulento y silencioso lo guió a través del laberinto de contenedores hasta la imponente muralla de acero del "Odyssey". Le dio un mono de trabajo sucio y grasiento y lo hizo subir por una pasarela de carga, mezclado con un grupo de estibadores que terminaban su turno. Nadie se fijó en él. Era uno más. Un anónimo.

En la cubierta del inmenso barco, el viento era una fuerza física que amenazaba con derribarlo. Encontró a Niko, un griego con una barba

espesa y ojos que habían visto demasiados mares. El hombre lo miró de arriba abajo, asintió y le señaló un pequeño camarote en las entrañas del buque.

—Quédate aquí hasta que salgamos de aguas territoriales. No hagas ruido. No existes.

Iker entró en el camarote. Era una caja de metal claustrofóbica que olía a gasoil y a sal. Se sentó en la litera y esperó. Sintió la vibración profunda del motor del barco al cobrar vida. Luego, un suave tirón, un movimiento casi imperceptible, cuando las amarras se soltaron y el gigante de acero empezó a separarse del muelle.

Subió a la cubierta. Se aferró a la barandilla, el viento azotando su rostro. El "Odyssey" se movía lentamente por el canal, dejando atrás la maraña de luces del puerto. A lo lejos, vio las luces de Bilbao, un resplandor anaranjado contra las nubes bajas. Su ciudad. La ciudad por la que había luchado. La ciudad que lo había expulsado.

No sintió tristeza. No sintió nostalgia. Sintió una inmensa y abrumadora sensación de final. Estaba cortando la última amarra, no la que lo unía al muelle, sino la que lo unía a su propia historia.

Mientras el carguero se adentraba en la oscuridad del mar Cantábrico, las luces de la costa se hicieron más y más pequeñas, hasta convertirse en un parpadeo indistinguible en el horizonte. Iker Altuna se quedó allí, en la cubierta de un barco sin destino, un hombre sin nombre, con el sabor a sal en los labios y el peso de dos muertes que, finalmente, había logrado honrar. No era un final feliz. No era un final justo. Pero era un final. Y en la inmensidad del océano oscuro, por primera vez en quince años, sintió que quizás, solo quizás, podría volver a empezar.

CAPÍTULO 29

Ecos

El tiempo, en Bilbao, no fluye. Se sedimenta. Cae como una lluvia fina y persistente, una capa de días que se superpone a la anterior, ocultando las viejas cicatrices bajo un velo de normalidad. Un año después de que el carguero "Odyssey" se perdiera en la negrura del Cantábrico llevándose consigo a Iker Altuna, la ciudad parecía haber olvidado. El nombre de Josu Muguruza se había desvanecido de las conversaciones, una brasa extinguida. El caso Etxebarria era ya un eco, una historia que los periodistas más veteranos contaban a los becarios para explicarles cómo funcionaba el poder. La vida, con su tenacidad implacable, había seguido su curso.

Pero bajo la superficie de esa calma aparente, las ondas expansivas de la bomba que habían detonado seguían propagándose, alterando para siempre la topografía de las vidas que habían tocado.

I. La Tejedora

La nueva redacción de "La Marea Baja" ya no era una buhardilla en Santutxu. Ocupaba un pequeño entresuelo en la calle Dos de Mayo, en el corazón bohemio de Bilbao La Vieja. No era grande, apenas tres habitaciones con el suelo de madera que crujía y grandes ventanales que daban a un patio interior lleno de plantas. Pero era un espacio lleno de luz y de una energía febril. El caos de la pizarra blanca había sido reemplazado por varias, ahora cubiertas con los

esqueletos de nuevas investigaciones. El aire olía a café de buena calidad, a libros nuevos y al zumbido eléctrico de media docena de portátiles trabajando a la vez.

Amaia Zugasti estaba de pie en el centro de la habitación principal, dirigiendo la reunión de pauta matutina. Ya no era la francotiradora solitaria. Se había convertido, a su pesar, en una líder. A su alrededor, un equipo de cuatro jóvenes periodistas —dos chicas y dos chicos, todos menores de veinticinco años, todos con la misma mezcla de idealismo y precariedad que ella había encarnado— la escuchaban con una atención reverencial. "La Marea Baja" se había convertido en un pequeño milagro del periodismo independiente, financiado exclusivamente por las suscripciones de miles de lectores que habían encontrado en su trabajo una voz que no existía en otros medios.

—Ander, necesito que cruces los datos del registro mercantil con las adjudicaciones del puerto de los últimos cinco años. Leire, habla con los sindicatos de estibadores, pero con discreción. No queremos que se asusten. Y Maialen, sigue tirando del hilo de esa empresa pantalla en Luxemburgo. Esto huele a comisiones ilegales desde aquí —decía Amaia, su voz ahora segura, la de una generala trazando el plan de batalla.

Su transformación era evidente. La chaqueta de cuero gastado había sido reemplazada por una americana sobria. La ansiedad constante en sus ojos había dado paso a una mirada de una intensidad focalizada. El caso Etxebarria la había forjado en el fuego. La había obligado a crear su propio medio, a encontrar su propia voz, y en el proceso, había descubierto que su voz era la de muchos otros.

Pero la victoria tenía sus fantasmas. En la pared principal de la redacción, en un lugar de honor, no colgaba ningún premio de periodismo. Colgaba un único marco. Dentro, no había una foto, sino una impresión de alta calidad del primer artículo que publicó sobre Asier Olaizola, el que se titulaba "El hombre que amaba el sonido". Era un recordatorio constante. Un ancla. Un memento mori que la prevenía contra la arrogancia del éxito.

Esa tarde, después de que la redacción se vaciara, Amaia se quedó sola. Se acercó al marco y releyó sus propias palabras. Pensó en Iker. No había vuelto a saber de él. Había cumplido su promesa, desapareciendo por completo. A veces, cuando miraba la ría desde el puente del Arenal, se preguntaba en qué puerto anónimo estaría, qué nueva vida se habría inventado. Le había entregado el testigo de la historia, y ella había aceptado la carga.

Su ordenador emitió un pitido. Un nuevo correo en su cuenta encriptada. El remitente era anónimo. El asunto: "Los muertos del Zamaia". Dentro, un archivo adjunto con documentos que apuntaban a una trama de vertidos tóxicos ilegales por parte de una conocida empresa papelera en Gipuzkoa, y la sospechosa "muerte accidental" de un biólogo que lo estaba investigando.

Amaia suspiró. El mundo no se detenía. Los monstruos no descansaban. Miró el artículo de Asier en la pared. Luego, miró los nuevos documentos en su pantalla. No había duda. No había elección. Abrió un nuevo archivo de texto y empezó a teclear. La lucha continuaba.

II. La Guardiana

El Salón de Plenos del Parlamento Vasco, en Vitoria, era un espacio solemne, revestido de madera noble y presidido por una gran vidriera que representaba el Árbol de Gernika. El silencio que reinaba en él era un silencio de poder, un silencio hecho de siglos de leyes y debates. Pero esa mañana, una voz clara y firme cortaba ese silencio con la precisión de un bisturí.

—...y por eso, señorías, no estamos hablando de una simple mejora técnica. Estamos hablando de un cambio de paradigma. Estamos hablando de consagrar por ley que los datos clínicos de un paciente son sagrados. Que no pueden ser manipulados, ni reinterpretados, ni utilizados para fines que no sean estrictamente médicos. Estamos hablando de poner un cortafuegos legal entre la salud de los ciudadanos y los intereses económicos de las empresas. Porque cuando esa línea se difumina, la gente muere.

Nerea Etxebarria estaba de pie en el atril de los oradores. Ya no era la trabajadora social anónima que había entrado temblando en el Kaskazuri. El dolor la había transformado. La había despojado del miedo y la había revestido de una autoridad moral que llenaba la sala. Se había convertido, casi sin quererlo, en una de las voces más respetadas y combativas en la defensa de los derechos de los pacientes en Euskadi.

Tras la caída del informe de Nexura, había canalizado toda su rabia y su dolor en una sola dirección: la acción. Fundó una pequeña asociación, la "Plataforma por la Dignidad del Paciente - Aitor Etxebarria", y comenzó una incansable labor de lobby, de concienciación, de denuncia. Su conocimiento íntimo del sistema desde dentro, combinado con la legitimidad que le daba su tragedia personal, la convirtieron en una fuerza imparable.

Estaba allí para defender la aprobación final de una nueva ley de transparencia y protección de datos en Osakidetza. Una ley que ella misma había redactado en gran parte, con la ayuda de un equipo de abogados voluntarios. Una ley que todo el mundo, desde la prensa hasta los pasillos del propio parlamento, ya conocía con un nombre no oficial: la "Ley Aitor".

—Mi hermano —continuó, y por primera vez su voz se quebró ligeramente, una fisura de emoción en su armadura de control—, mi hermano Aitor era un buen médico. Creía en la sanidad pública. Creía en su juramento. Y fue asesinado por negarse a ser cómplice de una mentira que convertía a sus pacientes en meras cifras de una hoja de cálculo. La aprobación de esta ley no me lo devolverá. Ninguna ley puede hacerlo. Pero garantizará que su sacrificio no fue en vano. Garantizará que ningún otro médico tenga que enfrentarse a la elección imposible a la que él se enfrentó. Y garantizará que ningún otro paciente vulnerable sea borrado de las estadísticas para engordar el balance de beneficios de una empresa.

Terminó su discurso. Un silencio profundo se instaló en la sala. Luego, tímidamente al principio, y con más fuerza después, los aplausos comenzaron. No solo desde la bancada de la oposición,

sino también desde algunos escaños del gobierno. La causa de Nerea había trascendido la política de partidos. Se había convertido en una cuestión de decencia elemental.

Esa tarde, la "Ley Aitor" fue aprobada con una amplia mayoría. Nerea salió del parlamento y se encontró con un enjambre de periodistas. Respondió a sus preguntas con la misma calma y firmeza que había mostrado dentro. Cuando las cámaras se apagaron, se quedó sola en la escalinata, mirando la estatua del Lehendakari Aguirre. Había ganado. Había conseguido que el nombre de su hermano quedara inscrito para siempre en el tejido legal de su país. Había transformado su dolor en un escudo para otros. Era una victoria inmensa. Y se sentía terriblemente sola.

III. El Prisionero

El nuevo despacho del Comisario Unai Zabala era el doble de grande que el anterior. Tenía unas vistas magníficas sobre el parque de Doña Casilda, el mismo parque donde Unai, el sin techo, había sido apaleado. La ironía no se le escapaba. Su ascenso había sido meteórico tras la "exitosa gestión" de la crisis del caso Etxebarria. Había demostrado ser lo que el sistema valoraba por encima de todo: un hombre leal, discreto y eficiente en el control de daños. Era un hombre de poder.

Estaba revisando un informe preliminar sobre una trama de corrupción urbanística que salpicaba a un importante político local. El informe era detallado, las pruebas contundentes. Cogió un bolígrafo rojo y tachó un par de párrafos. Luego, escribió una nota en el margen: "Línea de investigación de alto riesgo. Reenfocar en las irregularidades administrativas menores. Proceder con discreción". Era el nuevo lenguaje que había aprendido. El lenguaje del poder. El lenguaje del silencio.

Su mirada se desvió hacia un objeto en su escritorio de caoba pulida. Era un marco de plata. Dentro, una vieja foto de la academia de Arkaute. Dos jóvenes cadetes, sonriendo a la cámara con una confianza arrogante en el futuro. Él y Iker Altuna. La foto era una

reliquia de un mundo que ya no existía, de una amistad que había resultado ser menos sólida que sus ideales. A veces, por la noche, cuando el silencio de su despacho se hacía demasiado pesado, se preguntaba qué habría pasado si hubiera tomado una decisión diferente. Si hubiera escuchado a Iker en aquella cafetería. Si hubiera decidido luchar por la verdad en lugar de por la institución. Pero desechaba esos pensamientos rápidamente. Eran inútiles. Eran debilidades.

Su teléfono interno sonó. Era la secretaria del Consejero de Interior.

—Comisario, el Consejero quiere felicitarle por su gestión del asunto de la papelera. Ha sido... impecable.

—Gracias. Solo cumplía con mi deber —respondió, su voz plana, mecánica.

Colgó. Se recostó en su sillón de cuero. Tenía todo lo que siempre había querido: poder, respeto, una carrera brillante. Y se sentía como un prisionero. Un prisionero en un despacho con vistas, condenado a pasar el resto de su vida afilando los cuchillos del sistema y barriendo la sangre debajo de la alfombra. Había ganado. Y lo había perdido todo.

IV. El Brindis

En el Kaskazuri, la vida seguía su ritmo inmutable, marcada por el goteo del café por la mañana y el chateo de los vasos de txakoli por la tarde. Pero una vez al año, en el aniversario de la muerte de Unai, se producía un pequeño y silencioso ritual.

Iratxe, la camarera de la mirada sabia, sacaba de debajo de la barra un pequeño marco de madera. Dentro, una foto en blanco y negro que Amaia le había hecho a Unai una tarde en el parque, poco antes de la paliza. En la foto, Unai no parecía un sin techo. Parecía un filósofo, con la mirada perdida en el horizonte y una media sonrisa en los labios. Iratxe colocaba la foto en la esquina de la barra. A su lado, ponía un vaso de txakoli lleno y un pintxo de tortilla recién hecho.

Esa noche, como cada año, Lourdes y Félix, los otros dos "invisibles" que habían ayudado a Iker, entraron en el bar. Ya no dormían en la calle. El dinero que Iker les había dejado a través del albergue, gestionado por Nerea, les había permitido alquilar una pequeña habitación. Estaban más limpios, más sanos, pero en sus ojos seguía la misma cautela de los que han conocido el fondo.

Se acercaron a la barra. Iratxe les sirvió dos txakolis en silencio. Los tres se quedaron mirando la foto de Unai.

—Por el que vio el empujón —dijo finalmente Lourdes, su voz ronca.

—Y no se calló —añadió Félix.

Levantaron sus vasos y los chocaron suavemente con el de Unai. Bebieron en silencio. No era un brindis triste. Era un acto de memoria obstinada. Un pequeño nudo de resistencia en el tejido del olvido de la ciudad.

V. La Nota

El centro de rehabilitación neurológica de Aixerrota era un lugar de una belleza cruel. Un edificio moderno de cristal y madera, enclavado en una colina sobre Getxo, con unas vistas espectaculares al mar. Sus jardines eran impecables, sus pasillos silenciosos, su personal amable y profesional. Era el mejor lugar posible para alguien en la situación de Asier Olaizola. Y era, también, una prisión de lujo.

Amaia lo visitaba cada semana. Lo encontraba siempre en el mismo lugar: en una silla de ruedas, en la sala de estar acristalada, mirando el mar. Había despertado del coma seis meses después del "accidente". Pero, como los médicos habían predicho, no era el mismo. El daño cerebral era severo y permanente. Había perdido la capacidad de hablar con fluidez, sus frases eran un amasijo de palabras inconexas. Su lado izquierdo del cuerpo estaba paralizado. Y en sus ojos, antes llenos de una inteligencia irónica, ahora había una confusión perpetua, una niebla que solo se disipaba en raros y fugaces momentos de lucidez.

Amaia se sentaba a su lado. Le leía. No las noticias, que sabía que lo angustiaban. Le leía novelas de ciencia ficción, las que a él le gustaban. Le contaba historias de la redacción, anécdotas divertidas de sus jóvenes periodistas. Y le hablaba de sus victorias.

—Hemos conseguido que aprueben la ley, Asier —le dijo esa tarde, su voz suave—. La han llamado la "Ley Aitor". Gracias a ti. Gracias a lo que hiciste.

Asier la miraba, su expresión vacía. Pero cuando ella pronunció su nombre, algo pareció conectar. Un espasmo recorrió su rostro. Sus ojos se enfocaron en ella por un instante. Su mano derecha, la única que podía mover con cierta dificultad, se levantó y se posó sobre la de ella.

—Gra... cias —logró articular, una sola palabra, un esfuerzo hercúleo que lo dejó sin aliento.

Amaia sintió un nudo en la garganta. Le apretó la mano.

Había traído consigo un pequeño sintetizador portátil, uno que se podía manejar con una sola mano. Lo había comprado con el primer premio de periodismo que había ganado "La Marea Baja". Lo colocó sobre las rodillas de Asier.

—Mira lo que te he traído. Para que no te aburras.

Los ojos de Asier se fijaron en el teclado. La niebla pareció retroceder un poco más. Con una lentitud agónica, levantó su dedo índice. Dudó un momento, como si intentara recordar una melodía olvidada. Y luego, lo dejó caer sobre una de las teclas.

No fue un sonido aleatorio. Fue una nota. Una sola nota, un Do sostenido, que el sintetizador emitió con una pureza cristalina. La nota se quedó flotando en el aire de la sala, larga, melancólica, infinitamente triste. Era una nota que contenía todo el dolor, toda la pérdida, todo el sacrificio. Era el sonido de la verdad. El sonido de su victoria. Y el sonido de su precio.

Amaia se quedó escuchando, las lágrimas rodando por sus mejillas, mientras Asier mantenía el dedo pulsado sobre la tecla, su mirada perdida de nuevo en el mar, como si esa única y desolada nota fuera la única palabra que le quedaba para contar su historia.

CAPÍTULO 30

La Marea Baja

El tiempo, en Bilbao, no solo se sedimenta. También olvida. O, más bien, elige qué recordar. Cinco años después de que el nombre de Josu Muguruza se desvaneciera de la vida pública como la estela de un barco en la ría, la ciudad había tejido una nueva narrativa sobre sí misma. El "caso Etxebarria" se había convertido en una nota a pie de página en la historia reciente, un bache incómodo en el camino hacia la modernidad. La "Ley Aitor" era una realidad en los manuales de Osakidetza, un protocolo que los nuevos residentes aprendían sin conocer del todo el peso de la sangre y la tinta con el que había sido escrito. La memoria colectiva, perezosa y selectiva, había preferido quedarse con la versión simple: un caso de corrupción que el sistema, en su infinita sabiduría, había logrado purgar. El monstruo había sido decapitado, y ya nadie se preguntaba por la salud del bosque.
Pero la historia, la de verdad, no reside en los titulares ni en las leyes. Reside en los archivos, en los ecos, en los lugares olvidados. Y en la primavera de 2030, una joven historiadora llamada Leire Otxoa decidió que no se conformaba con la versión oficial.

Leire no era una periodista en busca de un escándalo. Era una académica, una mujer metódica y paciente de veintiséis años que estaba realizando su tesis doctoral en la Universidad del País Vasco. Su campo de estudio era la "memoria post-conflicto", la forma en que las sociedades procesan sus traumas colectivos. Había

empezado investigando los silencios en torno a los años de plomo, pero su investigación la había llevado, de forma inesperada, a un tipo de silencio más moderno, más sutil: el silencio corporativo. Y el caso Etxebarria se había convertido en el eje central de su trabajo.

Había devorado todo el material disponible. Había leído cada artículo de "La Marea Baja", el pequeño medio digital que Amaia Zugasti había convertido en un referente del periodismo de investigación. Había analizado las actas de la comisión parlamentaria, el texto de la sentencia de Imanol Lizardi, los balances de cuentas de la extinta Muguruza Ingeniería. Había construido la cronología más detallada hasta la fecha. Pero sentía que le faltaba algo. Le faltaba el corazón. Le faltaba la fuente primaria, el objeto totémico que había iniciado todo: el cuaderno azul de Aitor Etxebarria.

En sus investigaciones, una y otra vez, se había topado con una referencia críptica, casi legendaria. Una frase atribuida a Iker Altuna, el misterioso ex-policía que había sido el catalizador de todo y que había desaparecido sin dejar rastro. La frase aparecía en notas a pie de página, en entrevistas anónimas con gente del entorno. Siempre la misma:

"Busquen en el faro de Portugalete. Bajo una losa suelta. El río lo sabe todo."

La mayoría de los académicos la habían descartado como una metáfora, una licencia poética del detective noir en que Altuna se había convertido. Pero Leire, con la obstinación propia de los verdaderos historiadores, se negaba a creerlo. Para ella, la historia no solo estaba en los documentos, sino también en los lugares, en los objetos. Y decidió que, antes de escribir sus conclusiones, tenía que hacer un último peregrinaje.

El 15 de marzo de 2030, el sexto aniversario de la muerte de Aitor, Leire Otxoa cogió el metro hacia Portugalete. No era una elección de fecha casual. Era un acto de respeto, un intento de sintonizar con el eco de aquel día. El tiempo, irónicamente, era espléndido. Un sol

brillante y una brisa fresca del mar. La ría no era una herida abierta, sino una cinta de plata deslumbrante.

El faro seguía igual que en las fotos antiguas que había encontrado. Un centinela decrépito y olvidado, con las paredes desconchadas y los cristales de la linterna opacos por la salitre. El lugar estaba desierto, salvo por una pareja de turistas que se hacían un selfie con el Puente Colgante de fondo. Leire esperó a que se fueran.

Cuando se quedó sola, con el único sonido del viento y las olas rompiendo contra las rocas, empezó su búsqueda. Se sentía un poco ridícula, como una niña buscando un tesoro pirata. El suelo alrededor del faro era un mosaico irregular de losas de piedra, hierba y tierra. Empezó a examinarlas una por una. La mayoría estaban firmemente asentadas, fusionadas con el terreno por años de lluvia y olvido. Probó una, luego otra, haciendo palanca con una pequeña piqueta de geólogo que había traído en su mochila. Nada.

Pasó casi una hora. El sol empezó a bajar, tiñendo el cielo de tonos anaranjados. La frustración empezaba a dar paso a la decepción. Quizás los otros tenían razón. Quizás solo era una metáfora. Estaba a punto de rendirse cuando la vio. Una losa, ligeramente más grande que las demás, cerca de la base del faro, en el lado que miraba hacia el mar abierto. No estaba desalineada, pero la hierba que crecía en sus juntas parecía más joven, menos arraigada que la de las demás.

Metió la piqueta en una de las juntas. Hizo palanca. Al principio, no se movió. Puso todo su peso en ella. Y entonces, con un crujido sordo, la losa cedió. Se levantó unos centímetros, lo suficiente para que pudiera meter los dedos por debajo. Con un último esfuerzo, la levantó y la apartó a un lado.

Debajo, en un hueco cuidadosamente excavado en la tierra, había una caja. No era un cofre del tesoro. Era una caja de plástico duro, de las que se usan para guardar herramientas, sellada con cinta aislante. Sobre la tapa, pegada y protegida por una bolsa de plástico

transparente, había una nota manuscrita. La caligrafía era angulosa, casi agresiva.

"Para quien venga después. No busques justicia. Busca verdad. Y no la entierres. —I.A."

Leire sintió un escalofrío, a pesar del sol. Con manos temblorosas, rompió el sello de la cinta aislante y abrió la caja. El interior estaba forrado con material aislante. Y dentro, descansando sobre un lecho de tela, estaban los artefactos.

El primero era el cuaderno azul. Lo cogió con la reverencia con la que un arqueólogo cogería un manuscrito del Mar Muerto. Las tapas estaban ligeramente curvadas por la humedad, pero el papel del interior estaba perfectamente conservado. Lo abrió. Vio la caligrafía apretada y nerviosa de Aitor Etxebarria, las anotaciones, los nombres de los pacientes, las flechas conectando datos. Era real. El corazón de la historia estaba en sus manos.

Pero había más. Debajo del cuaderno, había una serie de bolsas de plástico con cierre hermético. En una, una memoria USB, la que Iker le había pasado a Amaia, con todos los archivos. En otra, una colección de recortes de prensa de "La Marea Baja". Y en la última, dos objetos que la dejaron sin aliento.

Dos anillos de madera oscura. Idénticos. Con un pájaro, un halcón, tallado en la superficie. Junto a ellos, una fotografía descolorida. La foto de un hombre joven y sonriente, con un café en la mano, en la terraza de un bar que reconoció como el Kaskazuri. Aitor Etxebarria.

Y finalmente, en el fondo de la caja, una última carta. La caligrafía era la misma que la de la nota exterior. La de Iker.

"Nunca sabré si esto sirvió de algo. No vi a Muguruza en un juicio. No vi a Aitor resucitar. Pero vi a alguien decir su nombre. Y a otros repetirlo. Y eso, en un sistema que todo lo entierra, fue un milagro.

No escribo esto para que me recuerden. Escribo para que no olviden. Porque en Bilbao, el pasado no se entierra. Se hunde en el Nervión. Y espera la marea baja.

Si estás leyendo esto, la marea ha vuelto.

—Iker Altuna"

Leire se sentó en el suelo, junto al agujero, con los tesoros de la caja esparcidos a su alrededor. El sol se ponía en el horizonte, incendiando el mar. Y lloró. Lloró por Aitor, por Asier, por Unai. Lloró por Iker, el fantasma que había sacrificado su vida para que esa caja pudiera existir. Y lloró por su ciudad, una ciudad capaz de la mayor de las crueldades y, a la vez, de la más obstinada de las resistencias.

La tesis doctoral de Leire Otxoa se convirtió en algo más. Se convirtió en un libro. Se publicó dos años después con un título que ya formaba parte de la leyenda no oficial de la ciudad: "La Marea Baja: Anatomía de un Silencio". El libro no fue un bestseller nacional. No ganó grandes premios literarios. Pero en Euskadi, se convirtió en un fenómeno. Fue un libro que pasó de mano en mano, que se debatió en los clubes de lectura, que se estudió en las facultades de periodismo y de ciencias políticas.

El libro no era una simple crónica del caso. Era una autopsia de un sistema. Leire, con su rigor académico y una prosa sorprendentemente ágil, utilizó el cuaderno de Aitor y las notas de Iker para reconstruir la historia desde dentro. Pero hizo algo más. Conectó los puntos. Trazó la genealogía del poder que había hecho posible el crimen, demostrando cómo el silencio corporativo era el heredero directo del silencio político de los años de plomo. El libro no era solo sobre un asesinato. Era sobre el alma de Bilbao.

El impacto fue profundo y duradero.

Josu Muguruza, que vivía en un autoimpuesto exilio dorado en su mansión de Biarritz, vio una reseña del libro en un periódico francés. La leyó. Luego, caminó hasta la inmensa biblioteca de su casa, cogió un mechero y prendió fuego a un ejemplar de la primera edición de "El Capital" de Marx que había comprado en una subasta. Vio arder las páginas, sin expresión. A sus setenta y ocho años, era un hombre inmensamente rico y absolutamente irrelevante. Su nombre se había convertido en una advertencia, en un sinónimo de la

arrogancia del poder. El libro de Leire lo había inmortalizado, no como el constructor que él creía ser, sino como el monstruo que los demás habían descubierto.

Imanol Lizardi salió de la cárcel tras cumplir dos años de su condena. Se mudó a un pequeño pueblo del Pirineo navarro, donde nadie conocía su pasado. Un día, vio el libro de Leire en el escaparate de la única librería del pueblo. Entró y lo compró. Lo leyó en una sola noche. Y por la mañana, por primera vez desde el juicio, escribió una larga carta. No era una confesión. Era una disculpa. Se la envió a Nerea Etxebarria. Nunca recibió respuesta.

Iker Altuna nunca leyó el libro. Nadie supo si seguía vivo. Su nombre se convirtió en una leyenda urbana en Bilbao, el detective fantasma, el guardián del faro. Algunos decían que había muerto en un tiroteo en un puerto de África. Otros, que regentaba un bar de jazz en Lisboa. Amaia Zugasti, a veces, recibía postales anónimas desde lugares remotos —Tánger, Valparaíso, Nueva Orleans— sin texto, solo con una fecha. Sabía que eran de él. Era su forma de decirle que seguía ahí fuera, vigilando.

El epílogo final de la historia no se escribió en las páginas de un libro, sino en las paredes de un museo. En el décimo aniversario de la muerte de Aitor, el Museo Guggenheim Bilbao inauguró una exposición temporal. Se titulaba: "Cartografías del Silencio: Resistencia y Memoria en el Bilbao Contemporáneo". La exposición era un recorrido por las luchas ciudadanas que habían moldeado la ciudad en las últimas décadas.

En la última sala, la más grande y luminosa, había una única vitrina en el centro. Dentro, sobre un paño de terciopelo negro, reposaba el cuaderno azul original de Aitor Etxebarria, cedido por Leire Otxoa, que se había convertido en su custodia. A su lado, uno de los anillos de madera. Y detrás, una gran fotografía en blanco y negro de la fachada del hospital de Basurto.

En la pared, una placa de metacrilato explicaba la historia. La última frase decía:

"A veces, la única forma de cambiar el sistema no es derribándolo, sino contando su historia con la suficiente claridad y persistencia como para que ya no pueda negar lo que es. La victoria de Aitor Etxebarria no fue la justicia. Fue la memoria".

Leire Otxoa estaba entre la multitud el día de la inauguración. Vio a Nerea, ahora una mujer serena y respetada. Vio a Amaia, convertida en un referente del periodismo. Vio a los padres de Asier, que miraban la placa con lágrimas en los ojos. Y vio a cientos de ciudadanos anónimos, leyendo, asintiendo, recordando.

Salió del museo y caminó hacia el puente de La Salve. Se apoyó en la barandilla y miró la ría. El sol de la tarde se reflejaba en el agua. La ciudad bullía de vida a su alrededor. El sistema seguía ahí. Los monstruos seguían existiendo. La lucha nunca terminaba.

Pero en ese momento, mirando el agua que fluía incansable hacia el mar, Leire comprendió la verdadera naturaleza de la victoria. No habían conseguido un mundo perfecto. Pero habían conseguido que una historia que debía ser olvidada fuera recordada para siempre. Y al hacerlo, habían dejado una pequeña luz encendida, un faro modesto y obstinado para los que vinieran después, para los que tuvieran que volver a navegar por las aguas oscuras de la ciudad.

La marea estaba alta, ocultando el lodo del fondo. Pero ya nadie dudaba de que, tarde o temprano, volvería a bajar. Y gracias a ellos, ahora había más gente dispuesta a mirar lo que revelaba.

¿Te ha gustado Bajo el Nervión?

Si esta historia te ha atrapado desde la primera página, me ayudaría mucho que compartieras tu opinión en Amazon.

No necesitas escribir una crítica literaria. Con unas pocas líneas sobre lo que te ha parecido es más que suficiente.

Las reseñas de lectores como tú son esenciales para que otras personas descubran esta historia. Y para que pueda seguir escribiendo nuevas entregas de la Serie Iker Altuna.

Gracias por acompañar a Iker, Amaia y Asier en este descenso a los infiernos del poder.

Con gratitud,
Xabier Mendiola

👉 Haz clic aquí para dejar tu reseña en Amazon